

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

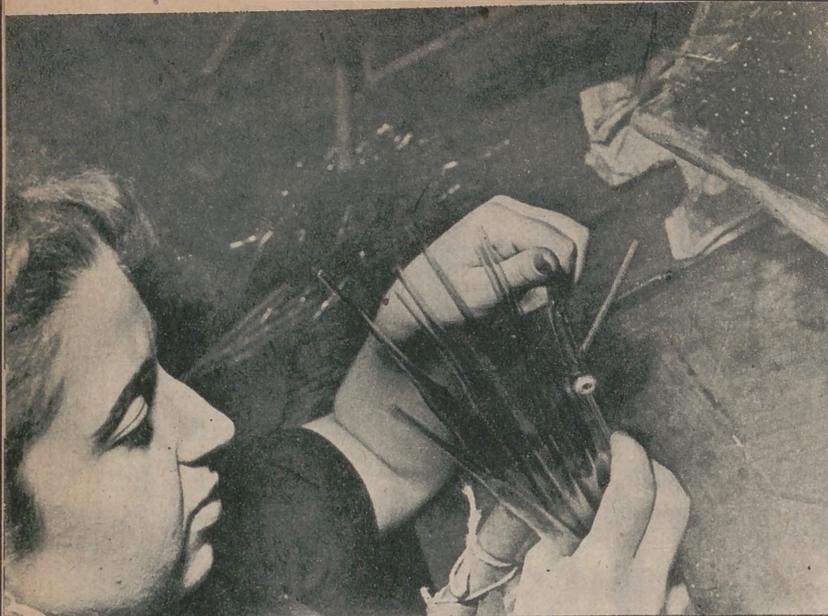
Madrid, 24 - 30 enero 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 269

USTED, SEÑORA, ES ASI...

LA MUJER QUE MEJOR VISTE ES LA ESPAÑOLA, Y SU
DISTRACCION FAVORITA ES SALIR DE COMPRAS



TRIUNFA EN
TODAS LAS ACTIVIDADES,
PERO PREFIERE
EL HOGAR



TRIUNFA EN TODAS LAS ACTIVIDADES PERO PREFIERE EL HOGAR

CERRAMOS la serie de reportajes que hemos venido publicando sobre la mujer de los diversos países con éste acerca de la mujer española.

Aunque resulta siempre difícil conocer a la mujer individual o colectivamente, nosotros nos hemos atrevido a la observación de diversos aspectos de la vida femenina actual en España, cuyos múltiples matices no pueden reducirse a una rápida información.

Algunas facetas, muchas, desde luego, habrán escapado a nuestra vista; pero esto, aparte la rapidez del periodismo, puede achacarse, más bien, a lo inaprensible que resulta una cosa tan sutil y difícil como es el «eterno jemenon».

EN LAS CASAS HAY QUE AHORRAR ESPACIO

El avance de la técnica no ha podido, desde 1900 hasta hoy, romper la solidez de los hogares españoles, en el sentido espiritual que tiene la palabra hogar. Es bien cierto que desde principios de siglo hasta ahora la casa ha sido guarnecida de utilidades nuevas que hacen más cómodo el trabajo de la mujer.

No cabe duda que el hogar español moderno perdió en dimensiones lo que ha ganado en todo eso que se significa con la exótica palabra del confort. Las grandes cómodas de madera la magnitud y solidez de un mobiliario para muchas generaciones se ha cambiado en las viviendas más modernas por unos muebles que ocupan poco espacio y hasta se repliegan en sí mismos y adquieren dos o tres aplicaciones distintas, todas ellas inspiradas en el espíritu utilitario y en una imperiosa necesidad de ahorrar espacio.

Pero la mujer española no ha cambiado en lo fundamental. Su sentido del hogar y su espíritu hacendoso no variaron pese a la música moderna, a los avances de la técnica y al encajonamiento de las nuevas viviendas en rascacielos

los más o menos altos. La mujer sigue siendo, por suerte, en España, la reina de un hogar al que no llegó la ausencia de fuego y chimenea.

En lo que a las faenas domésticas se refiere no sólo no se ha retrocedido, sino que se avanzó notablemente con la sistemática de enseñanzas caseras que la mujer española moderna tiene oportunidad de aprender.

El encarecimiento del servicio doméstico, en el aspecto de su retribución y en el de su mantenimiento, ha hecho que la mujer casada se aplique aún más que en los tiempos de finales de siglo en las labores hogareñas.

La mujer española es fundamentalmente casera y no han podido hacerle perder esa buena cualidad todos los estímulos exteriores del dinamismo actual, que son ciertamente distintos, muchos de ellos, de los que existían en el año 1900.

UNA EXQUISITA ELEGANCIA EN EL PASEO

Hoy es difícil distinguir en la mujer española moderna, vista rápidamente y en la calle, grandes diferencias sociales por lo que respecta al atuendo exterior.

Las calles de nuestras capitales están llenas de mujeres bien vestidas en tal cantidad y calidad que sorprende a los visitantes extranjeros el que la belleza de la mujer española esté tan bien realizada con su gracia natural y la elegancia en el vestir. Elegancia lograda, una parte, a costa de sacrificios pecuniarios, y la otra, gracias al ingenio en el aprovechamiento y colección de adornos y trapillos atrayentes.

Es la calle y el paseo el gran campo de operaciones de la mujer de tipo medio. Desde la aeromoza, pongamos por caso, hasta la empleada del Metropolitano, pasando por la estudiante, la mecanógrafa, la enfermera..., todas encuentran, quien, más quién menos, en la calle una poca de esa justa liberación de las obligaciones del trabajo. La visita a los grandes almacenes, la contemplación de los escaparates, el estudio de las evoluciones de la moda en los ejemplos femeninos que pasan, la confidencia y el chisme, además de otros muchos entretenimientos que el deambular por la ciudad ofrece, son otros tantos atractivos para las horas de asueto femenino.

MANERAS DE EVITAR LA «SISA»

El mercado es como un campo de finanzas domésticas en el que baraja la mujer precios y mercancías en un cometido matinal con cesta o capacho de la compra.

El bullicio de los pregones, el trajín, el ir y venir de las compradoras entre los puestos, los tenderetes de fruta, de carne, de pescado, de hortalizas, de queso...

Para evitarse la posible «sisa» de las domésticas, son muchas las mujeres casadas que prefieren ir a la compra, por lo menos eso dicen ellas. Y algunas hasta por el placer de elegir por sí mismas. En una reciente encuesta realizada por el Instituto de la Opinión Pública se indica que



un 64 por 100 de mujeres hace la compra sin ayuda de sirvientas en los núcleos rurales, un 59,5 por 100 en los núcleos intermedios y un 73 por 100 en los núcleos urbanos.

UNA GRAN DAMA JAMAS SE VISTE COMO UNA «ESTRELLA»

Naturalmente, en España son las mujeres de la clase alta las que gozan de un nivel de vida más adecuado, de mayor confort, de más numerosa servidumbre. En este punto, la mujer española del gran mundo, cuyo nombre podéis encontrar cualquier día en la crónica de sociedad, en nada tiene que envidiar a la lady inglesa, a la madame la Marquise, de Francia, o a la Gräfin alemana.

En España, donde generalmente se viste muy bien, y a la medida, las mujeres de la alta sociedad no son, como puede suponerse, una excepción a la regla. Siguen —¡cómo no!— las orientaciones que marcan los «grandes de la aguja y la tijera». Pero esto no significa aquí, casi nunca, un acatamiento ciego. El sentido individualista de la raza asoma, también en esto, la oreja. Y como no en vano, a la sombra de la torre Eiffel —es un decir—, triunfan modistos y diseñadores españoles, y no en balde existe dentro de nuestras fronteras casi una docena de modistos que pueden competir con los de cualquier tierra de blancos, ninguna moda extranjera se acepta sin su correspondiente traducción al castellano, sin modularla con arreglo al acento del país. ¡Como debe ser, Señor! Y nuestras elegantes —y en ello estriba su personalidad y ello explica su natural buen gusto— prefieren siempre quedarse a dos pasos de la extrema exquisitez, no llegar a lanzar el último agudo de la moda, que avanzar unos grados más allá y pasarse de la raya. Para esto ya están las vetetes y las estrellas de cine. Son, por lo tanto, como corresponde a su categoría, moderadas en el vestir, contrarias a las exageraciones. Ocurre además, que en España —como ya hemos dicho—, es mínima la diferencia entre la ropa que usa el



Las actividades de la mujer son muy variadas. Desde la fábrica al obrador, pasando por este gracioso y femenino menester de la manicura



La profesión de enfermera es otra de las especialidades favoritas de la mujer española. Su amor a la profesión es bien patente en la juventud femenina

gran mundo femenino —y masculino— y la que adorna a las mujeres de la clase media. No porque «arriba» se vista mejor o peor, sino porque se viste mucho y muy bien «más abajo». Mejor, ciertamente, que en toda Europa. Una nota peculiar de nuestras

grandes damas: que con igual soltura, con la misma gracia y naturalidad con que lucen un traje de noche, uno de «cocktail» o uno de calle, se ajustan, un día, un simple traje campero. Y entonces se produce, por ejemplo, el espectáculo de una feria de Sevilla, llena de chicas jóvenes que cuentan un apellido por cada lunar de la falda y un título por cada clavel en el pelo y un piropo por cada paso de la jaca torda.

Quizá el secreto de esta singular facilidad de adaptación se encuentre en la tradicional vinculación de la aristocracia con el campo. Pero esto merece capítulo aparte.

EL GRAN MUNDO ES CAMPERO

Fiel a su origen —la aristocracia nació en el campo, de cultivo o de batalla, que suele ser el mismo—, la nobleza española conserva su vinculación con el campo. De diversos modos. Por lo pronto, una gran parte de ella, y no ciertamente la de menores virtudes, vive habitualmente en él: en los cortijos, en las fincas, en los pazos. O muy cerca: en las capitales de las provincias. Y la otra parte va al campo con frecuencia y tiene su afición a los deportes camperos. Se produce

Es frecuente que la mujer se prepare su condimento antes de emprender la marcha al trabajo y también gusta del aire y el sol durante su comida



así una doble corriente que lleva a las señoras de la capital al campo, y viceversa. Viceversa suele ser por mayo y luego, otra vez, por los primeros días de octubre.

A la influencia del campo cabe atribuir la predilección de las damas españolas por las carreras de caballos, por los toros, por el tiro de pichón, por el polo, por el golf... Deportes todos nacidos en el campo y propios de él. Y allí están ellas, luciendo en el hipódromo o en el club aristocrático las últimas creaciones. Poniendo una nota más de color en el marco circular y multicolor de las plazas, donde los toros de cada tarde son suyos o de sus parientes o de sus amigos. Que no es preciso remontarse mucho para encontrar encima de todos los hierros ganaderos una corona aristocrática.

EN LA TIERRA DE NADIE... PERO MAS EN LA PROPIA

La tierra de nadie, a nuestro propósito, está en muchos sitios. No forma una franja continua. Es el patio de butacas del teatro, la sala del cine, la boîte de moda, la calle, el bar elegante... En cualquiera de estos sitios se mezclan y confunden el gran mundo y el «estado llano».

Ahora bien: a la mujer del gran mundo se la puede encontrar también, y con frecuencia, en los cines de barrio —de barrio señorial, desde luego, pero barrio al fin—, en los bares castizos y las tabernas típicas. Porque en España nunca han sido muy rígidas ciertas fronteras.

El gran mundo, entre nosotros, no es escandaloso. Predominan, con mucho, en él las buenas esposas y las buenas madres de familia.

Influye en esto una circunstancia: que casi todas se educan en España en colegios de religiosas. Y que, afortunadamente, la inevitable tendencia cosmopolita de la alta sociedad suele quedar limitada al viaje al extranjero para el mejor conocimiento de los idiomas.

LOS ENEMIGOS DE LA MUJER EN LA EMANCIPACION INTELCTUAL

Nunca ha tenido demasiado cartel en España la mujer intelectual. La tradición de doña Beatriz Galindo, la Latina, casi puede decirse que quedó sin continuidad hasta el siglo XIX. Entonces hubo una floración excepcional de mujeres ilustres por sus

letras. Pero, a pesar de todo, aunque Carolina Coronado hiciera versos excelentes, el cupo de estudiosas no crecía. Donde mejor podía notarse la tendencia era en las Universidades. No había ni una mujer para variar. Poco a poco la situación fué cambiando. Había que vencer una inercia social difícil de mover. Pero la mujer supo salir adelante por su trabajo y por la fidelidad a una vocación. La sufragista es un bicho raro que entre nosotros no tiene lugar. En realidad, el único enemigo que ha tenido en nuestro país la emancipación intelectual de la mujer han sido ellas mismas. Cuando se han puesto a trabajar con entusiasmo y sin remilgo, se han abierto paso a pesar de las lamentaciones de los mediocres.

Uno de los últimos reductos que a la mujer le quedaba por conquistar —la cátedra universitaria— ha sido brillantemente ocupado en 1953. Una señorita, doña María de los Angeles Galino, ganó en brillante oposición la cátedra de Historia de la Pedagogía de la Universidad de Madrid. Hacer, por ejemplo, el inventario de las mujeres que tienen en propiedad cátedras de Instituto, Escuela Normal o Escuela de Comercio sería el cuento de nunca acabar.

En arquitectura las mujeres triunfaron ya hace años. Pero lo que interesa destacar, lo más significativo, es que a partir de nuestra guerra de Liberación la mujer, sin perder su feminidad ni ninguna de sus virtudes tradicionales, ha entrado en la vida intelectual en igualdad de condiciones que el varón. Cuando es de justicia, ella se lleva los mejores puestos.

Es evidente que no puede establecerse entre todas las muchachas que asisten a los centros universitarios un denominador común. La gran división entre Letras y Ciencias clasifica también a las universitarias en dos grandes grupos, que luego las distintas Facultades y secciones especifican todavía más.

La idiosincrasia profesional de estudiante entre una muchacha de Filosofía y Letras no es completamente idéntica a la que tiene una alumna de Ciencias Naturales o Ciencias Exactas. Las diferencias de vocación, de libros y hasta de métodos específicos de estudio e investigación, influyen forzosamente en la alumna, en sus lecturas extraacadémicas y hasta en algunos aspectos de

sus maneras de reaccionar ante la vida.

Casi siempre el paso del colegio a la Universidad supone una inclinación abierta hacia la novela contemporánea como una manifestación muy palpitante de vida y novedad. La novela norteamericana y europea «de altura» es preferida por las jóvenes universitarias y en ella los temas policíacos y de amor ocupan su debido lugar.

LA UNIVERSITARIA Y LA BUSCA DE MARIDO

Hay una perfecta división de opiniones respecto al tema de si la Universidad facilita o dificulta la oportunidad de encontrar marido. Y no sólo división de opiniones, sino desigualdad de circunstancias, ya que unas Facultades tienen una gran mayoría femenina, mientras que otras, como en la de Veterinaria, la mujer está casi completamente ausente. Unos dicen que la cultura superior da un cierto humanismo que hace aun más agradable a la mujer al hombre. Otros afirman que molesta mucho al varón ese tipo de mujer sabihonda, que parece no necesitar que la protejan en ninguna circunstancia. El hecho de si se casan más fácilmente las no universitarias no está probado, sin embargo, aunque son muchas las buenas estudiantes que se lamentan de que el hombre común se deslumbre con la frivolidad y tenga muy poco en cuenta para la elección de esposa las notas que constan en los expedientes académicos.

EN LAS OFICINAS, LAS MECANOGRAFAS TRABAJAN BASTANTE

La mecanógrafa es, desde luego, importante por su número y por su calidad. Casi todas hoy poseen la difícil facilidad de servir como secretarias, como informadoras o como expertas en aconsejar el restaurante más conveniente para ultimar un negocio.

Casi todas son jóvenes. Las hay también casadas y algunas de edad más cercana a los cincuenta. Pero éstas son las menos. Quizá una causa sea el que siempre hay un jefe o un compañero que dice:

—Elena, vamos a tomar una caña.

Por ahí se empieza y luego se termina en la Vicaría. Ella, entonces, trabaja más para que el jefe vea que el fichero está muy bien arregladito, aunque luego no se encuentre la dirección del representante de Soria, por ejemplo.

Vienen a ganar de 500, las más, a 3.000 pesetas, las que menos, que son las que menos y las que más.

LA PREFERENCIA POR LA OBRERA FEMENINA

Este es un sector importante en lo que atañe a la mujer trabajadora. Hay multitud de empresas que por el carácter de su trabajo prefieren mejor el empleo del sexo femenino antes que el varón.

En las fábricas visitadas reina el buen humor. Hay alegría en los rostros, en las palabras y en las actitudes.



En España la mujer viste muy bien, por regla general. Y las damas del gran mundo no son una excepción a la regla. Siguen las directrices de los grandes de la «tijera»

Preguntamos a una operaria viuda:

—¿Muchos años en esta fábrica?

—Veinticuatro.

—Expliquenos un poco de su vida. ¿A qué hora se levanta, jornada de trabajo, distracciones?

—Me levanto a las siete. Algunas veces a las seis. Trabajo en la fábrica de ocho a doce y de dos a seis.

—¿Y luego?

—Siempre hay cosas que hacer en casa. Lavar, coser, planchar. No sobra tiempo, no.

—¿Cómo se distrae los domingos y días festivos?

—Por lo general, me quedo en casa. Prefiero ir al cine alguna tarde en día laborable, que es más barato.

Hemos hablado también con una soltera, cuyas respuestas difieren poco de las anteriores. Las casadas, en cambio, ya son cosa aparte.

Esta mujer, de unos cuarenta y tantos años, acude todos los días a la fábrica puntualmente, después de haber dejado dispuesto el desayuno para el marido y para los hijos, y arreglada la casa. Cuando sale, a las doce, va a la plaza, hace rápidamente la compra y luego a guisar. Y le queda tiempo todavía para estar de nuevo en la fábrica a las dos en punto. Por la tarde, a la salida, se ocupa de la cena y de las demás labores domésticas.

Preguntamos a una mujer de unos sesenta años. Cuarenta seguidos en la misma fábrica:

—Díganos sinceramente: ¿Viven ustedes mejor o peor que antes?

La vieja medita un poco. Al fin contesta:

—Mire usted. Mucho quejarse de la carestía de la vida, mucho hablar de que los sueldos no alcanzan, pero...

—¿Pero qué?

—Es que vivimos de otro modo. Mis hijos, por ejemplo, van al fútbol todos los domingos, se compran un traje y una gabardina cada dos años, alternan con los amigos en el bar. Antes era diferente. Las mujeres en casa y los hombres, todo lo más, un rato a la taberna los domingos. Ahorra, radio, bicicleta, cine, tabaco del bueno. Queremos vivir como señoritos, y, naturalmente, eso cuesta dinero. Qué duda cabe de que se vive mejor ahora...

La diferencia que puede existir entre la mujer que trabaja en las empresas más pequeñas y las empleadas de las grandes industrias es mínima. Unas y otras marchan a la par en todos conceptos. Sus sueldos están regulados por un igual. Trabajan al amparo de las mismas leyes. En muchos casos, incluso, el trabajo es exactamente el mismo.

Puede, sin embargo, que las mujeres que prestan sus servicios en las de menos volumen tengan sobre las otras citadas una ligera ventaja. Su trabajo, más o menos intenso, según los casos, se desarrolla en el sentido de que entre ellas y sus jefes la distancia es menor. Este habla con ellas todos los días. Está más en contacto con los problemas que puedan tener y en un momento determinado pueden acercarse a él



He aquí dos aspectos de nuestro regionalismo femenino aplicado al trabajo. Dos curiosas camareras en un momento de su difícil especialidad; visten a la usanza de la tierra que representan



Pero la mujer española no se «conforma» con su trabajo cuabierto de todo riesgo, sino, por el contrario, su sueño de sol y arena la lleva de vez en cuando a este arriesgado juego: en lucha con el astado, buscando la alegría volandera de unos mo-
linetes toreros

para buscar la solución a cualquier duda.

Vamos a ver un caso cualquiera. El caso de Rosario, por ejemplo. Rosario tiene dieciséis años y trabaja en un taller junto con otras once muchachas. Rosario tiene padre y madre, es hija única.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando?

—Muy poco. Cuatro meses. Soy aprendiz.

—¿Qué haces con lo que ganas?

—Gano poco todavía. Ya le dije que soy aprendiz. Mi sueldo se lo doy a mis padres.

—¿Integralmente?

—Bueno; siempre me queda algo para mí.

—¿Estás contenta?

—Pues, sí. Ahora, después del trabajo, voy a coser. Voy al cine algún que otro día. No tengo motivos para no estar contenta.

Mercedes, por ejemplo, tiene veintinueve años. Trabaja en la misma casa desde los quince.

—¿Qué sueldo ganas?

—Entre una cosa y otra ciento cincuenta pesetas semanales.

—¿Es suficiente para ti?

—Tenga en cuenta que en mi casa hay un chico. Entre su sueldo, el de mi padre y el mío nos defendemos bien.

—¿Además de ese empleo tienes algún otro trabajo?

—Yo salgo a las siete. Por regla general me espera Enrique. Enrique es mi novio. Pero a las ocho ya estoy en casa.

—¿Cambiarías en algo tu vida a ser posible?

—Me gustaría casarme.

La mujer que pertenece a esa clase social se ríe mucho. Se ríe porque sus problemas se van superando y disminuyen paulatinamente.

Sus horas de trabajo transcurren iguales día a día. Cuando las máquinas se paran se dirigen a donde habitan realmente, siguiendo caminos dispares. Entonces, Mercedes y otras tantas Mercedes como habrá, pasea una hora con su novio, porque su madre, mientras, cuida la casa. Por el contrario, Raquel, mujer casada ya, no tiene tiempo que perder. Raquel aseguraba que también a ella le gustaría cambiar su bata de trabajo por el traje de paseo, de descanso; pero en su casa quedaron tantas cosas que coser, tantas que planchar...

LAS CHICAS DE SERVICIO TIENDEN A DESAPARECER

Difícil contestación, amigo a tu pregunta de cómo viven las mu-



«coro» al trabajo que bien sabe rendir la gracia y la sal de la mujer española

chachas de servicio. El problema es complejo, pero cada día menor. Las chicas de servicio van desapareciendo, caminan hacia su total desaparición. En España las chicas de servicio no viven mal. Se las trata bien. La vida de cada una de ellas está íntimamente ligada a la de los dueños de la casa en donde prestan sus servicios. Las cualidades morales y la situación económica de éstos les da la medida de su propio bienestar.

El trabajo de la muchacha de servicio en una casa de considerable fortuna se concreta en algo determinado. La muchacha que está en la cocina se limita a cumplir con ese trabajo, y la encargada de lavar la ropa, igual.

—¿Cuánto tiempo lleva en la casa?

—Cinco años. Trabajo bastante, pero me quedan horas para mis cosas. Como lo mismo que los señores y en la cantidad que me apetece. Duermo las horas necesarias. Y la señora me regala siempre cosas. Un día un vestido, otro unos zapatos.

—¿Qué sueldo tiene usted?

—Cobro trescientas pesetas al mes, pero ya le dije que siempre me hacen regalos.

—¿Qué días tiene libres?

—No me fijo en ello. Los domingos, desde luego. Entre semana, si necesito salir, lo pido y no me dicen que no.

Esa chica se llama Charito. Tiene veintiséis años.

El caso de las chicas que sirven en casas acomodadas, pero no más, es distinto. Horas libres tienen menos. Los jueves por la tarde y los domingos. Si tienen que confeccionarse una blusa fardarán más tiempo que las otras. Sus manos pasan de la cocina a la ropa y de ésta al suelo.

Y va iniciándose la retirada. Cada día son menos las chicas que buscan «casa». Prefieren el taller, el laboratorio, la fábrica. La evolución de las costumbres y la elevación del nivel de vida de los trabajadores han abierto horizontes más amplios a la mujer.

REALISMO SANO

ESTAMOS de acuerdo en que «España cambia de piel». Viajar hoy por el territorio nacional es tanto como andar de sorpresa en sorpresa. No hay ciudad, pueblo, aldea o rincón de nuestra geografía que no esté experimentando con mayor o menor intensidad alguna transformación beneficiosa. Dos aspectos, sin embargo, de este consolador proceso suelen olvidarse, a pesar de ser sumamente interesantes, de ser los de mayor importancia y trascendencia más decisiva para el futuro.

Esta transformación se va realizando sin pérdida de aquellas condiciones morales y cualidades que pertenecen a la esencia y a la naturaleza de lo español. Los pueblos no pueden renunciar a su personalidad, y en nuestro caso, concretamente, la mitificación del «modo de ser», aun a cambio de todos los progresos económicos o técnicos posibles, representaría no una ganancia, sino una pérdida irreparable. Sin esta autenticidad nada serio y verdaderamente útil podremos hacer dentro y fuera de nuestras lides territoriales. Más aún: cada hora que pasa nos confirma con nuevos datos y razones en que el mundo nos necesita «como somos». A este respecto lo que importa es que los valores morales, espirituales, políticos y religiosos, de los que hoy vive y se nutre la vida privada y pública del hombre español y la comunidad nacional, no desciendan, antes suban de nivel.

En segundo lugar hay que tomar conciencia de que esta transformación sólo está resultando posible porque este hombre español, porque esta comunidad nacional se está librando del complejo de inferioridad que veníamos padeciendo durante más de doscientos años. En el origen y en la existencia de este complejo corresponde un gran tanto de culpa a quienes, desde cualquier categoría social rectora, administraban y dirigían los intereses del pueblo español. Hubo muy estimables excepciones, pero solamente eso: excepciones.

Hoy sabemos que hay y habrá naciones cuya economía es y será más desahogada y fuerte que la nuestra; pero sabemos también que nuestros recursos naturales, tanto en la agricultura como en lo industrial, pueden asegurarnos, sometidos a una explotación racional y progresiva, un nivel de vida mucho más elevado que el actual. Sabemos que el desarrollo de la técnica en ciertos países es muy superior en no pocos aspectos al nuestro, pero ni los obreros ni los directores de empresas españolas son incapaces de igualar a los extranjeros. De hecho estamos viendo que hay ciertas especialidades y materias en las que compiten ya, y hasta con ventaja, ganada en buena lid.

Sabemos que el potencial de las industrias militares de ciertos países es prácticamente inalcanzable para nosotros; pero es un hecho evidente que nuestros Estados Mayores están a la altura de su tiempo y que en Europa el Ejército español es un conjunto bélico que ofrece las máximas garantías. Sabemos que la geografía española es la zona europea de mayores posibilidades y seguridad en este orden. Sabemos que en el juego de los mutuos servicios que las naciones necesitan unas de otras, los que España puede prestar, y está en condiciones de prestar y puede valorar, tienen un valor inapreciable.

Haber llegado a esta situación real y espiritual supone, nada menos, que España vuelva a ocupar su puesto. Y lo ocupa no por concesión graciosa ni sólo en atención a títulos de grandeza y servicios pasados, sino porque tiene en su mano bazas de primer orden y la primacía en ciertas experiencias.

Por último, tal vez como en ningún otro momento histórico está consiguiendo el pueblo español en su proyección y sentido políticos la conjugación del idealismo, que determina la entrega generosa a los compromisos de honor, y del sano realismo, que nos garantiza el aprovechamiento y el usufructo de lo que por derecho nos pertenece.

EL ESPAÑOL

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑORITA LUISA FORRELLAD

MI primerísima reacción fué imperdonablemente semejante a la reacción de todos, incluyendo en este plural totalitario a los finalistas del «Nadal», a las peñas literarias del país, a algún que otro catedrático de Literatura y a los gerentes de las editoriales que rivalizan con la astucia comercial de don José Vergés. Es decir, señorita Forrellad, para su satisfacción, ese todos englobaba a muy pocos, casi a nadie. Con usted y con su éxito están los demás aspirantes sin fortuna, pero con esperanza ya para el próximo premio; las muchachas españolas madivamente, sean congregantes de Acción Católica con asidua actividad parroquial o sólo vayan los domingos a la iglesia, ya trabajen tanto como un varón en las faenas consideradas antes como viriles, ya perpetúen el ocio femenino, que es la manera de llamar al penoso y constante trabajo de la casa, bien hayan nacido en Cuenca o bien sean naturales de Cataluña (de esta imaginativa, hacendosa y cristiana Cataluña, que tanto produce a Luisa Forrellad como a Josefina Vilaseca). Con usted están los hombres españoles que se han enamorado de su hermosura, y hasta los menos enamoradizos están con usted, porque siempre interesan al hombre y le atraen las cosas de su media naranja, de su castilla (metáforas fuera de uso, aunque no fuera de la verdad). Están con usted los lectores de las novelas (en su mayoría, mujeres), que aguardan con impaciencia su ejemplar de «Siempre en capilla», que ha de presentarseles con los pájaros de la primavera. Están con usted Sabadell, Barcelona, España..., dentro de la cual me meto yo, en quien tiene y tendrá un defensor acérrimo y fidelísimo.

Porque su triunfo es la comprobación de las tesis optimistas, provinciales, hogareñas, potenciadoras de EL ESPAÑOL. Señorita Forrellad, de vez en cuando sacamos a relucir la consigna antigua de nuestra juventud, que acaso no ha de envejecer, puesto que al igual de antaño: «Frente a los intelectuales, somos actuales, y frente a los liberales, somos imperiales, etcétera, etcétera». Esto es, señorita Luisa Forrellad, lo mismo que usted: antiintelectualista, pero inteligente, laboriosa y vital; no alimentándose, cual el pelicano, con su propia sangre o con la sangre del prójimo (dos actitudes típicamente liberales), sino saliendo de su introversión, que es la autobiografía novelada o de su pueblo, que es la «calle estrecha» de don José Plá, para expandirse y expansionarse sobre la vida del mundo, portando en las manos las universales pasiones humanas y el idioma castellano, la lengua que, según Antonio de Nebrija, es compañera del Imperio. Se fundó este semanario para entregar un cauce a la creación española, cuando las promociones juveniles habían dejado de ser combatientes y se iban a meter en los «pasapagos» de la postguerra, aunque, gracias a Dios y a Franco, el peligro pasó pronto y EL ESPAÑOL pudo desaparecer, ya que nuestra existencia nacional es algo así como la repetición indefinitiva, infinita, del río Guadiana. Reaparecimos para pagar cuanto hay de fe lúcida en nuestra confianza hacia nuestra Patria asediada históricamente; para divulgar que España no es Madrid, aunque un Estado necesite de una capitalidad patente, bella y pródiga, sin perder la cabeza; para difundir que frente a la «peña» cabileña y tertuliana (otro pecado de nuestra orografía

moral) existe la familia, las familias, tan tenidas en cuenta por el Caudillo en su mensaje de fin de año, y para dar a conocer España a los españoles, una España que no es la que heredamos en 1931, ni en 1936, sino una España industrializada, activada en su agricultura y en su comercio, puesta en orden y al día por la Revolución Nacional de Franco, adonde son posibles los héroes y los jugadores de fútbol, el tremendísimo de los que aburre la paz y esa novela suya que, a pesar de desenvolverse alrededor del sufrimiento, es alegre y afirmativa, se ha escrito en una ciudad apartada de los cenáculos (esta palabra, señorita Forrellad, ya no se usa, pero es apta para el panfleto), en los que se pasa lista a las novedades de librería y se pone falta, un inri mayúsculo, a quienes ignoran los nombres en boga internacional, aunque, sin embargo, no cito, porque sólo estoy dispuesto a citar su nombre. «Siempre en capilla» es optimista, provincial, y ha germinado junto a unos padres y a una hermana gemela con su novio, en un ambiente de productividad sabadellense, al lado de unas incansables devanadoras.

Aunque se enfade el café Gijón en pleno o en su plana mayor, y aunque se disguste la «Escandalera» de Oviedo, y aunque la editorial «Destino» venda varias toneladas de su novela, EL ESPAÑOL, que no es envidioso con la ganancia ajena, ni comparte el mal humor del novelista burlado, nuestro compañero Castillo Puche, ya que tanto le prometió el galardón Vázquez Zamora, secretario del Jurado, ni tampoco siente el menor prejuicio de varonía, sino más bien prefiere la exaltación de la mujer en este año mariano. EL ESPAÑOL recuerda que la novela es obra de fantasía más que obra de erudición, que las novelas hay que sacárselas de la manga y nunca de otras novelas, que la juventud puede engendrar novelas, ya que es un tiempo de vigor y de voluntad, de generosidad fecundante, y que el sexo débil, tan férreo, tan terco, tan razonador, tan intuitivo, es el más idóneo para dedicarse a ese punto de lana con agujas de acero, como lo ha demostrado la intervención femenina en toda la novelística mundial, sin necesidad de vestirse de marimacho, al modo de Jorge Sand, ni convencer a los académicos para que le entreguen un sillón vitalicio, usted señorita Forrellad, entrará en la Real Academia Española... Y aquí dejo mi vaciño.

Estábamos hartos de la poesía (¡qué magnífica poesía se compone ahora!), que no podían y debían entender las mecanógrafas, cuando la poesía, y la novela, y el teatro sólo son populares y permanecen cuando las mecanógrafas entran en su contacto y no se van al cine de enfrente. Señorita Forrellad, aunque sólo haya mecanografiado su novela con dos deditos, usted pertenece a ese amplid, cordial y humanísimo escalafón de la gente que ama a los animales, se sabe los versos de memoria y es capaz de decodificar, de triplicar, de multiplicar su ser viendo la representación o siendo actora encima de un escenario. Las mecanógrafas son así, aun cuando no había máquinas de escribir, y mandan y manejan el orbe armónico y limpio de la guerra fría. Por favor, señorita Forrellad, que «Siempre en capilla» sea una novela para las mecanógrafas, aunque también la leerán los inspectores de Hacienda.

ASEGURESE USTED

EL ESPAÑOL

DEL CABALLERO AL AUTOMOVILISTA

LA gran cantidad de coches nuevos que circulan por nuestras calles con la aportación decisiva de los construidos por la S. E. A. T. y la F. A. S. A., nos da la oportunidad para escribir algunas consideraciones sobre ese fenómeno moderno, de incalculables consecuencias para la mentalidad de nuestra época, que es el automovilismo. El automóvil ha sido admitido en sociedad con el máximo de honores. La posesión de un automóvil constituye hoy día una de las primeras discriminaciones sociales; entre determinadas personas, la principal, un signo de discernimiento entre individuos, categorías y clases. Por lo menos, en lo económico.

Cada época ha utilizado determinados símbolos para manifestar la categoría social de las personas y de los grupos. Vestido, vivienda, fórmulas de cortesía, tratamiento, etc., han constituido las plumas de ese pavo real vergonzante que es el hombre. En el siglo pasado numerosos hechos señalaban la ascensión o subida de un individuo a la clase burguesa en sus estratos modestos. El empleo de un criado o de una chica de servicio, como mínimo—la clásica chica para todo, de la pequeña burguesía—, la posesión de un salón para recibir visitas con un piano—¡oh, el piano!— el título de abogado en algún miembro de la familia, la utilización de sombrero en las señoras, la propiedad de un pequeño inmueble, la famosa «poma de la sed» en Cataluña, etc., etc.

Actualmente, en nuestra sociedad poco formalista y aparentemente igualitaria y democrática, esos signos han caído en desuso. Los aparatos eléctricos intentan sustituir a la «chica para todo»; el salón ha sido reemplazado por el «living room», que, a la vez, se utiliza como salón, como habitación íntima familiar y aun a veces como comedor; el piano se ha visto anulado por el aparato de radio; casi todos somos abogados o licenciados en Derecho; las diferencias en el vestido se hacen menos sensibles que en otras épocas, etc., etc.

Ha surgido, empero, una nueva distinción, un nuevo símbolo de jerarquía social: la diferencia entre los que poseen un automóvil y los que no lo poseen. Aun podríamos hablar de una segunda categoría. Aquellos que poseen un automóvil antiguo y reconstruido, una modista «rubia» o bien aquellos otros que tienen un coche lujoso y de buenas suspensiones. Y aun dentro de los coches modernos, los afortunados que viajan en «Mercedes 300» o en «Cadillac», y los más modestos que utilizan el 4.4 HP. Pero el coche como presión y formación social, más bien obra de una manera negativa. Mientras la criada, las maneras, el salón con pia-

no, obligaban a sus dueños a una educación más exigente, y, por lo tanto, les coartaban en cierta medida su libertad psicológica de acción, el uso de coche automóvil ofrece la posibilidad de muchas acciones primitivas y elementales que no le son posibles al simple peatón. Para darse cuenta de ello es suficiente que cada cual analice las modificaciones mentales de que nos sentimos objeto cuando pasamos del estado de peatón al de conductor, o tan siquiera de simple viajero en automóvil.

De prudentes y precavidos pasamos a la obsesión de la velocidad. Nos impacientamos de no ir más a prisa, siempre más a prisa. Sentimos el goce infantil de pasar a ese coche y a aquel otro que acaso son de un modelo mucho más rápido que el nuestro, pero que consideramos conducidos por personas sin nervio. Todo retraso y todo obstáculo nos fastidia como si nos hiciera perder una gran oportunidad. En cada automovilista vemos un rival al que pretendemos dejar atrás a la primera ocasión. Si no nos deja paso, sino apaga las luces a tiempo, gritamos, maldecimos, injuriamos. Adoptamos esa misma actitud contra los peatones y contra los ciclistas. Todo ello nos hace descubrir dentro de cada uno un repertorio de palabrotas que ignorábamos, y cuya riqueza no deja de sorprender a los familiares o al amigo que viaja con nosotros.

Un extraño entusiasmo, una vitalidad incomprendible se apodera del conductor de automóvil. Mecánica, velocidad, poder, son acaso los estímulos que provocan ese entusiasmo en tantas ocasiones peligroso y en otras causante de accidentes mortales.

El automóvil crea, efectivamente, en el conductor y aun en el simple viajero un sentimiento de superioridad. Se ha dicho que el coche ha sustituido al caballo en el complejo de las relaciones individuales y colectivas, así como lo ha sustituido en orden a la locomoción y a la tracción. Si en otras épocas existía una gran diferencia social entre las personas que iban a caballo y

las personas que iban a pie, entre el caballero y el que no lo era y las espuelas de oro constituían el signo distintivo de la aristocracia, actualmente las espuelas de oro parecen sustituidas por los coches de más de 25 H. P. Pero el caballo era educador. El caballo, en cierto sentido, es maestro de su jinete. Sin buen caballero no hay buen caballo. Cuando son mal conducidos, los mejores caballos pierden brío y nobleza. No ocurre así con el automóvil. Las reacciones del automóvil no son vitales, son técnicas; no son instintivas, son físicas. He aquí porqué la moderna caballería, el automovilismo, no garantiza una especial inteligencia ni educación a las personas que forman parte de la misma. Por ello sería preciso que el código de circulación, tal como se viene haciendo en España, fuese cada vez más rígido. En definitiva, son los estatutos de la aristocracia moderna del automovilismo. El honor del automovilista debería residir, a nuestro entender, en haber vulnerado lo menos posible ese código de seguridad mutua y de respeto para el peatón, fuero y servidumbre de una nueva clase social privilegiada.

Claudio COLOMER MARQUES

MAÑANA SERA OTRO D

BOB, agente federal, se agarra al teléfono cuando chicle y da rápidamente su informe:

—He visto un Chrysler sospechoso color avellana, calle 48, dirección Norte, a toda velocidad, rotando el cristal del faro derecho delantero.

—¡Buen trabajo, Bob!

Cinco minutos después junto a la mesa del jefe hay un carrito de oficina que contiene la vida y milagros de todos los ciudadanos particulares que han adquirido coches de color avellana en los últimos seis años. Dos horas después hay media docena de agentes de paisano en cada uno de los talleres de Nueva York donde se reparan faros de automóvil. Tres horas después, cada uno de los Chrysler color avellana que circulan por Nueva York va escoltado por tres coches del F. B. I., en cuyos guardabarros hay disimuladas cámaras telefotográficas que retratan de frente, de espalda y de perfil a los choferes de los vehículos sospechosos. «¡Buen trabajo, Bob!» Ahora vamos a cotejar estas fotos con las 348.917.665 del archivo. Agentes especializados en narices cotejan las narices. Agentes especializados en verrugas cotejan las verrugas. Agentes especializados en pestañas cotejan las pestañas. De pronto es detenido en New Mexico un sujeto que se dedica a vender máquinas de pedir limosna electrónicas último modelo.

—¿Su profesión?

—Vendedor ambulante.

—¿Vendedor ambulante? Sí, sí, vendedor ambulante.

FINCAS MEJORABLES

EN todas las legislaciones se ha superado ya el añejo concepto de la propiedad como titularidad privada y absoluta. En todas se sanciona hoy la misión social que, en mayor o menor grado, debe atribuirse a la propiedad.

Este movimiento no tiene una raíz revolucionaria. No significa un socialismo inspirado en la idea demagógica de la abolición de la propiedad privada. Es, ante todo, una atemperación de los egoísmos o las desidias particulares a los intereses generales de la sociedad, a cuyo orden y al amparo de cuyas normas jurídicas resulta el individuo propietario reconocido como tal. Y en este sentido, en el sentido de una socialización cristiana, aparece proclamada en las encíclicas la necesidad de conciliar y acomodar el libre ejercicio del derecho de propiedad sobre los bienes al bien común de todos los que forman la sociedad humana.

Existe un tipo de propiedad que por su peculiar naturaleza ofrece mayores posibilidades a la conducta antisocial del propietario: la propiedad rural, que, menos próxima a la atención de la colectividad y en manos generalmente de quien tiene, además, otras fincas, no se explota siempre de acuerdo con el que podría ser su verdadero rendimiento. Y a veces ni se cultiva siquiera.

El perjuicio que se deriva de esta situación de no cultivo o de rendimiento insuficiente repercute directamente en el nivel de la renta nacional e indirectamente en la economía particular de todos, porque la menor producción supone siempre un menor y más caro consumo.

Una política que persiga con decisión el establecimiento de un orden social justo tiene que exigir de todos, y especialmente de los propietarios de las fuentes de producción, una ac-

titud de plena cooperación y solidaridad social. Actitud incompatible con posturas calculadas sólo por el propio interés personal o decididas únicamente por la comodidad mayor que suponen siempre la negligencia y la desidia.

Una reciente ley de «Declaración de fincas manifiestamente mejorables» viene a corregir en España la situación deficiente de aquellas fincas que en parte o en su totalidad estén constituidas por terrenos incultos, desprovistos de arbolado, cubiertos de matorrales, y sean, desde un punto de vista técnico, susceptibles de un cultivo o un aprovechamiento más rentable.

El mal uso, el abuso propietario se corrige en esta ley afrontando el problema en su totalidad, pero sin prescindir en ningún punto de las lógicas garantías que debe ofrecer al propietario el nuevo sistema. No se producirá en su aplicación una sola expropiación injusta, porque contra el acto declarativo de finca mejorable atribuido a la prudente y asesorada potestad de la Administración se establece un recurso de súplica ante Consejo de Ministros. Y porque siempre puede el propietario, con sus medios o con la ayuda económica y técnica de la Administración, convertirse en el mejorador de su propio predio.

Hay, por lo tanto, que entender, junto a la justa decisión que la ley refleja, su sabia prudencia. Su intención no es punitiva del propietario que descuida o abandona su tierra. Está orientada hacia el traslado de la propiedad de las manos negligentes a las manos laboriosas de los propietarios que merecen verdaderamente este título.

EL ESPAÑOL

BUEN TRABAJO, BOB!

lante. Usted es el tipo que robó hace dos años un abrigo de visón a Mrs. Caldwell cuando daba una recepción a beneficio de los huérfanos de tenores muertos en accidente de aviación.

—Demuéstrémelo, si pueden.

—Usted es el que huyó por la calle 48 conduciendo un Chrysler color avellana que llevaba roto el cristal del faro derecho delantero. He aquí estas fotos, amiguito; he aquí estas cintas magnetofónicas; mire está película en la que aparece usted mismo sonriendo delante de la amiguita a la que regaló el abrigo de visón robado; lo que es esta vez no hay quién le libre de sus tres meses en chirrna, pollo.

—Ustedes ganan.

¡Buen trabajo, Bob! ¡Buen trabajo, Jennie!
¡Buen trabajo, Jimmy!

Viendo las películas sobre la acción del F. B. I., que suelen hacerse con la colaboración del enorme artificio policial norteamericano, a nuestras bocas europeas asoma la sonrisa. Las bocas europeas, que desde hace tanto tiempo parecen haber perdido la agilidad necesaria para la carcajada alegre, conservan la movilidad precisa para la ironía censoria y tristonca.

Sin embargo, ¡cuánta vitalidad sencilla, joven, envidiable, anima a la Norteamérica que tantos flancos ofrece a nuestro sarcasmo! Nuestro bobo sarcasmo imagino que no tardará —sobre todo si aumentan las películas dedicadas al F. B. I.— en

agredir a Hoover con igual gallardía que ataca a Mac Carthy. Esperemos un «antihoverismo» tonciculto calcado sobre el «antimaccarthysmo» de la cultitontez europea.

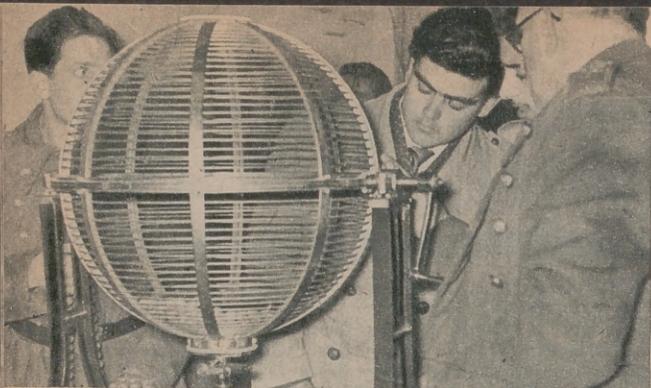
En los Estados Unidos no hay sólo un sentido reverencial del dinero (el cual sentido no está ausente, ni mucho menos, en sociedades europeas tan cargadas de siglos como la española, por ejemplo), sino una facilidad para el sentido reverencial, admirativo, respetuoso, espontáneo y nada crítico hacia todo; al norteamericano le entusiasma un aparato para cazar ratones basado en células fotoeléctricas en el mismo grado en que le entusiasma el viaje a la Luna o ver a su Presidente sembrando rábanos con sus propias manos. Al americano le entusiasma hacer y le entusiasman los que hacen. Al americano le entusiasma el F. B. I. y la lucha contra Rusia porque son los grandes haceres, quehaceres, haceduradas, hazañas. Mientras los europeos de una u otra parte del continente gozamos de igual entusiasmo (me parece evidente el inmenso parecido entre un soldado español del Gran Capitán, un granadero de Napoleón y un infante de Marina de Mac Actur), fuimos sanos, fuertes y libres, nada resentidos ni envidiosos.

Hoy...

Hoy la verdad es que vuelve uno los ojos a Londres o a París, a la política, a la cultura y a la vida ultrapirenaica y no encuentra nadie a quien poder decir, ni por una sola vez, lo que tantas veces dice el norteamericano con su palmada generosa y estimulante:

—¡Buen trabajo, Bob!

Luis PONCE DE LEON
(Premio Nacional de Periodismo 1953)



¡YA SE VAN LOS QUINTOS, MADRE!...

EL TERCER SORTEO DEL AÑO SIN PREMIOS METALICOS

MAÑANA de domingo. Niebla y frío. Hoy, en la glorieta de Atocha, no son solamente los viajeros de los trenes que llegan quienes ponen una nota de animación cotidiana en el ambiente; ni los futbolistas del Atlético de Bilbao, alojados en el hotel Nacional, porque éstos descansan todavía, acumulando energías para saltar al césped de Chamartín a las cuatro en punto.

Mañana de domingo. Negocio «extra» para las tabernas de estos alrededores, para los quioscos ambulantes.

Hoy se sortean los quintos. Mucho antes de la hora fijada para el sorteo, tercer sorteo del año, en el que los premios no se dan en metálico, sino en destinos, la glorieta de Atocha y el paseo de María Cristina comienzan a sufrir la invasión bulliciosa de los «mozos»—buenos mozos o mozos regulares, que de todo hay en esta viña del Señor—, que se encaminan a la Caja de Recluta para enterarse de su suerte.

Abundan las botas de vino, las guitarras, los gorros verbeneros y un buen humor contagioso que a alguien pudiera antojársele excesivo pensando en las futuras centinelas de madrugada, en las horas de instrucción, en las maniobras y en todas esas cosas que la vida militar lleva aparejada. Aunque bien mirado—o al menos mirado después de catorce años—no son tan incómodas ni tan insoportables como parecen.

Si en los ejércitos modernos las nuevas armas—bombas atómicas, aviones supersónicos, cohetes dirigidos, radar, submarinos—son importantes, hay una a la que no se ha prestado la debida atención y que, sin embargo, estimamos tan decisiva como esas otras: nos referimos al buen humor. Un ejército con buen humor es capaz de llegar adondequiera; al heroísmo, a la resistencia física inaudita, a aceptar, en fin, la guerra y sus incomodidades y sus fatigas entre jipios de cante y rasgueo de guitarras. Puede que sea ésta, entre todas, las virtudes castrenses españolas, una de las más destacadas.

Allá van los mozos del reemplazo de 1953 camino de la Caja de Recluta, como quien va a una fiesta.

Mañana de domingo. Niebla y frío. Animación fuera de serie. Cantos de paz que podrían ser de guerra si llegara el caso. Lo bonito es saber aceptar la paz o la guerra con la alegría de una canción.

NO SOLO EL ESTRECHO DE GIBRALTAR SEPARA A ESPAÑA DE AFRICA

Lo importante de este sorteo está en saber quiénes quedan destinados en la Península y quiénes deberán cumplir en Africa su servicio de armas. Viejas reminiscencias de una época en la que ir a Marruecos significaba riesgo, llantos, dolor de ausencias, madres enlutadas y novias que se quedaron con el vestido blanco guardado en el misterioso cajón de una cómoda silenciosa.

Hoy el problema es distinto. Realmente no existe tal problema. Pero se conserva la tradición, y aun en algunos espíritus el nombre de Africa, quién sabe si por atávicas remembranzas familiares, produce un santo temor desconcertante e inexplicable, una inquietud extraña, que en realidad no tiene justificación.

NUMEROS CANTAN

El procedimiento de sorteo es sencillo. Nos lo explica con exquisita amabilidad el coronel don Enrique González-Conde de Illana, jefe de la Caja de Recluta Número 1.

Cada Caja tiene asignados determinados sectores de Navidad y algunos pueblos de la provincia. Las listas de mozos remitidas, por las Tenencias de Alcaldía y por los Ayuntamientos son refundidas en dos, que se confeccionan por riguroso orden alfabético. Una corresponde a los totalmente útiles y otra a los que han sido clasificados para servicios auxiliares.

Por cada una de estas listas se saca después un número del bombo, y el recluta al que este número corresponda será el número

1 de la lista definitiva, pasando los anteriores a la cola.

Tres mil siete reclutas sortearon el pasado domingo en la Caja Número 1. Tres mil siete bolas estaban allí, enristradas en cuerdas y colgadas de unos clavos, a disposición de todo el que quisiera examinarlas para comprobar su exactitud.

En la amplia nave se agolpan los quintos, por cierto sin demasiado escándalo, y el sorteo se lleva a cabo bajo la presidencia del coronel.

En primer lugar los servicios auxiliares. Se piden voluntarios para accionar el mecanismo, igual al de la Lotería Nacional, y las tres mil siete bolas son metidas en el bombo. Luego, bien removiditas, se saca una.

EL CORONEL ANTE EL MICROFONO

Ante el micrófono, el coronel, cuyas palabras transmite el altavoz por toda la nave.

—¡Número ochenta y seis!

El coronel consulta la lista alfabética.

—¡Miguel Angel Manchón Casado!

Este es el primero destinado a Africa para servicios auxiliares.

Rápidamente se procede al segundo sorteo. Las bolas giran en

el interior del bombo accionadas por un futuro soldado que va a decidir su propia suerte: Africa o la Península.

Segunda bola.
—¡Número ciento sesenta y cinco! José Luis Argenta Rodríguez.

Hay murmullos. El número es muy bajo y altera poco la primitiva lista alfabética. A partir de éste, los doscientos cuarenta siguientes irán a Africa y el resto quedará en España.

El coronel habla de nuevo para exponer que a ese número hay que restarle dieciséis, ya que dieciséis reclutas se han presentado voluntarios para Africa. Estos deben comprender, por lo visto, que actualmente tanto da servir en la Intendencia de Avila como en Tíradore de Ifni.

Ha terminado el sorteo. Los quintos desalojan la nave sin mucho orden, porque aun no se ha inculcado en ellos el sentido de la disciplina militar.

Sobre la mesa del coronel están las listas, que una hora más tarde, reformadas ya con arreglo a lo que las bolas han decidido, serán expuestas públicamente. Esta es una organización burocrática eficiente, que no pierde el tiempo, que funciona con rapidez castrense.

Fuera, los guardias de la Policía Armada imponen un orden enérgico, aunque sin necesidad de usar las porras, para evitar excesivas aglomeraciones en la calzada. Un autobús de la Empresa Municipal de Transportes queda momentáneamente bloqueado entre los grupos de mozos. La bo-

cina ronca pidiendo paso, y tarda un rato en conseguir su objetivo. Al fin se abre una brecha y el azul mastodonte reanuda su ruta urbana, mientras los viajeros, a través de las ventanillas, contemplan el espectáculo.

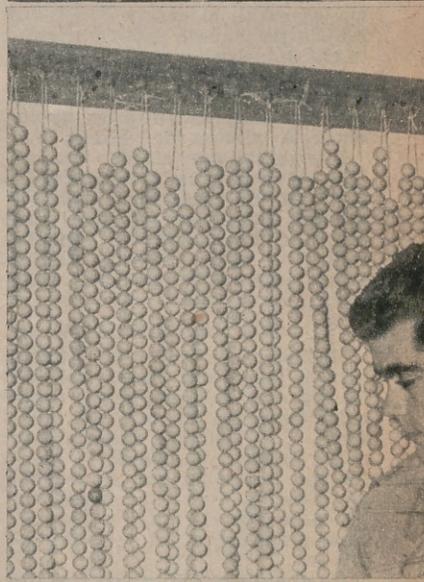
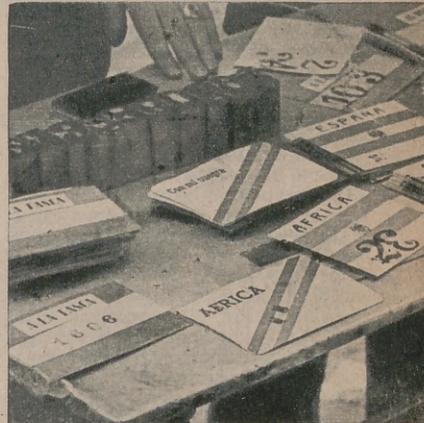
PRIMAVERA EN INVIERNO

Hace frío, un frío intenso, que luego irá cediendo a medida que el sol avance cielo arriba. Pero a los veintiún años no se siente el frío. Los quintos terminarán el día maltrechos y fatigados, roncacos de tanto cantar, calientes los estómagos por las consecutivas libaciones. Después volverán a sus hogares, y en marzo se incorporarán a filas. La calle tiene un aire primaveral, que desmienten los abrigos de los transeúntes que no han sorteado.

Para estos muchachos aun está lejos el sonido estridente de los clarines, las voces de mando, el estruendo de las balas de fuego durante las maniobras, el crepitar del suelo bajo las cadenas de los tanques.

Pero el caso es que parecen los mismos. Los mismos que hace diecisiete años se incorporaron, sin sorteo, a los altos de Somosierra, los mismos que saltaron el Estrecho o se batieron en la sierra de Alcubierre o rompieron el frente del Ebro.

Ahora no hay guerra gracias a Franco y gracias a aquellos que en el año 1936 cambiaron los libros o el anado por el uniforme caqui. Pero es igual. Si la hubie-



En este reportaje gráfico de Mora recogen varias escenas del sorteo la Caja de reclutas número 3, de Madrid. El buen humor de los quintos fué la nota más pintoresca en las calles de la capital durante la jornada del pasado domingo. Estos muchachos del reemplazo 1953 lanzaron al aire de la mañana fría sus primeras estrofas con ritmo marcial de una nueva experiencia en sus jóvenes vidas



mas, el sentido de cumplimiento del deber.

DESPUES DEL SORTEO

Lo ocurrido después del sorteo de los quintos fue lo mismo que ocurre todos los años y probablemente lo que seguirá ocurriendo siempre. Invasión de calles y plazas por muchachos tocados con extraños atavíos y letreros en la solapa. Letreros con inscripciones que o no decían nada, por carecer de significado alguno, o invitaban a sonreír.

Las botas se alzaban al aire —las de vino se entiende—, y muchos mozos no acertaban más que a mancharse la camisa. Nada les importaba. Al fin y al cabo, antes sí habían acertado. Así andaban.

La aparición de la máquina de nuestro fotógrafo armó un verdadero revuelo. Claro, era el momento preciso para la fotografía. Para esa foto que luego, años más tarde, uno enseña con regocijo. Pero ¡quién piensa en lo que vendrá! Aquellos muchachos no pensaban en ello precisamente. Estaban ebrios de vino y de presente. Avanzaban entre guitarras, cogidos del brazo o en fila de a uno, corriendo o tropezando, con gorros o sin ellos. No era posible que afinaran al cantar.

—No pretenderá usted que cantemos bien—me dijo uno de ellos.

Lo que querían era gritar, quemar de algún modo la pólvora que llevaban dentro antes de conocer la pólvora de verdad.

Era difícil que alguien contestara en serio a nada. Soldados en filas ya se mezclaban con los quintos, más para reír que para recordar. La ciudad era conquistada por tanto ímpetu. Metros, bares, tabernas y cafeterías. Todo igual. Era su día.

LOS AMIGOS DEL VINO

Enfilamos la calle de Atocha para ir luego a la Puerta del Sol. El trayecto, sobradamente conocido, tenía ese día un aire diferente. Todo parecía distinto. Las calles estaban perdiendo la batalla con la niebla que se escapaba. Treinta, cuarenta mozos, tal vez más. Por el centro de la calzada arrastraban un pequeño carretón:

«Los amigos del vino», rezaba un letrero que colgaba del mismo. En su interior, un gran barril, una hilera de sardinas y un

jamon. Extraño cortejo. Extraño también el que seguía al primero: tres guitarristas, un acordeón, una zambomba, un ruido horrible y muchos quintos. Quintos con barbas y bigotes postizos y vino, mucho vino. Muchas botas de vino al aire, bañando gargantas que se extenderán desde Melilla a Santiago de Compostela.

La gente seguía su camino con ritmo normal, ajena ya a tanto jaleo. Además, ya les decíamos a ustedes que todo era igual que siempre. Como el año anterior y el otro. Como un año cualquiera más.

Fué difícil encontrar algún personaje con posibilidades de diálogo. Una ola de alegría bañaba los cerebros. Pero, sí, había quintos con los que se podía hablar. Muchachos que ya sentían el miedo del primer corte de pelo. Cuando se cruzaban con un militar de cualquier graduación, le miraban con respeto. Otros, en cambio, ensayaban la posición de firmes.

—Dime, muchacho, ¿adónde te ha tocado?

—A la Península.

—¿Dónde quisieras ir?

—Lo mismo me da.

—¿Tienes miedo?

—No. ¿Por qué? Lo estoy pasando muy bien.

Era un chico como los demás, un chico con gabardina. Con unas manos enormes, manos del color de la tierra que trabajaban. También en su solapa campeaba un letrero: «Viva mi chachi.» Extraña frase para colgársela de la solapa. Esos puestos ambulantes de gorros y de pancartas debieron de ganar dinero.

UN QUINTO CON NOVIA

A los pocos metros, nueva intentona:

—¿Eres de Madrid?

—No. De Navalcarnero, pero hace ya tiempo que vine «caciaca».

No era el mismo muchacho de antes, pero dijo las mismas cosas o parecidas. Este tenía novia. Tenía novia y un problema. Le habían dicho que ingresar en la mili con novia era un grave inconveniente.

«Si se enteran te mandarán al Africa», le aseguraban.

El lo contaba con seriedad. Por lo demás, ir al Africa no le hubiera importado demasiado.

No podían buscarse diferencias

de calidad entre tanto deambuleo. En su casi totalidad, los gorros y las zambombas correspondían a gente de modesta condición, con la que el diálogo tenía poco interés. Iban a cumplir su periodo de instrucción militar como un acto más en su vida. Ya sabían desde mucho tiempo que un día les iban a llamar. Muchos lo aprovecharán para dejar el campo, para instalarse en la capital. Otros, por el contrario, sentirán nostalgia del terruño. Dentro de unos meses los primeros y los segundos montarán guardia en cualquier sitio y arañarán las paredes para dejar constancia de su paso. Dentro de unos años otros muchachos leerán las inscripciones que éstos dejen:

«Pepita, te recuerdo. Todo mi amor para ti.»

«Te dedico mi primera guardia.»

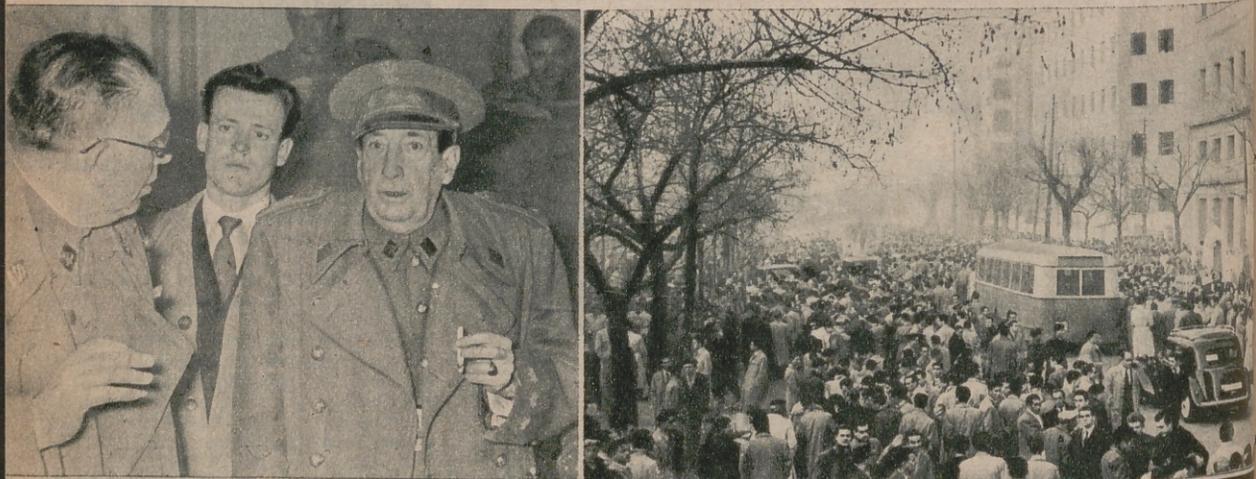
No podemos olvidar, sin embargo, felices encuentros, como éste: un muchacho, Fernando Pajares, cuya vida ha transcurrido entre grandes dificultades y cuya infancia fue peor.

—Yo lo que quiero es aprender a leer y a escribir. Hasta hoy no he podido hacerlo. No me importa eso que cuentan de las guardias y la instrucción. Aquello sí me interesa, porque cuando acaba la mili quiero quedarme trabajando en Madrid.

La mañana ya había adquirido mayoría de edad, pero el bulli-cio seguía siendo el mismo y continuó durante todo el día. El resto de nuestros pasos, nada nuevo nos reveló. De los que se iban a Africa, ni uno solo lamentaba su suerte. Otros habían solicitado la plaza voluntariamente. Quienes querían aparentar disgusto se codeaban con otros que, riendo, danzaban imitando a los indios, cosa que no comprendí. Los demás, todos estaban dispuestos a empezar.

Ya de regreso a casa nos cruzamos aún con numerosas grupos o hileras de futuros soldados. Mentalmente les vimos sentados en una cama de metal escribiendo en papel rayado, apoyados en una maleta de madera, cartas a sus novias, a su familia. Tal vez muchos de ellos empezarán así: «Queridos padres: Desearía que estéis bien de salud, como es la mía a Dios gracias...»

(Fotografías de Mora.)



Izquierda: El jefe de la Caja, coronel González-Conde, cambia impresiones con su ayudante sobre la marcha del sorteo.—Derecha: Este es el aspecto populoso que ofrecía el paseo de María Cristina durante la mañana del domingo

"LA MISION DEL ESTADO ES MAS EDUCADORA Y DE DIRECTRIZ QUE DE REPRESION"

"Debe de crearse un ambiente de voluntariedad en el cumplimiento de la ley"

Entrevista con el Ministro de Hacienda, excelentísimo señor don Francisco Gómez y de Llano

ESPAÑA es, desde luego, una gran empresa. Desde el promontorio gallego que mira al océano, con su nombre definitivo de «Fin de la Tierra», hasta las pequeñas calas de la Costa Brava catalana — S'Agaró y compañía —, minúsculas y verdinegras como fantásticas creaciones de legendarios genios, pasando por las inmatériales columnas de Hércules, allá en la tierra en que Falla se sentaba junto al mar para oír el perfecto rumor de las olas, España, conturneada así, es, también, una gran empresa. El viejo siglo en que vivimos—cada año es prehistórico en relación con el que luego vendrá—nos trae una nueva conquista de la técnica.

Después de los poetas vinieron los novelistas y los dramaturgos. Ellos, porque tenían que observar la vida tal como era, porque habían, luego, de vivir repetidamente nuevas y añosas criaturas nacidas de su propia entraña, escribieron y hablaron de «la tragedia que supone una mala Administración» y de «la dicha y el progreso que se encuentra en la feliz dirección de la Hacienda de un Estado». Quizá, así, apareció la palabra Hacienda.

Mas, para que esto sucediese, los técnicos—ser técnico es el camino más duro que tienen que vencer los hombres—dieron su definición: «La ciencia de la Hacienda es una parte de la Economía civil que enseña el modo de engrandecer el Estado, empleando en utilidad suya la riqueza y de hacer opulento el Erario con el menor sacrificio del contribuyente.» De esta manera hablaba Pedro de Verri en el siglo pasado.

Hoy la ciencia de la Hacienda no presenta esa definición tan romántica, en un romanticismo clásico y preceptivo. Ser hacendista hoy es algo más. Se precisa tener una completa información y visión de los problemas administrativos del Estado, se necesita poseer una facultad impalpable de reducir a números todos los vitales problemas de la nación y se requiere ser un técnico.

Don Francisco Gómez de Llano

no, Ministro de Hacienda del Estado español, es ese hombre resumen de todas las anteriores circunstancias. Su aspecto, conforme a la imperatividad de los siglos, tiene un algo deportivo, un algo de optimismo y de lucha abierta, que le hacen parecer, a primera vista, el moderno presidente de un imaginario y grandioso club de deportes, con miles y miles de participantes en la común tarea, dispuesto siempre a señalar los caminos por los que hay que competir, las rutas y los obstáculos que hay que salvar y la alegría honrada y sincera que hay que demostrar cuando se conquista un trofeo. El trofeo, en este caso, es la consecución de la organización perfecta de la Hacienda Pública española.

LAS DOS PERSONALIDADES DEL HOMBRE

En toda personalidad, bien sea política, científica o artística, hay dos personas: una, la oficial; otra, la privada. Sin querer, la primera es proyección de la segunda. La sombra de los árboles sobre la carretera, el reflejo de los juncos en el río, la imagen de las nubes sobre las montañas, son significación precisa del original modelo. El actual Ministro de Hacienda tiene, así, dos facetas. Dejemos su despacho y vayamos, minuto a minuto, tras su vida íntima, tras la vida que los hombres viven tal como son, humanamente, como seres específicos de la Creación divina.

La casa en que vive el Ministro está en el barrio de Salamanca. Hacia las nueve de la mañana, poco más o menos, el señor Gómez de Llano—extrínsecamente, no es Ministro de Hacienda todavía—baja por las escaleras, construidas allá por el año 29. Es la hora en la que, en Madrid concretamente, se ponen en movimiento, algunos hace ya tiempo que lo están, todos los peones de aquella gran empresa que antes conocimos.

El señor Gómez de Llano, antes de entrar en el coche, se detiene



un momento, mira al cielo azul de este invierno y, reposadamente, dice:

—Buen tiempo seguimos teniendo.

Es, en este instante, como cualquier padre de familia que marchase al trabajo.

CUANDO EL MINISTRO CONTRIBUYO A HACER CHAMARTIN

Al dirigirse hacia la calle de Alcalá, hacia el viejo edificio que está junto a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, habla, con el chófer, del partido del día anterior, que fué domingo. No hay censura de nadie. El, por experiencia, sabe que los jugadores—por lo menos en los tiempos antiguos—salen a darlo todo, a jugar y a ganar. El honrado triunfo es, en definitiva, lo que importa.

Cuando Santiago Bernabéu, el hoy presidente del Real Madrid Club de Fútbol, era jugador, allá por sus años mozos, tuvo por compañeros a muchos hombres que luego serían grandes figuras en diversos destinos, en diferentes cargos o en distintos cometidos. Con él jugaba un muchacho, Francisco Gómez y de Llano, que más tarde sería abogado del Estado, después asesor del Consejo de Economía Nacional, luego director general de lo Contencioso y, por fin, Ministro de Hacienda del Estado español.

—Pero—confiesa hoy—yo no tenía la clase futbolística de mis compañeros...

En el año en que el Real Madrid inició las gestiones para la construcción de su moderno Chamartín, el señor Gómez de Llano se encontraba descansando en La Toja. Allí recibió, sin anterior conocimiento alguno por su parte, el nombramiento de vicepresidente de la Comisión encargada de hacer Chamartín. El campo de Chamartín, el gigantesco estadio, nuevo circo de los tiempos

modernos, orgullo de la capital de España, ha nacido gracias a la proporcional intervención del que un día jugara en las filas del equipo propietario.

Y el Ministro, todos los domingos que puede, va a ver jugar a los dos equipos de Primera División que existen en Madrid. Recordar es, quizá, lo único que nadie puede impedir a los hombres.

EL MINISTRO DE HACIENDA JUEGA AL BRIDGE

—El éxito viene como consecuencia del esfuerzo...

Son sus palabras exactas. El éxito es también el triunfo del juego limpio. El Ministro de Hacienda tiene un sentido deportivo de la vida, pero no un sentido deportivo de ganar siempre, de ganar sea como sea, no; cree que lo principal es considerar al adversario y luchar noblemente, de cara al triunfo, llevando por delante la voluntad y el trabajo.

—Las facultades del alma son tres. Pero en un supuesto de normalidad, la voluntad influye más que la inteligencia y que la memoria. Yo, desde luego, no soy un genio puro.

El Ministro de Hacienda, cuando no está en su despacho, cuando no piensa en las difíciles cuestiones financieras, cuando no se marcha al campo a descansar, cuando no lee tranquilamente en su biblioteca, juega al bridge.

—Yo soy bridgista—dice de repente, como si descubriera un pedacillo.

Mas al instante—como cuando los niños vienen todos mojados a casa después de haber pasado por debajo de los cañones de los tejados, y dicen: «Es que estaba lloviendo», a manera de inocente justificación—ataja rápido:

—Pero juego muy poco.

Se queda pensando un momento...

—La verdad es que no tengo tiempo...

A las dos y media de la tarde el señor Gómez de Llano ha dejado de ser extrínsecamente Ministro y ha regresado a su casa. No tiene hijos y almuerza en compañía de su esposa.

—No debes trabajar tanto, ¿Es que no puedes descansar un poco?

Y el marido, como todos los maridos de la tierra, exclamaba también:

—La semana que viene te prometo no trabajar demasiado.

Desde las tres y media de la tarde, lee los periódicos hasta las cinco en que regresa al Ministerio. Es en ese tiempo también, si la lectura de la Prensa ha sido rápida porque los acontecimientos así lo han permitido, cuando el señor Gómez de Llano relee uno de sus tres libros favoritos: el «Quijote», de Cervantes; las «Vidas Paralelas», de Plutarco, y «Mr. Pickwick», de Dickens.

—Yo, aunque pueda así parecerlo estas lecturas, no soy nada complicado. «El Quijote» es, desde luego y no hace falta decirlo, extraordinario. «El Quijote», por su estilo literario, por sus pensamientos, no se puede leer de un tirón. Hay necesidad de leerle como se debe beber el vino de Jerez: «dándole conversación». Las «Vidas Paralelas» están entre mis favoritos por lo que de ellas se

puede aprender, por su enseñanza y por su magisterio. De «Pickwick, ¡qué decir! Lo mismo Don Quijote que Pickwick son siempre caballeros; para ellos no existe el deshonor y las acciones propias han de superar a la situación en que se encuentren.

«EL DERECHO CIVIL ES MI GRAN AFICIÓN»

—Yo soy un poco eso que Marañón llama «trapero del tiempo».

Por la noche es el momento de estudiar los avances de la Hacienda, tanto en el terreno teórico como en el práctico, que ocurren en diferentes países. Es, por tanto, el momento de leer todo lo que de Hacienda se escribe y se publica. Su biblioteca contiene, aparte de los libros propios de la carrera de Derecho, la más completa antología de autores académicos españoles y extranjeros. Gran enamorado de su carrera y, más concretamente, de su carrera de abogado del Estado, el señor Gómez de Llano es, por esencia, un gran civilista.

—El Derecho Civil es mi gran afición. Toda la carrera, desde luego, porque yo creo que la carrera de Derecho es la carrera que más forma. La carrera de Derecho forma en el sentido de Humanidades. La técnica tiene su papel, sobre todo en los actuales tiempos, pero no hay que olvidar que las Humanidades son los fundamentos de la Técnica. La Filosofía y la Teología constituyen el cimiento de toda cultura.

EL MINISTRO. A VECES, SE CONVIERTE EN AGRICULTOR

Esta es la vida íntima de don Francisco Gómez de Llano, Ministro de Hacienda. Así transcurren sus días, entre la familia y el trabajo. No va al café, no sale a cazar los domingos, ni tampoco a pescar. Diríase, entonces, que la ciudad le atrae y le envuelve.

Sin embargo, en cuanto se presenta la ocasión se transforma, en una paradójica metempsicosis corpórea, en agricultor.

—El campo es mi descanso. Cuando me marche a nuestra finca de Jaén soy, en esos días, un simple agricultor, igual que cualquier otro campesino de Andalucía.

Entonces, el Ministro de Hacienda del Estado español se pone en contacto más aun con la España para la que él trabaja. Cuando camine, a la puesta del sol, por la vereda, junto al paralelismo férreo de los surcos, como un campesino cualquiera de la Andalucía, mirará el campo, con la vista tendida, y se le aparecerán, a lo lejos cuadrículados, los olivos. Tal vez piense, entonces mismo en todas las teorías que han contribuido los hombres para conservar y prosperar la tierra en la que viven.

«EL CUMPLIMIENTO DE LAS LEYES FISCALES DEBE DE SER VOLUNTARIO»

Estamos ahora en su despacho. Una mesa con muy pocos papeles encima demuestra la cualidad del orden que, a sí mismo, se reconoce el señor Ministro.

Una sencilla araña de cristal ilumina las palabras, reforzando la propia claridad de los vocablos.

—¿Cuál es, señor Ministro, la esencia de su programa?

—En mis tres intervenciones en las Cortes están expuestos los problemas de mi Ministerio. Se ha de tratar de convencer al país de que las leyes fiscales merecen tanto cumplimiento como las demás leyes y, por tanto, deben cumplirse. No cabe hablar de un Estado organizado si el orden jurídico por él establecido no es cumplido por todos los ciudadanos.

—¿Cuál ha de ser el carácter de este cumplimiento?

—Este cumplimiento debe de ser voluntario, por lo menos debe llegarse a crear un ambiente de voluntariedad en el cumplimiento de la Ley. De aquí que mi programa no sea partidario de dictar preceptos fuertes de sanción porque creo que la misión del Estado es más educadora y de directriz que de represión.

—¿Es necesaria una reforma de la tributación?

—Debe robustecerse, desde luego, la tributación, pero ha de procurarse sacar partido a la ya existente, a menos que el transcurso del tiempo la haya hecho inadecuada. Esto se puede expresar gráficamente diciendo: «No se deben tirar los limones sin exprimir todas sus gotas».

—¿Cuál es el principal objeto de su Ministerio?

—Se ha de inculcar a todos, aunque esto sea repetir un poco lo anteriormente expuesto, que la tranquilidad es un gran bien y que ésta sólo se logra comportándose el Estado en sus relaciones con los particulares como un hombre de bien, como se comporta un hombre de bien, según frase acertada de Oliveira Salazar.

—¿Se nota alguna mejora en la Hacienda española con este sistema?

—Pues sí: parece esta política dar resultado, y hoy puede afirmarse que, dentro de las dificultades con que se lucha, la situación de la Hacienda en su aspecto recaudatorio es despejada. Al llegar aquí se detiene un instante para decir a continuación: «Existen otros problemas que exigen más larga meditación, que son objeto de estudio por el Ministerio para llegar al mejoramiento completo, es decir, obtener una justa y adecuada solución. (Pensamos entonces en la reforma de Contribución sobre la Renta, en la falta de comunicación entre las distintas clases de gravamen, en la situación de las Cajas de los organismos autónomos...)»

La faz del Ministro de Hacienda muestra, al decir estas palabras, una firmeza absoluta. Firmeza y fe que nos transmite. Firmeza y claridad como la cifra de los mil novecientos trece millones de superávit con los que se ha cerrado el presupuesto de 1953. Quizá por eso, por ser el primer Ministro que ha obtenido un superávit verdad en la liquidación presupuestaria, alguien le ha llamado el «Ministro de Hacienda del siglo», aunque él le cortase diciendo:

—Me conformo con ser el del ejercicio 1953, y ya es bastante, para lo que creo yo valer.

José María DELEYTO



PLAZA REAL DE BARCELONA

“Ha salido “EL ESPAÑOL!...”

A BEBER CERVEZA Y A TOMAR EL SOL

ESTE fué el pregón que oí a uno de los vendedores de periódicos de la Plaza Real de Barcelona la última vez que estuve allí. La Plaza Real es, por derecho indiscutible, dentro de la capital catalana, la plaza a donde se dirigen los buenos bebedores de cerveza cuando quieren apagar generosamente su sed, y la plaza donde todas las mañanas salen a tomar el sol—sentados los unos y correteando los otros—los viejos y los niños de la vecindad. Pero esto de que, además de la plaza del sol y de la cerveza fuese «la plaza de EL ESPAÑOL», me pareció tan simpático que decidí que ya era momento de que le dedicásemos en estas columnas un artículo para ella solita.

Además, que se lo tiene bien ganado. Por abolengo y porque quizá sea, dentro de la Barcelona actual, una de las plazas que más carácter propio sigue conservando.

Así que en lugar de seguir mi camino hacia la calle Fernando, como era mi primera intención al embocar en ella viniendo de las Ramblas, decidí sentarme en uno de sus bancos yo también, y que charlésemos un rato, la Plaza Real y yo.

(No os sonriáis, porque las plazas también hablan. Y mucho además: hablan por boca de sus niños y de sus paseantes desocupados..., miran por los ojos de sus escaparates, tienden hacia nosotros los brazos de sus faroles...) Precisamente los faroles, fundidos en hierro a finales de siglo sobre diseños y croquis que Gaudí hizo especialmente para ellos, tienen en esta plaza un sello característico: una desigualdad caprichosa y armónica al mismo tiempo que les hace asemejarse a frutos maduros, colgando desde los troncos que son las columnas de los soportales.

Por contraste, las palmeras que hay en el centro, rodeando la fuente, son tan simétricas que se diría hechas en serie. Mientras estoy mirando todo esto, se sienta a mi lado un viejecito y decidí aprovechar la primera oportunidad para trabar conversación con él y que me cuente cosas de esta plaza, que él seguramente conoce mucho. Porque tiene aspecto de ser un habitual.

Son las diez y media de la mañana. La plaza está todavía semidormida. Y a no ser por el viejecito que se sienta a mi lado, un ba-

rrendero que está terminando de «asearle la cara» a las aceras, y los gritos del vendedor de periódicos, semidesierta también. Sin embargo, no tiene aspecto destaralado. A pesar del diferente aspecto de los pisos que se superponen sobre los soportales—seguramente por haber sido construidos en épocas distintas y muy espaciadas—tampoco tiene aspecto inhóspito, como el de esas tiendas de anticuario, donde ningún mueble casa con su vecino. Al contrario, toda ella es íntima y acogedora: como si la hubiesen hecho ex profeso para que la gente viniese aquí a... no hacer nada.

El ajeteo matutino de las Ramblas, no obstante su proximidad, llega a nosotros apagado, difuso, como el eco de unas rompientes lejanas.

—¿Está siempre tan tranquila esta plaza?—le pregunto al viejecito, por iniciar la charla de algún modo.

El hombre levanta la vista de la página de anuncios del periódico que está leyendo en este momento, y me mira por encima de sus lentes.

—Casi...—me dice—. Un poco más tarde vienen a jugar los niños cuando salen del colegio. Y

también vienen algunos de esos chiflados de los sellos.

—¿Cómo?...

—Sí, hombre. Algunos de esos que les gusta coleccionar sellos.

—Ah, ya. ¿Y por qué vienen aquí, precisamente?

—Pues porque aquí hay muchas tiendas de esas. ¿No sabía usted que esta plaza es uno de los mercados filatélicos de Barcelona? —por fin ha encontrado el hombre la palabra y me mira muy orgulloso de que le haya salido así, de un tirón, sin atragantársele la esdrújula.

—No, pues no lo sabía. Pero esto es interesante. Luego me tengo que dar una vuelta por esas tiendas...

El viejecito me mira como si pensase: «A ver si le da a éste también...» Pero no dice nada. Yo, en vista de eso, decido cambiar de tema.

—Oiga, ¿usted sabría decirme cuándo se construyó esta plaza? Parece muy antigua.

—No, eso yo no puedo decirse-lo... Pero Felipe se lo dirá, que se sabe la historia... ¡Felipe!

Felipe resulta ser un limpiabotas, que estuvo hasta ahora medio oculto tras una de las arcadas de los soportales. Me sorprende un poco, al principio, que mi profesor de «historia de la Plaza Real» vaya a ser este hombre, que lógicamente debía tener la mirada más a ras de tierra. Pero la cosa tiene su explicación. Felipe, cuando empieza a caer el mediodía, se da una vuelta por las Ramblas, hace su oficio por los cafés elegantes, y de paso... Les propone a los turistas enseñarles «uno de los rincones típicos de Barcelona», que además está aquí muy cerca». La excursión suele terminar en una buena propina. Yo ya había descubierto hace algún tiempo que muchos camareros se estaban aficionando a la cultura lingüística, en honor también del turismo; pero este caso de la historia con betún es, francamente, el primero que me encuentro. Dejemos hablar a Felipe:

—Pues, sí, señor, esta plaza es una de las más antiguas de Barcelona. Y fué construída en las mismas lindes que tenía el solar del convento de los capuchinos... Estos capuchinos, eran unos frailes, ¿sabe usted?, que vinieron a la ciudad allá por el año mil quinientos... y no sé cuántos. El convento lo construyeron sobre una parcela de tierra que les regaló el Rey Felipe... Sí, Felipe V, eso es, y que hasta entonces todo el mundo llamaba el Huerto del Vidrio. Luego se fué a construir aquí la plaza de los Héroes Españoles, después que se hubieron ido los frailes y se destruyó el convento, cuando la ley de Mendizábal, y, por último, lo que se construyó fué esta plaza, con el mismo nombre de Plaza Real que hoy tiene. Las obras se empezaron en el año 1848 y las dirigía el arquitecto don Francisco Daniel Molina... ¿Quiere que le limpie los zapatos?—añade, después de una pausa para tomar aliento.

—No, muchas gracias, pero... toma, porque te las has ganado bien.

—Nada, usted ya sabe, a mandar. Y cuando quiera saber algo más de la Plaza Real, pregunte por Felipe. Que aún me quedan más cosas.

Por lo visto, las reserva para una nueva posibilidad de propina, pero yo prefiero continuar la investigación por mi cuenta.

El sol comienza a descender ya por las fachadas y algunos niños han venido a jugar en corro cerca de la fuente, que tiene gran profusión de verde en torno a la pileta. La taza del surtidor está sostenida por cuatro estatuas de mujer. Estilo, neoclásico; autor, anónimo.

«Baixant de la Font del Gat una noya y un soldat...», cantan los chicos.

Ya que estoy en la plaza de la Cerveza, decido que es ya una buena hora para ir a tomarme una caña. Pero ahora me enfrento con un problema de elección, como el del famoso asno de Buridán. Porque son siete, nada menos que siete, las cervecerías que abren sus puertas bajo los soportales. Es igual. Me decido por la primera que me sale al paso. Pido una caña y por ños cincuenta me ponen delante un monumental cacharro de vidrio lleno de líquido dorado y espumante. Como ni él ni yo tenemos nada mejor que hacer en este momento, aprendo, charlando con el camarero que me la ha servido, que es aquí donde se celebran todos los años los concursos de bebedores de cerveza: el que más líquido aguante y siga en pie es declarado campeón. Un honor como otro cualquiera.

Sigo mi vuelta por debajo de los soportales... ¡Caramba! ¿Quién es este tío? En el entrante de uno de los arcos, a mano izquierda según se viene de la calle de Colón, veo una especie de hornacina, que protege tras su cristal el retrato de un señor con barba y corbata como la que llevaban nuestros abuelos. Después del primer susto, al encontrármelo de cara en la penumbra, me entero que se trata de todo un personaje: es don Fructuoso Comenge, conocido ilusionista de finales de siglo y fundador de la tienda «El Merlín Español», que aún mantienen, con el mismo nombre, sus sucesores. Es una tienda de utensilios y accesorios de prestímano, como es lógico.

Más allá me topo, por fin, con la primera tienda de filatelia. Ya casi me había olvidado de ellas. Son varias y sus escaparates tienen aspecto de mosaico bizantino, con sus estampitas de colores y dibujos diferentes. Un panorama

que haría la felicidad de mi amigo Juan Pérez Creus...

Sin embargo, los cambios y las transacciones se realizan, por lo general, al aire libre, junto a los arcos de los soportales. Es delicioso pensar que todavía subsiste en el mundo un comercio que se rige por la ley del libre cambio. Cerca de mí escucho a dos aficionados en animada plática:

—Le doy cinco de éstos por ese del Rey Leopoldo.

—No, no..., que éste es un ejemplar único. ¿No ve que el grabado de la orla está quebrado?

(Es el único mercado también en que los «objetos defectuosos» tienen más valor que los sanos...)

La plaza, y sobre todo los veladores de las cervecerías, se ha ido llenando de gentes. Los camareros y los limpiabotas están en plena acción.

«Museo Pedagógico de Ciencias Naturales»... Otro letrado curioso de estos soportales, que parecen una caja de sorpresas. «Fundado en 1899», dice debajo. En el escaparate se ve un gran cocodrilo diseccionado, y un tanto ajado ya, por el paso de los lustros. Sin embargo, me decido a entrar. A ver qué hay allí.

—Buenos días, buenos días, pase usted...—es el dueño, que sale a recibirme muy amable. Mientras me explica que aquello no es una tienda, sino un templo del saber, me va enseñando sus maravillas. Yo digo que sí a todo, pero al cabo de un cuarto de hora entre tanta momia de pelo y pluma, me apetece de nuevo el sol de la plaza. Es bonito, sin embargo, el Museo. Y le prometo a su dueño que volveré otro día, con más calma, cuando esté nublado...

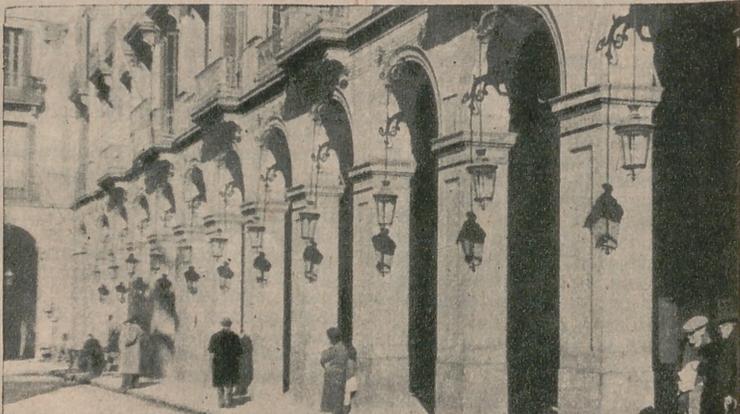
Fuera continúa el vocerío infantil, y allá a lo lejos veo avanzar a Felipe, precediendo a un grupo de turistas con la máquina de fotografiar en banderola.

—¡EL ESPAÑOL! ¡Ha salido EL ESPAÑOL...! ¡A beber cerveza y a tomar el sol...!

Es el vendedor de periódicos, que pasa por mi lado. Gracias a su pregón he venido yo a conocer esta plaza con más detenimiento. Instintivamente, le sonrío. Y él se acerca a ofrecerme un ejemplar.

—¿Quiere usted uno, señorito?

—No, hombre... ¡Sí yo soy de los que lo escriben!



La plaza está rodeada de soportales. A su sombra se abren las puertas de sus famosas cervecerías, de sus tiendas filatélicas y de su Museo Pedagógico de Ciencias Naturales.



Antonio Tovar rodeado de los autores de esta entrevista

TOVAR ES UN EJEMPLO

Declaraciones del rector de Salamanca

ANTONIO Tovar acaba de publicar recientemente una hermosa y singular obra: la «Retórica», de Aristóteles, a la cual ha traducido, prologado y comentado. Con ello llega por primera vez a manos de los estudiosos españoles un texto bilingüe de la importantísima obra aristotélica, en la que se resumen en cierto modo la «Lógica», la «Política» y ambas «Éticas» del estagirita.

Nos brindaba el suceso ocasión de formular al rector de Salamanca una buena serie de preguntas sobre las cosas de la cultura, los quehaceres de la inteligencia, los afanes universitarios y todo ese conjunto de problemas y esperanzas que constituyen hoy la realidad viva de la Patria. Gracián Loaysa, Jaime Campmany y Salvador Jiménez, en ese régimen de interrogación tripartita que EL ESPAÑOL viene utilizando, dan a nuestros lectores testimonio de las sabrosas respuestas de Antonio Tovar a un buen paqueo de interrogantes.

A QUIEN MADRUGA...

Nosotros sabíamos ya que uno de los primeros hombres que se ven cruzar, bien temprano, por la Plaza Mayor de Salamanca es Antonio Tovar. Nosotros sabíamos ya que Antonio Tovar exprime a cada jornada el jugo de un trabajo incansable y fecundo. Pero cuando Tovar nos invita a que le telefoneemos a las ocho de la mañana, nosotros—la verdad sea dicha—nos asustamos un poco. Porque—siguiendo el capitulo de sinceridades—hay que decir también que a nosotros no nos entusiasma demasiado la idea de madrugar, y nuestras devociones están más del lado de los noctívagos, aunque nuestras admiraciones muchas veces, como en este caso, tengan que rendirse ante el ejemplo de los madrugadores. Aun en los días de vacaciones el profesor madruga y trabaja. Se aloja en el Bristol. El Bristol es un hotel clásico de paso, adonde van a parar

esas gentes de provincias más amigas del Madrid nocturno que del mañanero. Tovar, absolutamente ajeno a este trastego burgués que le rodea en su alojamiento, instala en él su rígido horario, sometiendo a la buena disciplina de un tiempo bien distribuido y mejor aprovechado las horas del día. En medio de este ambiente, de este clima de provisionalidad y prisa, nos encontramos con él. Hace frío en el hall y decidimos bajar al café. Nosotros tres vamos bien abrigados, casi asustados del viento que sube por la Gran Vía, mientras él se aventura a la calle X «a cuerpo gentil», como decían nuestras abuelas. Seguramente que andaba levantado bastante tiempo antes. Tovar no tiene manías de cafés intelectuales. El más a mano es Fuyma, y en él tomamos en su compañía el segundo café de la mañana, ya con las cuartillas para notas en las manos, y Basabe que comienza a preparar sus artes de retratar. Es domingo y el camarero nos sirve con la diligencia reservada para los primeros clientes.

PRELUDIO: LA «RETÓRICA», DE ARISTÓTELES

(En Tovar todo es naturalidad y sencillez, y con él el diálogo nace fácil y fluye sin silencios ni rebuscamientos.)

JIMÉNEZ.—¿Qué novedad supone la edición de su versión de la «Retórica»?

TOVAR.—La fijación del texto griego. También las variantes del aparato crítico. Creo haber conseguido un verdadero rigor científico en la traducción, en la que figuran concretas y constantes referencias a las traducciones árabes y latinas.

LOAYSA.—¿Cree usted que la obra aristotélica merece tal esfuerzo?

TOVAR.—Las direcciones de la moderna estilística tienen un antecedente en Aristóteles. En él figuran ya la teoría de las figuras y de los tropos, que ha sido redescubierta por los modernos;

“La Universidad no rinde lo que el país necesita, y, por otra parte, el país no da a la Universidad el apoyo suficiente”



En Tovar todo es naturalidad y sencillez

pero la verdad es que Aristóteles es el verdadero padre de la criatura. He puesto en circulación una fuente que no estaba al alcance de los estudiosos ni de los críticos. En realidad, la «Retórica» nunca ha sido un libro escolar; es más bien concentrado y oscuro, y permanece menos tratado que la «Poética», por ejemplo. Concretamente, en España, nadie se ha ocupado seriamente de él.



El joven rector de la Universidad de Salamanca es también un excelente músico

JIMENEZ.—¿Ha sido mejor conocido fuera de España?

TOVAR.—Sí; pero tampoco demasiado. Desde el Renacimiento acá se cuentan sólo quince ediciones, mientras la «Poética» alcanza la cifra de quinientas. Los alemanes le han concedido más atención. Yo he tenido a la vista los trabajos de Solmsem, discípulo de Jaeger, y de Gohlke. La edición francesa de Bidsit tiene y reproduce el texto de la edición alemana.

CAMPANY.—¿Confía usted en que alcance éxito la venta?

TOVAR.—Por primera vez en España se ofrece a los estudiosos el texto bilingüe, lo que hace presumir que habrán de manejarlo. A mí me gustaría poder ofrecer pronto una segunda edición, en la que se cotejaría el texto con las fotocopias de los manuscritos que se conservan.

LOAYSA.—¿Cuánto tiempo le ha llevado la preparación de la obra?

TOVAR.—Cuatro años: desde el 48 al 52.

CAMPANY.—¿Es mucha indiscreción preguntar ahora por la compensación económica que ha recibido por tanto trabajo?

TOVAR.—En realidad no he recibido ninguna cifra determinada. He entregado el libro al Instituto de Estudios Políticos, del cual percibo una gratificación periódica como miembro colaborador.

(A nosotros nos maravilla un tanto esta honradez de Antonio Tovar, que de manera tan elegante justifica una gratificación, prescindiendo sus derechos sobre un trabajo de tal índole, que ha llenado buena parte de sus trabajos y sus días durante más de cuatro años. En esto, como en otras cosas, Tovar bien es un ejemplo.)

JIMENEZ.—¿Tenía usted realizado algún trabajo anterior sobre este mismo tema?

TOVAR.—He explicado dos cursos de crítica textual sobre la «Retórica». Uno en Buenos Aires y otro en Salamanca.

LOAYSA.—¿Qué significado tiene la «Retórica» dentro de esa gran catedral del pensamiento que es la obra aristotélica?

TOVAR.—Aristóteles lo debió utilizar como libro de notas de sus exposiciones. En él se encuentran referencias continuas a las mismas doctrinas expuestas en sus otros libros. Es como un compendio, una especie de resumen del aristotelismo. Se ha calificado a veces de poco riguroso, pero ciertamente es muy útil como fuente de conocimiento.

CAMPANY.—¿Trabaja usted actualmente en alguna otra obra de pronta publicación?

TOVAR.—Acaba de aparecer la segunda edición del «Sócrates», de la que todavía no me ha llegado ninguna referencia periodística, y que actualmente se está traduciendo al francés por Payot. Ahora trabajo en el «Sofista», de Platón, que será un libro de más de quinientas páginas.

EUROPA PIERDE AUTONOMÍA

JIMENEZ.—¿Existe en Europa mucho interés por los estudios filológicos?

TOVAR.—Alemania atraviesa una crisis grave en lingüística. Los ingleses han hecho un esfuerzo meritorio. Por problemas helenísticos se interesan suecos, holandeses, italianos y franceses.

LOAYSA.—Esta crisis, ¿está referida a la lingüística en particular o afecta a la cultura en general?

TOVAR.—Económica y políticamente Europa ha perdido au-

tonomía y poder, y eso, naturalmente, se refleja en todo el ámbito de la cultura.

CAMPANY.—Entonces, ¿usted cree que la cultura emigra hacia América?

TOVAR.—En cierto modo, sí. Juzgamos mal, por lo general, a los Estados Unidos. No es sólo cine Norteamérica. Conocemos mal a este pueblo, del que nos llegan múltiples referencias que nos confunden. Por lo que sabemos de sus Universidades, hay que aceptar que tienen más de lo que creíamos en todos los aspectos culturales. Concretamente han alcanzado un gran nivel en el estudio de las lenguas clásicas.

LOAYSA.—¿Y Rusia?

(La contestación que nos da Tovar a esta pregunta está referendada por su conocimiento del idioma ruso, que sabe y lee, y de la literatura rusa.)

TOVAR.—En clásicos, los rusos están a cero. Estos estudios fueron suprimidos el año 27 por considerarlos «burgueses». En cambio, en el estudio general de lenguas, destacan en el aspecto práctico y tienen buen campo de trabajo y bien centrado. En teoría, no. Están empeñados en hacer una dogmática cerrada, que no conduce a ninguna parte. Hay que destacar el nombre de Marr, que fué el gran pontífice de la lingüística rusa hasta que cayó en la desgracia de Stalin. Se preocupó mucho por estudiar el parentesco del caucásico con el vascuense. El maestro de la lingüística mundial es un príncipe ruso emigrado: el príncipe Trubetzkoy.

INTERMEDIO: «DE ESTO Y AQUELLO»

(Para descansar algo de la densidad del diálogo, que a Tovar no le fatiga, pero a nosotros sí, realizamos la fuga hacia temas más ligeros y diversos. Tovar se presta amablemente al cambio de conversación. En su honor es éste un buen momento de decir que no rehuye ninguna pregunta y que toda la contesta de frente, sin ambages ni vagariedades. De la lingüística y de su atención en el mundo hemos pasado al mundo literario y artístico de fronteras para adentro. Siempre es interesante conocer lo que piensa el rector de la Universidad de Salamanca del panorama actual de nuestra cultura.)

JIMENEZ.—De la joven generación de ensayistas, ¿nos quiere usted destacar un nombre?

(Tovar no duda la respuesta.)

TOVAR.—Maldonado de Guevara. Es muy interesante su libro «Cinco salvaciones de la cultura» (editado por la «Revista de Occidente»).

LOAYSA.—Un novelista.

TOVAR.—Cela. Por vocación y dedicación.

JIMENEZ.—Un poeta.

(Aquí duda algo Tovar y cita los nombres de Valverde, Nora y algún otro. Por fin se decide y concreta.)

TOVAR.—Valverde.

CAMPANY.—Un músico.

TOVAR.—Rodrigo. Pero, claro es que Rodrigo no es ya tan joven. En realidad no conozco ningún músico joven claramente destacado. Yo creo que haría falta que la Universidad se preocupase de estimular la vocación musical, creando un ambiente

propicio a la creación y composición. En la Universidad de Salamanca ya existió una cátedra de Música desde los tiempos de Alfonso X, el Sabio. Tal vez intentemos restaurarla.

LOAYSA.—¿Y en pintura...?

TOVAR.—Soy daltónico. Esto me impide gustar de su contemplación?

CAMPMANY.—¿Teatro?

TOVAR.—Voy muy poco al teatro. A mí me gustaría no tener obligaciones oficiales, hacer vida de hombre particular para poder dedicarme con más intensidad al goce estético. Esto no quiere decir que desprecie los cargos. Los estimo, pero, como los tomo en serio y me esfuerzo en servirlos, me obligan a muchas renunciaciones.

EL VIAJERO Y SU SOMBRA

(Hablamos de viajes. Tovar es hombre viajero, que conoce tierras y pueblos. Ha cruzado la palabra con hombres de los más representativos e importantes de nuestro siglo. La preocupación por la cultura, como una sombra, le ha acompañado siempre, terca en su fidelidad. En la conversación salta esa inevitable anécdota de las entrevistas.)

TOVAR.—Fué en Italia. Asistía a un Congreso y estábamos alojados en Villa Madama. El ambiente era de gran aparato. Todos utilizaban coches oficiales. Yo gusto de pasear a pié, curioseando por las calles. Una noche, cuando regresaba a pié con un buen cargamento de libros, fué tanta la extrañeza de los guardias que «stuvieron a punto de detenerme».

JIMENEZ.—¿Qué impresión guarda de Mussolini?

TOVAR.—Tenía una mirada tremenda. Era hombre de gran humanidad e inteligencia, aunque nunca se mostraba sin teatro. Recuerdo una fotografía que con él nos hicimos en la famosa «Sala del Mapamundi», y en la que estamos Ciano, Miguel Primo de Rivera, Serrano Suñer y yo.

CAMPMANY.—¿Y de Hitler?

TOVAR.—Mi impresión personal es que estaba dominado por la etapa histórica en que vivía. Algunos han dicho que estaba loco. Yo no lo encontré tal. Puede ser que se le fuera acrecentando su melomanía durante la guerra, a causa quizá de las drogas que le suministraba uno de sus médicos, según se ha dicho.

LOAYSA.—¿Tenía también teatro, como Mussolini?

TOVAR.—Lo encontré siempre con gran dominio de sí. Durante los años 40 y 41 estaba muy poseído de su papel de dominador, falsificándose para fuera, ya que su tipo era el del burgués alemán, fofo y con una cara blanda y pecosa, muy diferente del rostro que divulgaron sus fotografías. Parece ser que no se dejaba retratar sino por un fotógrafo que tenía convenientemente estudiado su rostro para conseguir ofrecerlo en imagen de hombre duro y enérgico.

JIMENEZ.—¿Conoció usted a José Antonio?

TOVAR.—Le vi el año 34 en Valladolid, aunque de lejos. Fué a la salida del acto del teatro Calderón. Le vi dando órdenes, sereno y seguro, con una gran

presencia. Estaba paciente su gallardía.

CAMPMANY.—¿Y a Ramiro?

TOVAR.—Coincidió con él en el teatro de «La Barraca», que dirigía García Lorca. Recuerdo que Ramiro se acercó al poeta y le felicitó. Esto fué el año 33. Entonces Ramiro usaba bigote hitleriano. Su «Discurso a las juventudes de España» es un libro que yo recomendaría especialmente.

(Hablando de la intelectualidad y la política españolas llegamos a otros nombres. Surgen los de Ridruejo, de quien dice Tovar que es gran político y posee una aguda visión de los problemas; Lain, con quien se encuentra más semejante y parecido; Martínez de Bedoya, en quien ve alguna irregularidad de pensamiento, etc.)

Preguntamos a Tovar por otros españoles, escogiendo los nombres más discutidos.

LOAYSA.—¿Qué opinión tiene de Ortega?

TOVAR.—En muchas cosas es admirable; en otras, no. Su obra tiene mucho de circunstancial. En «España invertebrada» hay grandes intuiciones.

JIMENEZ.—¿Y de Américo Castro?

TOVAR.—Es un gran maestro, con muchos aciertos y muchos errores. Acaba de darnos un libro apasionado, muy importante, hecho con amor y simpatía.

JIMENEZ.—¿Cómo ve la figura y la obra de Madariaga?

TOVAR.—A mí no me gusta Madariaga. Me parece un escritor de segundo orden y un servidor de Inglaterra. Mucha de su obra me parece repugnante. Es más bien un vulgarizador.

CAMPMANY.—¿Puede destacar algún nombre importante entre los intelectuales católicos españoles de hoy?

TOVAR.—Sí, el de Aranguren.



Tovar, entre sus libros

Su obra me parece seria y estimable. Ha dado un libro bueno, en el que se estudian comparativamente catolicismo y protestantismo.

JIMENEZ.—¿Y García Escudero?

TOVAR.—Con García Escudero no coincidí en demasiadas ocasiones.

SALAMANCA Y EL CENTENARIO DE SU UNIVERSIDAD

CAMPMANY.—¿Cree usted que la obra de Unamuno supone un peligro hoy para la ortodoxia católica?

TOVAR.—Creo sinceramente que no. Lo peor sería que exis-



El rector de la Universidad de Salamanca acompaña al Ministro de Educación Nacional durante la procesión conmemorativa del Centenario

tiese una secta de unamunistas, que formasen una especie de cenáculo para seguir las doctrinas unamunistas en lo que puedan tener de heterodoxas. Pero esto, afortunadamente, no existe.

CAMPMARY.—¿Qué Universidades acudieron a los actos del Centenario?

TOVAR.—Todas las tradicionales, las hispanoamericanas y las más importantes de los Estados Unidos: Columbia, Chicago y Filadelfia. De las de habla castellana faltó Méjico.

CAMPMARY.—¿Vino también Uruguay?

TOVAR.—¡Ah! Tampoco acudió. Y precisamente, pidiendo razones del porqué de esta ausencia, hubo recientemente una interpelación en la Cámara uruguaya.

JIMENEZ.—¿Quedará algún testimonio de este Congreso de Universidades?

TOVAR.—Se editará el libro del Centenario. También se acuñará una medalla con el sello de la Universidad y una inscripción latina.

CAMPMARY.—¿Qué traducciones a la realidad se derivarán del Centenario?

TOVAR.—Por una parte, la reconstrucción del barrio universitario, que fué destruido durante la guerra de la Independencia. Existen proyectos para la Facultad de Ciencias, nuevo Colegio Mayor y casas para profesores. Se espera del Ayuntamiento que construya un parque en lo que ahora es barrio «chino». La fecha exacta del Centenario es la del 8 de mayo próximo, y se preferirá que estos trabajos estén para ese día lo más adelantados posible.

JIMENEZ.—¿Algún otro proyecto?

TOVAR.—Recuperar para Salamanca su antiguo prestigio en los estudios médicos. Cuando se creó la Universidad de Madrid se trajeron de Salamanca los mejores profesores y se suprimió la Facultad de Medicina, que se sostuvo como Facultad Municipal. Ahora queremos construir edificios para consultorios, escuelas de enfermeras, de médicos, y especialmente conseguir la ampliación del actual hospital. Salamanca, por su situación de cruce geográfico, puede cumplir eficazmente estos servicios y facilitar así los cuidados y prestaciones médicas y sanitarias a grandes núcleos de población, evitando la al parecer insoslayable necesidad del traslado a Madrid, con todos los gravámenes que esto supone. Hay tradición también en esto, y aspiramos a que Salamanca la recobre con una puesta al día en sus dotaciones médicas de todos los órdenes.

DIVERSIDADES SOBRE LA UNIVERSIDAD

LOAYSA.—¿Existe también el propósito de que Salamanca cuente con la sección de Filosofía?

TOVAR.—Soy partidario de las Facultades completas y de que desaparezcan las Secciones. Hay que dar mayor flexibilidad a estos estudios y evitar esos absurdos como el de que, por ejemplo, hoy existan en Madrid ocho cátedras de Historia de España.

CAMPMARY.—Por favor, enjuicie usted la situación del cátedrático español.

TOVAR.—En Europa, desde el siglo XIX, el cátedrático se ha convertido en funcionario como consecuencia del tipo de Universidad estatal, que actualmente está en crisis.

JIMENEZ.—¿Juzga acertado el actual sistema de oposiciones?

TOVAR.—Es, sencillamente, absurdo. Mejor sería otorgar más responsabilidad al Claustro y órganos de gobierno de la Universidad. La actual fórmula de tribunales es deficiente y absurda. Más acertada me parece la de contratos especiales, por los cuales se nombrarían profesores para un determinado tiempo. Se obligaría con ello a un mayor rigor en el desempeño de la función docente. E incluso considero mejor el nombramiento directo del Ministro, puesto que la responsabilidad no sería abdicada en tribunales «preparados». El caso de d'Ors es aleccionador.

LOAYSA.—¿Cómo ve a la Universidad española como institución?

TOVAR.—La Universidad no rinde lo que el país necesita, y, por otra parte, el país no da a la Universidad el apoyo suficiente.

JIMENEZ.—Recordamos unas declaraciones suyas en las que se mostraba usted bastante pesimista respecto de la investigación en España. ¿Nos puede decir las principales causas de ese pesimismo?

TOVAR.—Dije entonces y repito ahora que son muy pocos los investigadores en cada una de las ramas. Esto no quiere decir que los que en realidad existen sean deficientes.

CAMPMARY.—¿Ejerce el Consejo Superior de Investigaciones Científicas una auténtica tarea de investigación?

TOVAR.—Se ha avanzado mucho en la atención económica del Estado a la investigación. Desde la subvención de la Junta de Ampliación de Estudios, la cifra casi se ha centuplicado. Naturalmente, no toda esta atención obtiene los resultados reales deseables.

LOAYSA.—¿Nombres de investigadores con prestigio en el exterior?

TOVAR.—Entre los arabistas, Rivera y Codera, Asín y García Gómez. De los histólogos, Cajal y sus discípulos, especialmente el doctor De Castro, que actualmente trabaja en España. Hay que destacar el nombre de don Ramón Menéndez Pidal y el grupo formado a sus enseñanzas: Dámaso Alonso, Amado Alonso, Zamora Vicente, Carlos Clavería, García de Diego, Lapesa, Casares, García Blanco. Por los helenistas, Sánchez Ruipérez y Cortés por los romanistas. Entre los matemáticos, González Ude, Rey Pastor, Auccochea y Bachiller. Físicos: Navasgües, Alvareda, Duperrier, Velayos y Catalán.

CAMPMARY.—Y en filosofía, ¿no hay nada estimable?

TOVAR.—Nada. A Marías habría que recomendarle reposo; su actividad periodística le resta, forzosamente, el necesario sosiego para la investigación seria.

(Aventuramos algunos otros nombres de filósofos jóvenes; pero Tovar rechaza las sugerencias con un ademán muy significativo.)

TOVAR.—Ah, me olvidaba. Digan que en prehistoria merecen

destacarse Pericot, Santaolaya, Almagro, Malauger y Bosch Gimpera.

YECLA

Como todos hemos andado por Yecla hablamos de esta ciudad tan traída y llevada por la literatura. Nos cuenta pormenores y pormayores. Sale también el recuerdo del hermano de Tovar, que anduvo por Comillas. Un hombre lleno de fervor apostólico que murió hermosamente durante la guerra, malogrando así una enorme vocación camino de la santidad y un talento realmente extraordinario. Antonio Tovar nos confirma que de él no quedó nada escrito, aparte de un libro que, a su muerte, dejó listo para la imprenta, y que Antonio Tovar mandó editar. Pero sabemos que en la Universidad Pontificia de Comillas el paso de Tovar se recuerda como uno de los hechos más firmes en la memoria y en la admiración de todos. Andanzas y venidas de la familia Tovar, veraneos por estos pueblos murcianos y alicantinos. Y ya pasamos a los honores del 98, que hablaron de Yecla. Nos entretenemos en consideraciones sobre la Yecla de «La Voluntad» y la Yécora de «Camino de Perfección». Y confirmamos por unanime plebiscito sobre la oportunidad y justicia del homenaje nacional a Azorín.

ACORDE FINAL

(Casi, y sin casi, se nos ha echado encima la mañana. El café se ha llenado de gente y Basabe sigue manipulando su objetivo, como si tal cosa. Con Tovar el tiempo pasa a prisa y gratamente.)

Salimos a la calle. Hace sol sobre Madrid. La acera de la Gran Vía se llena de ruido y de luz. Volvemos a hablar de libros. Y de América.)

LOAYSA.—¿Cómo ve, Tovar, la vida cultural de Hispanoamérica?

TOVAR.—Falta ambición para las especializaciones. Hay, en general, más fervor por las conferencias. El éxito de un André Maurois puede servir de cita. Las Facultades están menos especializadas, aunque en Argentina hay, por ejemplo, una escuela de fisiólogos muy buena.

JIMENEZ.—¿Tenemos influencia en aquellos países? ¿La tienen nuestros libros?

TOVAR.—Sí. Son jueces severos y exigen calidad; pero si las obras españolas la tienen entonces se abren paso fácilmente. El libro español llega poco. A los pueblos podríamos decir que casi nada.

(Y nos dejamos ya de más preguntas. En realidad ha sido un asedio constante que el joven rector de la Universidad de Salamanca ha aguantado con una cara siempre sonriente, con una disposición verdaderamente generosa y comprensiva. Tovar nos dice adiós. Va a misa. Nosotros nos ponemos a andar y a seguir hablando. Antonio Tovar continúa, con su entera presencia, con su poderosa humanidad y clara inteligencia, el mejor acorde final a esta entrevista que llega también al mediodía, al punto alto del sol sobre el cielo. Como Tovar ha sabido llegar en sus empresas.)

COSTA DEL SOL



FUENGIROLA

LA VILLA DE LA ESTRELLA CÁNOPE,
EL CASTILLO Y EL FARO

MIL AÑOS DE HISTORIA

Un soneto inédito de Salvador Rueda

Por Ramón LEDESMA MIRANDA

ENVIADO ESPECIAL

El mismo tren que nos llevó de Málaga a Torremolinos ahora nos conduce hasta Fuengirola, punto terminal de la línea por el ramal de poniente. Sentimos hacia ese trencillo, de trote pesador, una evidente simpatía... Es casi anfibio, entre pez y caballo, y a veces las olas llegan a mojar sus ruedas y a salpicar sus estribos. Cuando al celebrarse el centenario del ferrocarril, el modelo «Madrid-Aranjuez» fué expuesto sobre los ralles del puerto de Málaga, al lado de este tren de cornisa, nos pareció mucho más arcaico que «el de la fresa», y sin duda, lo era, por cuanto el modelo, recién construido, pintado y acicalado, ofrecíase a nuestros ojos como una de esas «novedades» que salen de los bazares de juguetería.

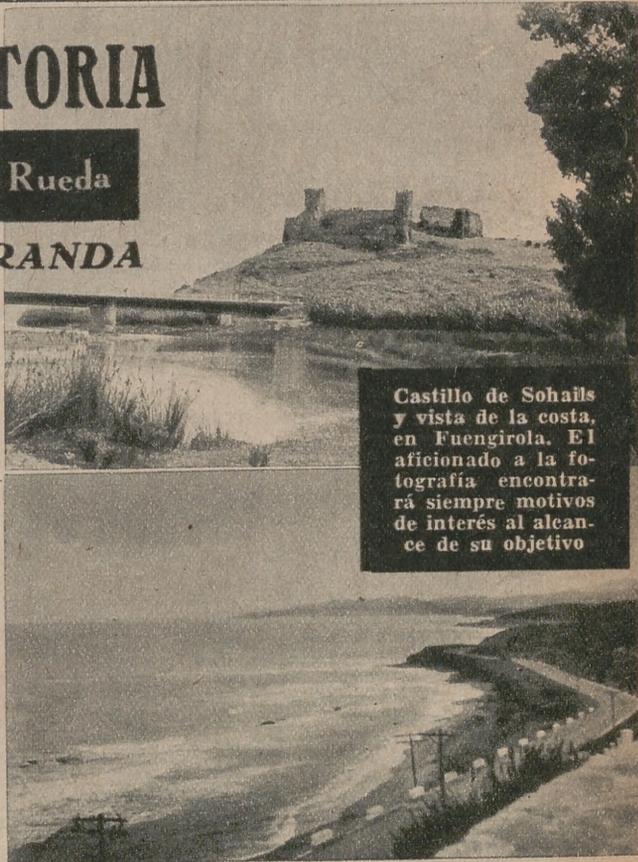
En la punta de Torremolinos se cierra la ensenada de Málaga y se inicia una costa más escarpada, de numerosos bajos, reseñados en las cartas marinas. Las montañas exárquicas, que se habían retirado en poderoso hemicycle para formar la Hoya de Málaga, fertilizada por el Guadalhorce, ahora se acercan a la costa, agrietadas las faldas de barrancos y trincheras donde hay almendros, higueras y chaparros y algunos pinos marítimos, de redonda copa, se encaraman a las peñas mirándose en el mar. El litoral es aquí monte bajo, chaparrales o «chapas» (así se llaman las de Marbella) con la

vegetación del monte bajo, el matorral y la palmitera.

La sierra de Mijas, esa montaña azul que con tan noble majestad ayuda a componer el decorado agreste de Málaga, se llega hasta nosotros como el bosque de Birnam en la tragedia de Macbeth. El tren se detiene en una estación, Arroyo de la Miel, junto a un torrente seco; después para en Benalmádena, cuyo poblado, distante unos kilómetros de la estación litoral, se eleva a 241 metros de altura. La cornisa se hace angosta y la línea del ferrocarril ha de horadar en varios puntos los estribos de los montes que entran en el mar formando arrecifes y restingas.

A Paulina Ferrand le encantan estos contrastes, los de la adusta sierra y el mar apacible, y dice que las grandes olas están en las montañas como petrificadas...

Le digo que en nuestra costa del Norte, el Cantábrico y Gra-



Castillo de Sohails y vista de la costa, en Fuengirola. El aficionado a la fotografía encontrará siempre motivos de interés al alcance de su objetivo

licia, sucede que las olas están en el mar y la tierra es dulce, casi mimosa.

LOS BOLINCHES: GENOVESES Y GARFEROS

El tren se detiene en Los Bolinches, arrabal de Fuengirola, cuyo blanco caserío se desgrana a lo largo de la playa de pescadores.

—Estos pescadores—digo a mi amiga—han sido la raíz y el ori-

gen de muchos poblados de la costa, pero especialmente de Fuengirola... Durante una de las treguas entre Castilla y Granada, a fines del siglo XIV, los genoveses fundaron una importante industria pesquera que atrajo a los marengos de Levante, de Motril y Almería, a sus flamantes instalaciones... En muchos aspectos de nuestra vida nacional, el dominio de los árabes fué acogedor y generoso. Los cristianos genoveses trajeron aquí sus bolicheas, embarcaciones levantinas con palo envergado de cangreja y acometieron la explotación y cultivo del litoral, así como la salazón del pescado. Numerosos vecinos de Mijas (tan unida a Fuengirola) bajaron a la costa, desde los altos de la sierra, volviendo a su aldea a vender la pesca, pero muchos se acercaron definitivamente en Fuengirola, extendiendo así el núcleo de la población primitiva. Se les llamaba garferos, sin duda por las garfas o garfios del arrastre que llevaban consigo... Pronto las chozas que alzaron junto al mar fueron caseríos con sus pequeños patios y corrales, sus pozos y sus palmeras. Podríamos decir que estos rieles de luminosas casitas han salido de las redes y son una linda obra del mar.

LA ESTRELLA SOHAILS

Nada tan grato para Paulina Ferrand como el pueblo de Fuengirola. La ancha plaza con su iglesia, sus palmeras, y el poderoso «ficus» que sombra uno de sus extremos, es un regalo para los ojos. En el centro se dibujan taludes donde hay fragantes rosas en esos días de diciembre. Las flores ignoran aquí el invierno y embalsaman el aire saturado de marisma. Como tantas otras de la costa, la villa es casi lineal, entre el mar y la montaña, al pie de la cinta de la carretera. El trazado de este camino (de Málaga a Cádiz) coincide a trechos con la antigua vía Aurelia que partiendo de Cádiz recorría en parte el litoral y se internaba en el país. El caserío se extiende en calles refulgentes de claridad y de luz. Se dice que la cal con que se enjabelgan las casas de Fuengirola posee elementos que dan como el brillo del esmalte a los edificios que enlucen. Sobre la albuera inmaculada, los geranios y las rosas dibujan el más risueño ornamento.

Nos detenemos ante el rótulo de una calle cuyo extraño nombre llama la atención de Paulina.

—Calle de Sohails...

—Sí, es un hombre raro.

—Parece un nombre árabe.

—Sí, es un nombre árabe.

En la llamada plaza del Cañón, al lado de la carretera, se alza la Casa Consistorial y allí está el escudo de Fuengirola, junto al balcón central del Ayuntamiento... Un árbol, una torre y una estrella.

La torre es el castillo de Fuengirola, a un kilómetro de la villa, encaramado en una loma en el recodo del río y del mar. El castillo y los barcos pescadores hicieron el pueblo de la costa. La estrella que hay en el escudo le dió su nombre. Y esa estrella es Cánope, la que llamaron Suel los fenicios, y los árabes, Sohails. El nombre popular de Fuengirola la alude al castillo y a las bandas de redes o «gironas»

marían con el tiempo ocho siglos de árabes y mogrebitas. Es lo que va de Suel a Sohails...

EL CASTILLO DE CANOPE

Hacemos noche en Fuengirola. Una pensión en la plaza, alegre y limpia, con su patio y sus macetas de plantas y flores, ofrece cómodo albergue. Dos chicas guapas, morenitas y vivaces, nos atienden con familiaridad.

—¿Son ustedes padre e hija?

—No—respondo—, somos estudiantes...

Ríen a carcajadas, pues mi caballo escaso y cano, sin duda, infiere con dificultad la edad estudiantil.

—Es que he repetido el año —trato de aclararles.

Hemos cenado en el Casino y luego hemos ido a la fonda a nuestras respectivas habitaciones. Saldremos muy de mañana a visitar el castillo y a llegar nos hasta el faro. A la mañana hay densas nubes que coronan la sierra de Mijas y resbalan y a poco crecientemente sobre el mar.

—Mal tiempo —dice Paulina, preocupada.

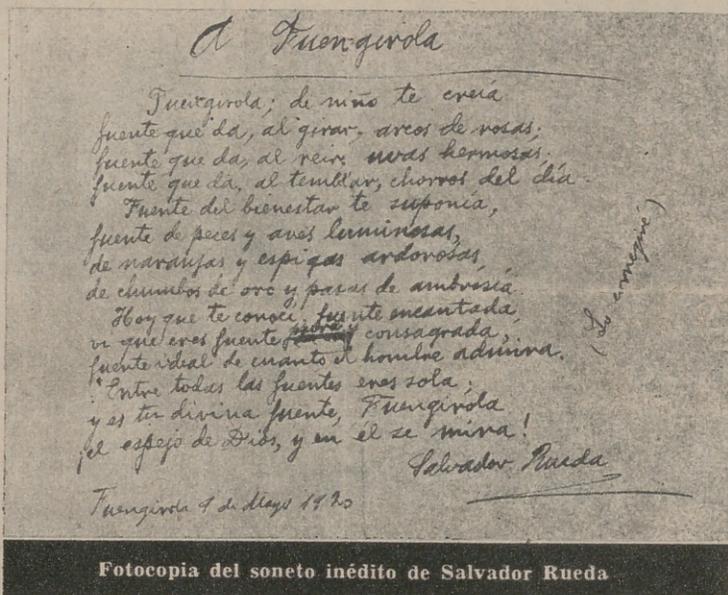
—A veces, en la Costa del Sol deja de lucir el sol, pero estas nubes son siempre aquí como nubes de verano.

—¿Nos caerá algún chaparrón?

—El viento es de levante... Hay un antiguo adagio de pescadores que dice refiriéndose a las nubes: «El levante las mueve y el poniente las llueve». Es fácil que por ahora no nos mojemos.

Apenas pisamos la calle, el sol hace esfuerzos por quebrar las nubes. Echemos a andar de muy buen humor, pese a lo amenazador del tiempo. A la salida de la villa, hay hermosas alamedas de eucaliptos, el gran cortijo de Sáenz de Tejada sobre una pequeña loma, el cementerio, los nuevos edificios del Matadero y la casa del veterinario... Sería injusto omitir el impulso de progreso que el Estado, mediante sus organismos sindicales y laborales, el Gobierno Civil de Málaga y el Municipio, han promovido en estos pueblos de la costa. Determinadas personalidades y jerarquías del Estado, como el Ministro de Trabajo, se han erigido en protectores de esta región (valorando en su verdadero mérito las condiciones excepcionales de esta comarca luminosa), creando centros de producción y de trabajo, mejorando la vida del pescador y el campesino, fundando hogares juveniles e infundiendo estímulos e ilusiones en las familias esquilmas por la guerra civil.

El castillo se divisa en seguida. Debí tener cuatro torres a sus cuatro extremos. Desmantelado y ruinoso, se alza sobre su colina que abraza el río y baña el mar.



Fotocopia del soneto inédito de Salvador Rueda

nas» y es posiblemente una corrupción de «Fuerte de las Gironas» o fuerte a cuyo abrigo se echaron las redes sobre el mar. Cuando los romanos conquistaron el país, se hallaron en nuestras costas con un cúmulo de pueblos asiáticos y africanos misteriosamente aposentados en este extremo del mundo conocido. De igual modo que el marroquí cruza el mar en nuestros días y hace jornada en Málaga o Algeciras para volver pronto a su ribera, el trasiego entonces entre las dos orillas había llegado a identificar al español con el mercader de la España «trasducta». Los fenicios fundaron Agadir o Cádiz, Calpe, Malaca... y Fuengirola, a la orilla del río Fuengirola. Y llamarónle Suel, porque la estrella de los marinos y los mercaderes del antiguo mar es aquí extremadamente visible.

Atrae a Paulina el carácter que adivina en estos pueblos y es uno de los hechizos de la Costa del Sol.

—Los fenicios colonizaron estas costas y establecieron las antiguas salazones de pescado... Ofrecieron a los españoles el nombre que de su nación ha prevalecido, les enseñaron a leer, a orar, a hacer barcos, equiparlos y gobernarlos, a mover industrias, a ser ricos y a mercaderar. Acaso entonces vino a construirse la jábega en estas costas, la pequeña nave de la ribera que sería la de los apóstoles en el lago de Tiberiades. Y a ocho siglos de fenicios se su-



Playas y acantilados de Fuengirola. La construcción a lo largo de la costa sigue un ritmo acelerado, surgiendo cada día nuevos hoteles y residencias a cual más bellos

El río forma a su salida esteros y juncuales donde las gaviotas y las averías, el estornino y el flamenco, de pluma anaranjada, conviven en una aparcería entre marítima y lacustre.

Ascendemos a la pequeña loma del castillo. Aún mantiene en pie la fortaleza su torre del homenaje, erizada en la roca. Sobre ella una ventana con arco de herradura, y acaso un ajimez en su tiempo, aparece cegada como una pupila que perdió su luz. Por el interior hay escaleras tortuosas de ladrillo vertical como las de muchos alminares. Desde las plataformas de sus adarves se contempla uno de los panoramas más acabados y espléndidos de toda la costa.

Paulina, que va provista de «Kodak», ha hecho algunas panorámicas del vecino pueblo, de la vega y de este ángulo del río poblado de aves marinas y fluviales.

—Es lástima que esta fortaleza —dice mi amiga— esté amenazada de ruina... ¿Jamás se restaurará?

—Pues ha estado a punto de venderse y servir de emplazamiento a un hotel de turismo... Por fortuna no hubo acuerdo en el precio. Fué del Estado, un día, y últimamente de los condes de San Isidro, por cierto nobilísimos patricios malagueños. El conde de San Isidro, don Leopoldo Werner, fué un notable ingeniero al que se deben, en parte, los proyectos del pantano del Chorro, cuya obra llevó a cabo el conde de Guadalhorce. Dicho caballero fué una de las víctimas de la guerra civil.

—Es justo que desaparecido este noble señor, no haya muchos ánimos para proceder a la restauración del castillo... o al menos para cuidarle en debida forma.

—Nada justificaría tanto una adquisición del Estado, pues se trata de un verdadero monumento nacional. Ha sido el testigo de mil años de nuestra Historia, desde el emplazamiento primitivo a la fábrica que hoy contemplamos.

—¿Quién fundaría el castillo?

—Se atribuye a Abderramán III, quien lo mandó erigir con los materiales de la torre de Suel. Defendía el pueblo de pescadores de los cristianos y los piratas normandos... La asonada más temible había sido, en tiempos anteriores, la de las huestes de Ramiro II que des poblaron Fuengirola... Los fugitivos de Fuengirola huyeron a la montaña, fundando el pueblo de Mijas.

De igual modo el castillo fué el último baluarte de la resistencia islámica en esta costa... Mientras

los Reyes Católicos sitiaban Málaga, la Escuadra y el Ejército de costa, mandados por el marqués de Cádiz, asediaban la fortaleza y la rendían el 7 de agosto del año 1478.

La condición de fortaleza del castillo se revela en los grandes cañones de bronce que fueron extraídos del foso... Uno de ellos, montado sobre soportes de piedra, lo ha visto usted en Fuengirola, al pie de la carretera y cerca de la Casa Consistorial. Este y otras muchas iniciativas fueron realizadas en nuestros días por don Matías Sáenz de Tejada, historiador y Alcalde del pueblo durante muchos años, y a quien se debe, no sólo lo que le estoy a usted refiriendo, sino cuantas noticias y datos esclarecen la historia de esta villa. Don Matías Sáenz de Tejada, ardiente defensor y benefactor de su pueblo, hombre erudito e insigne, cayó en la guerra civil, víctima de la acracia ciega, que siempre ignora lo que sacrifica a su furor irresponsable.

Otra restauración del castillo se debió a don José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar, general de Felipe V...

Leemos una lápida que conmemora esa fecha, y en otro lugar, sobre un dintel, se indican los aposentos del general.

—Fué el conquistador de Orán, de Nápoles y Sicilia... Pero al ocupar este castillo, con anterioridad a aquellos hechos, sólo se proponía batir el contrabando, empresa entonces muy ardua. Andando los tiempos, el castillo presenciaria la ocupación de estas costas por los soldados de Napoleón y albergaría a la guarnición de Sebastiani, sufriendo el contraataque de las fuerzas combinadas hispanobritánicas. El general Ballesteros lo conquistó e inutilizó, desartillándolo y enterrando cerca de la playa, los dos cañones de Carlos V que hoy se contemplan en el pueblo.

Al descender del castillo, a ún hay tiempo para llegar al promontorio del faro de Calaburras, a cuatro kilómetros de Fuengirola. Es un bello paseo sobre el mar.

VENTUROSAS OFRENDAS

De vuelta a Fuengirola visitamos a algunos amigos... Hay una casa, la del señor López Válor, que siempre ha estado abierta para nosotros. La cortesía ribereña es alegre y bulliciosa. Y gozamos en ella de una gran intimidad familiar.

Paulina pregunta a Mariquita



Maqueta del hotel Pez Espada, que ha comenzado a construirse en Torremolinos

López Válor si el apellido Válor la hace descender de Abén Humeya.

La interpelada se encoge de hombros y declara que las investigaciones genealógicas siempre la han preocupado muy poco.

Nos sentamos en sendas mecedoras, a la vera de un patio cuajado de enredaderas y campanulas. Mariquita nos trae el mensaje de la hermana de Sáenz de Tejada, el viejo alcalde de ilustre memoria; lo constituyen un manuscrito, un folleto mecanografiado sobre la historia de Fuengirola y su castillo y unos autógrafos de Salvador Rueda. Son estos una carta del poeta a su amigo, don Matías Sáenz de Tejada, y una poesía inédita, dedicada a Fuengirola, a él destinada.

—He leído algo de Salvador Rueda—dice Paulina Ferrand—, más no sé por qué creí siempre que era granadino

—Era de Benaque, del levante malagueño, pueblo aupado en montañas sobre la otra banda de la ribera... Fué el poeta de la luz malagueña, del verso órfico y el renaciente ritmo antiguo. Hay en él algo de Heredia y de Moreas, más con verbo encendido y luminosa fiebre.

Contemplamos los autógrafos. En la carta dirigida a don Matías, el poeta escribe a su amigo: «Por supuesto que, como tiene el soneto de ayer dos o tres cosas que corregir, le ruego no lo de a la imprenta...»

—La carta está fechada el 10 de mayo de 1920... ¿Corrigió el poeta su soneto? ¿Se llegó a publicar alguna vez? ¿Sería discreto insertarlo ahora? Suponiendo que estos errores fueran delitos comunes, al cabo de los treinta años han prescrito.

Nos despedimos de nuestros amigos, pues se acerca la hora de sacar los billetes para Marbella en el autocar de Algeciras.

EL JURADO DE EMPRESA ES DISTINTO

Por Joaquín MUÑOZ CAMPOS

UTILIZANDO fórmulas diversas, y con bastante intensidad por cierto, en casi todos los países (no resulta necesaria la enumeración de cada uno) se ha venido legislando, desde hace tres décadas, en orden a imponer ciertas reformas en la estructura de la empresa. Tales medidas legales, finalizada la segunda gran guerra, se han puesto nuevamente de relieve, y en las naciones de más avanzado desarrollo económico nuevas disposiciones han superado aquéllas, imponiendo, de manera más suave o acusada según la presión de los sindicatos obreros, la cogestión económica.

No intentamos en estas líneas hacer un estudio minucioso y detenido de las distintas normas que constituyen el derecho comparado en esta concreta especialidad. Bástenos consignar un hecho indiciario, cual es que su misma promulgación pone de manifiesto la coincidencia inicial, que en la actualidad se da entre todos los elementos de la empresa, los estudiosos de la misma y hasta los legisladores respecto a considerar necesaria e inaplazable una reforma de su estructura.

Las discrepancias —y muy profundas— surgen cuando se trata de concretar cuáles pueden ser los medios que deben utilizarse para alcanzar tal finalidad. No es del momento, aunque este punto se nos ofrece muy sugestivo, entrar en el análisis de cada una de las tendencias más cualificadas al respecto. Dejemos constancia expresa de que tanto la cogestión económica, la participación en los beneficios, los consejos sociales, los comités de empresa como el debatido problema de su imposición coercitiva, o la voluntariedad en su aplicación, son las diversas fórmulas que se ofrecen, algunas mantenidas por sus defensores con ardor extraordinario; tanto que para dar solidez a sus

argumentaciones no vacilan en interpretar con criterio subjetivo y de manera un tanto caprichosa hasta el contenido de la doctrina que dimana de la cátedra de Pedro.

Vamos, pues, en primer término a consignar en general, las medidas legislativas que los dos han promulgado en este orden no se han correspondido por el éxito que, es de suponer, inspiradores desearon para ellas, en cuanto el problema social se mantiene—y con formidable lentitud—, pese a tantas normas creadoras de consejos de Empresa, Comités, etc. Después veremos cuáles pueden ser las causas determinantes de tan estruendoso fracaso, para terminar diciendo las que son, a nuestro juicio, diferentes fundamentales entre cuanto en el extranjero creado y nuestros Jurados de Empresa.

Hay que afirmar, muy en primer término, las disposiciones legales, a que nos venimos refiriendo, en general, tienen un marcado paralelismo con aquellos comités de incautación de zona de triste recuerdo, y de los que alguien, con posterioridad, ha dicho: «Nuestro siglo tendrá que arrepentirse de haber inventado los comités de incautación, que son un flagrante atentado al derecho de propiedad y una de las más brutales satisfacciones de los más primarios instintos del hombre: la temible envidia creadora de la miseria.»

Además, las medidas reformadoras, inspiradas en afanes reivindicativos, parten precisamente de la lucha de clases, que reconocen, admiten y consideran como «statu quo» no superable. De ahí que la dirección fundamental que las predican sea la de proporcionar un nuevo y poderoso instrumento a las clases trabajadoras, para éstas utilizándolo puedan continuar la batalla en condiciones, sino de ganarla, sí de ganar el empate. Imponer el nacimiento de instituciones, desconociendo u obviando los efectos de los males sociales—que en buena medida pretenden curar—y hacerlas arrancar al punto de partida desintegrador de la empresa, de considerarse un error de bulto, salvo que se manifiesta mala fe. La lucha de clases, a una empresa socialmente injusta e inhumana inducido a los hombres, se ha visto jaleada, mulada, orientada y dirigida por los sindicatos obreros negadores de los fundamentales principios cristianos en que ha de asentarse cualquier ma social. Estos Sindicatos clasistas, como

nombre indica, precisan de la continuidad de la lucha de clases para poder mantenerse.

Por todo esto, precisamente, ningún intento de forma empresarial, que abrigue la esperanza de lograr el logro de la paz social, puede orientarse en el sentido de perpetuar la lucha y brindar apoyo a una de las partes contendientes. Nos parece muy bien que el hecho en sí se conozca y se estime. Más aún, que se procure evitar las consecuencias brutales que impone a los trabajadores, las cuales como parte más débil se encuentran siempre sufriendo las consecuencias de una derrota casi permanente. Pero pasar, además, a estimular a los contendientes, proporcionando a uno de los medios para acrecentar la lucha, de cuya puesta en práctica pueden derivarse serias consecuencias que afecten no sólo a la otra parte, sino lo que es peor—a todo el cuerpo social, nos parece una extraordinaria monstruosidad.

Los Consejos, Comités, etc., por la antedicha razón, no han producido ningún fruto interesante, en la mayor de las ocasiones, su nacimiento leal se ha simultaneado con su muerte de hecho, a los efectos de contribuir a la mejora de las relaciones sociales.

Pero aun hay más. De tales órganos no se han servido directamente los trabajadores, sino los Sindicatos obreros, cuidándose en todo momento de ponerles a su servicio, no al de los altos intereses que podrían representar, sino tan sólo el de los afanes revolucionarios y tendenciosos del sector privilegiado dominante del grupo sindical, hoy y casi siempre, de predominante matiz socialista o comunista. Así jamás acabará la lucha de clases. Carece de interés, peor aun, preocupa muy seriamente a los líderes obreros la posibilidad de que desaparezca este corrosivo cáncer social, ya que cuando tal hecho venturosamente se produzca, ellos podrán continuar siendo redentores.

La concepción social española es muy otra. Totalmente opuesta a éstas, estima como metas de las afanes la superación de la lucha de clases y la conciliación del trabajador en las empresas. Los Jurados de Empresa nacen con afanes de unir, de integrar, de armonizar, de levantar, de colaborar. Son la representación de los trabajadores frente a la empresa, ni frente al empresario; se caracterizan como instrumento al servicio de intereses superiores; no podrán ser jamás disolventes. Su utilización no es privativa de unos u otros, sino de todos los que son partes de la unidad empresa.

La ley, de suyo, garantiza el nacimiento. Ahora hay que asegurar el sano crecimiento de la nueva institución, que viene a servir una finalidad, hoy por hoy, un tanto contrapuesta con el denominador común de pensamiento de los elementos humanos de la producción. Lo cierto es que ha sabido configurarla con acierto y ha señalado su puesta en marcha con gran prudencia.

Y su finalidad es la total superación real de la lucha de clases pudiendo entenderse, por ello, como el más serio intento actual de resolver el problema social. A fuer de sinceros hemos de confesar que tan ambicioso objetivo no podrá lograrse si patronos y obreros no se deciden de manera seria y total a revisar sus conductas, de tal suerte que acaben por sí mismos con la desconfianza que hoy le separa y dediquen a formar la unidad empresa, todo el gran caudal de energía que queman para persistir en este brutal antagonismo que tanto daño está causando a los hombres y a los pueblos.

En este llevar al buen sendero a unos y otros, la Organización Sindical española, por razones fundamentalísimas, que no es del caso reseñar, tiene asegurado un quehacer muy destacado. No sólo regulando administrativamente las elecciones y cuidando que el cuerpo electoral se oriente hacia los hombres más sanos y que mejor puedan servir los intereses comunes, sino en algo más, de verdadera trascendencia, cual es la formación mediante el uso idóneo de los muchos instrumentos que posee, de los empresarios y trabajadores, despertando en ellos, inicialmente, una sana psicosis en pro de la superación del estado actual, logrando, después, que cada uno de ellos, incorpore a su común ideológico el mínimo de sentido unitario indispensable para empezar a levantar el nuevo edificio y alcanzando, por esta gran labor formativa, una empresa unida, en la que sus elementos humanos se sientan partícipes, a su través, en la tarea nacional.

Con ánimo de contestarlas otro día, y dentro de este orden de consideraciones sobre el gran cometido que cabe a este Sindicalismo unitario, integrador y nacional en el desarrollo de los Jurados de Empresa, bien vale la pena de formularse estas preguntas: ¿El Sindicato Vertical precisa cuajar sus tejidos con una célula fundamental, que es la empresa? ¿Puede dudarse que, hoy por hoy, es tarea urgentísima a realizar, para que aquél alcance su total plenitud, la de formar ésta debidamente?



«Ellos escuchan con una atención centrada, con el silencio con que solamente saben escuchar los hombres del campo...»

EN NOMBRE DE CUATRO MILLONES DE TRABAJADORES RURALES DE LAS PROVINCIAS SE HAN DADO CITA EN MADRID ABANDONADO Y RESENTIDO ANTES, ESTA HOY EN PAZ Y DESPIERTO

EL CAMPO DE ESPAÑA

ESTABAN citados aquí. En Madrid. Han llegado desde todas las provincias. Uno o dos de cada una. Entre ellos hay algunos que al pisar la capital llevan ya dos días metidos en el asunto: en su asunto. Por ejemplo, el de Gerona.

—Ya ve, a mí me cuesta dos días de viaje venir a Madrid. He salido el sábado por la mañana de un pueblo de la provincia de Gerona, en el coche de línea. Llegué a Barcelona y tuve que esperar hasta bien entrada la tarde la salida del tren. Además no encontraba billete con asiento reservado. Menos mal que cuando demostré la necesidad de tomar

el tren por el carácter de mi viaje me proporcionaron en la R. E. N. F. E. un billete, aunque sin asiento. Hice todo el trayecto de Barcelona a Zaragoza de pie en un pasillo. ¡Vaya, no se lo recomiendo! Y luego otra jornada: Zaragoza-Madrid. Esta vez sentado. En fin, que el sábado y el domingo los he pasado viajando...

Sonríe. Lo mejor es que cuenta su viaje escuetamente. Creo que su una palabra más de las suscritas. Sin quejas, sin exageraciones, y en el fondo, aunque quizá él no lo sepa, con una estupenda comprensión para todo y para todos. ¡De Barcelona a Zara-

goza, en el mes de enero, de pie en un pasillo del tren! Y sólo ha dicho, sencillamente: «¡Vaya, no se lo recomiendo!»

UNOS «PALETOS» SIN IMPORTANCIA

Todos ellos han ido llegando casi el mismo día. Todos han viajado en las clases más modestas. Y, ya en Madrid, han buscado ese hueco que siempre les hacen sus parientes, inquilinos de una casa antigua en un barrio popular, o han alquilado una habitación limpia en una de esas pensiones que llevan el nombre de una región o una provincia, y en las que todavía se conserva algo

del antiguo clima, del antiguo trato. Del clima y del trato de su etapa anterior, de cuando eran fondas, después de haber sido posadas. Ni uno solo a un hotel de lujo. Ni uno a una casa señorial. Ninguno tiene, así a primera vista, eso que se llama por ahí «importancia». Aunque de esto ya hablaremos luego, amigo mío. Ninguno le ha echado el ojo encima a otras «divisas» que no sean las alegres y multicolores que lucen los toros. Estas sí las conocen. Y los toros también. Y los campos. Y los caballos. Y los trigos. Y los árboles. Y las duras jornadas de sol a sol. Y las siegas, las trillas y las ven-

dimias. Y lo que corta una hoz y lo que encallece la mano la esteva del arado. Porque todos son campesinos. No propietarios de tierras, sino humildes y honrados jornaleros del campo que componen en su visita a Madrid un nutrido grupo de hombres tostados por el sol. Curtidos por los vientos de las treinta y dos direcciones de la rosa. Y de casi otras tantas direcciones que sólo ellos han sentido, que únicamente ellos conocen.

Junto a esta embajada campesina un hombre de la ciudad puede aprender muchas cosas. Que si se ha dicho, con razón, que el viajar instruye, no es menos cierto que se aprende también alternando con los que viajan. Y en este caso los que andan en plan de viajeros, de forasteros son ellos. Vamos, pues, con ellos, que ya de entrada parecen decididos a destruir un tópico ciudadano: el que se refiere al sambenito de «paletos» que la pedantería del siglo XIX colgó de los hombros de los que viven habitualmente en los pueblos.

Andando,

A LAS NUEVE TREINTA, VESTIDOS AL ESTILO CIUDADANO

Son, aproximadamente, las nueve y media de la mañana. El sol perezoso de enero no ha limpiado aún esa última neblina de la noche que se pega a las copas de los árboles, a los balcones de los pisos altos y a los tejados. Pasan peatones con paso rápido, sopándose el aliento hacia la punta de la nariz. En una bocacalle un conductor intenta poner en marcha un coche. Pisa y vuelve a pisar la puesta en marcha. El coche está «frio» y tose. Arranca al fin y esquiva a otro que tose: a un fumador, que anda también poniendo en marcha sus bronquios.

Ellos, nuestros campesinos, bajan de dos en dos por la carrera de San Jerónimo hacia la plaza de Neptuno. Vienen de tres en tres, de cuatro en cuatro, por el paseo del Prado. Alguno, después de dedicar una mirada inexpressiva a la puerta de Alcalá, enfila Alfonso XII y va caminando pegado a las verjas del Retiro. Todos convergen en un punto. Se reúnen ante un portal amplio que exhibe en letras doradas una leyenda: «Delegación Nacional de Sindicatos de F. E. T. y de las J. O. N. S.»

Se reúnen en grupos ante el portal y charlan y se saludan bajo los primeros, tibios, rayos de sol, como charlan en grupos y se saludan en la plaza del pueblo al salir de la misa cantada de los domingos.

Casi todos, y éste es el primer mentís al tópico del «paletos», visten a la moda ciudadana: azules y marrones trajes de domingo, abrigos, gabardinas y algunas pellizas, herederas de las zamarras celtíberas con que nuestros labriegos de Castilla, nuestros huertanos de la Rioja y nuestros pastores extremeños se anticiparon muchos años a la moda de las canadienses. Apenas se descubre algún boto campero y no he visto una sola cayada. Únicamente se perciben tres detalles que revelan su procedencia: que

algunos, los menos, van sin corbata; que varios llevan una bufanda metida directamente entre la camisa y la chaqueta, y que abundan las boinas, pese a que no falten dos pares de sombreros. Pero son detalles mínimos. A fin de cuentas—y perdón, querido director—, las corbatas no son esenciales; las bufandas tienen por misión abrigar, y colocadas así abrigan más, aunque no resulten muy estéticas, según el gusto ciudadano; el sinsombrerismo está de moda y la boina, en España, nunca ha dejado de estarlo.

Si, ya sé que uno llevaba una veraniega chaqueta blanca, pero, ¿por todas las nieves del Teide, ¿por qué no puede venir a Madrid un buen guancho vestido a su aire, al aire tropical de sus islas? Y con más razón si es, como éste, un simpático «campurri» rubio, de ojos azules y temperamento vehemente. ¿Para que hablen luego del «aplatanamiento»!

LAS CARAS DE LAS PROVINCIAS

Han empezado a entrar en el edificio. Porque estos campesinos, que forman el pleno de la Sección Social de la Junta Nacional de Hermandades, no han venido a hacer turismo, sino a trabajar, a discutir en orden y en paz sobre sus Reglamentaciones de Trabajo, sobre la cartilla profesional agrícola, la cuota sindical agraria, los cursos de formación agropecuaria y un montón más de estos temas, de los que el hombre de la ciudad no conoce, aparte el nombre, tres líneas más. No, señor, no conoce más, aunque entre discusión y discusión futbolística les dedique en el bar o en casa algún que otro comentario, alguna que otra vez.

La mayor parte ha pasado ya los treinta años. Y muchos de la decena siguiente. Por lo menos juzgando a ojo. Son, así, casi todos viejos sindicalistas. Sindicalistas viejos que han conocido muchas cosas, muchas gentes, muchos episodios.

—Treinta y ocho años, señor, luchando por la justicia para los del campo—recuerda un viejo castellano—. Primero, a los Sindicatos Católicos Agrarios. Luego, ya usted sabe las cosas que pasan, en los otros: en la Unión General de Trabajadores, en la Casa del Pueblo... Ahora aquí, en las Hermandades. Esto es distinto, ¿sabe, señor? Hay más orden, más paz... Es otra cosa. Hemos conseguido muchas peticiones. Hay eficacia, ¿sabe?

Como no todos se conocen por sus nombres, han establecido una especie de pacto tácito para llamarse por el nombre de la provincia que representan. Son, a secas, Cáceres, Santander, Lugo. Y resultan afinidades y contradicciones insospechadas entre ellos y sus tierras. Así, Sevilla tiene el pelo blanco, la cara tostada, la expresión filosófica, la planta erguida. Huesca es joven y moreno. Badajoz, pausado; cansino y canoso. Valladolid y Logroño, enjutos, morenos y en la plenitud de la edad. Jaén tiene entradas y un aire entre pinturero y asefioritado.

POCAS PALABRAS Y MUCHA ATENCION

Entran en un gran salón y se van sentando. No hay ningún orden preestablecido. Pero casi desde la primera sesión cada uno escogió su sitio, su ángulo, su compañía. Y los conserva. Y hasta se diría que así, sentados todas las tardes, aproximadamente, en la misma silla que ocuparon durante el debate de la mañana y rodeados de los mismos vecinos, todos se encuentran más a gusto y se entienden mejor. El presidente del pleno, los vocales, el secretario y los ponentes se saben ya, sin fallo apenas, este orden espontáneo y dirigen la sesión con más facilidad: Navarra junto a Jaén; Badajoz, a dos sillas de Sevilla; Valladolid, dos filas detrás de Logroño; Barcelona, con Lérida, en la esquina de la derecha, al fondo...

Preside el secretario de la Junta Nacional de Hermandades, Marcos Chacón. Explica, con sencillez y ecuanimidad, las ventajas y el sacrificio que supondría la implantación de una cuota sindical agraria entre los obreros del campo. Ellos escuchan con una atención centrada, con el silencio con que solamente saben escuchar los hombres del campo, los que se han pasado muchas horas, el cielo arriba y la tierra abajo, mano a mano con el silencio. Fuman muy pocos, y entre ellos hay varios que mantienen desde hace rato el pitillo apagado entre los dedos. Apagado, porque cuando se escucha con verdadera atención se olvidan hasta los movimientos mecánicos más elementales.

No. Este no es un auditorio reunido por un compromiso social. Aquí no viene nadie a ver ni a que le vean. Esto es una reunión de trabajadores sin vanidad y sin escepticismo. Sin vanidad, porque ninguno es grande ni aun pequeño terrateniente, ni gran ni pequeño cacique, ni tan siquiera mínimo orador. Sin escepticismo, porque a lo largo de los años, y son ya más de diez, se han celebrado muchas juntas, y muchos plenos, y muchas asambleas, y muchos congresos. Y no es posible engañar a nadie, y menos a la pícaro prudencia campesina, durante tanto tiempo. Aquí todos saben lo que sabe cada cual, los puntos que calza. Sobre los problemas del campo no se puede improvisar. Si los que ocupan la mesa presidencial no conocieran a fondo el campo, pese a su traje ciudadano y a su dicción cuidada, aquí no se sentaría hoy ningún campesino. Y si aun así se sentaran, no podrían permanecer sentados mucho tiempo los otros.

El presidente ha terminado su breve exposición. Ahora les toca discutir y decidir a ellos, a los que representan en esta reunión a los trabajadores agropecuarios de toda España.

Comienzan las intervenciones. Nadie habla mucho. Ninguno tiene la velocidad de expresión de los hombres de la ciudad. Ni el terrible apasionamiento de los obreros industriales. Ni la segunda intención de los mercaderes. Ni la fría astucia de los financieros. Les basta un «¡Y yo!» para sumarse a una propuesta.

Veinte palabras, en las que la fuerza de la razón o del sentimiento suplen con ventaja a la sintaxis para rebatirla. He dicho que no tienen en la palabra velocidad ciudadana; pues bien, he mentido. Ahora habla Jaén. Y acaban de intervenir Córdoba y Granada. Excluyen a los andaluces. Que vayan ustedes a saber por qué, quizá por aquello de la millonaria Tartesos, quizá porque todos se expresan con frases de los Quintero, son siempre un poco ciudadanos en todos los sitios.

El debate sigue matizado por todos los acentos regionales. Se miden en cuidado los «pros» y los «contras». Se aguillata. Se meditan las palabras. No hay apenas «paja». Si uno patina, rien con envidiable ingenuidad los demás. Y ahí para todo.

Han llegado por sus pasos contados—que es necesario arar todos los surcos—a un acuerdo. Uno, no importa cuál, resume: «Proponemos que la cuota sindical de los trabajadores agropecuarios se establezca sobre las bases de una peseta mensual los jornaleros fijos y dos reales los eventuales.»

El secretario escribe. Todos callan. Alguno enciende otra vez el pitillo apagado. Esperan. El secretario lee, con voz clara, la redacción definitiva del acuerdo. Al mismo tiempo que levanta la mirada del papel para preguntárles si están conformes, si ha interpretado bien, diez veces afirman: «Eso es.» «Está bien.» Y pasan a otro asunto. Y sigue la reunión con el mismo particular ritmo, con la misma peculiar serenidad. Con el mismo emocionante respeto a las palabras que cualquiera pronuncie. Que, ¡carabambá!, un hombre hablando bien merece la cortesía de la atención y el silencio. ¡Y la del olvido de un pitillo!

Entra el Delegado Nacional de Sindicatos, José Solís. Todos se ponen en pie. El, a lo campero, porque tiene hoy más que nunca aire de señor de campo, les invita a sentarse con un: «Buenos días a todos. Sentaos, sentaos.»

Les habla. Del campo, de la justicia social en las tierras, del sindicalismo. «Vosotros sois el sentir del pueblo.» «Vosotros sois las raíces de la Organización.» Y ellos le entienden. Y hay uno, más decidido, que le pide permiso y le da excusa, al mismo tiempo, con un gesto familiar para interrumpirle y preguntarle algo. Y luego sigue entre él y ellos el diálogo. Y ellos, de vez en cuando, al remate de un párrafo, asienten, mirándose unos a otros. Se dicen a ellos mismos que sí.

¡COMO PODRAN VIVIR AQUI!

Llega, al fin, la hora de comer. Para ellos, hoy muy retrasada. Están acostumbrados a comer antes. Hacia el mediodía.

—Vivo con una hermana que tengo aquí—dice Navarra—. Su marido trabaja en una Embajada. ¡Vaya unas horas de comer que tienen ustedes! Estoy hambriento. Y todavía queda casi media hora. Colas en el autobús, tranvías llenos, Metros llenos. Demonio, aquí todo está muy bien, muy bonito. Pero yo prefiero más tranquilidad.



Embajadores del campo español vinieron desde todas las provincias a Madrid. De su voluntad y de su trabajo depende la transformación que necesita nuestro agro

Tengo que darle la razón. A mí me gusta Madrid y estoy acostumbrado a este vivir sin calma. Pero ¿no será verdad que estamos complicando mucho las cosas?

Ha sido una crueldad. Pero no he sabido contenerme. Y ante unos «chiquitos»—un navarro tiene siempre tiempo, aunque sea tarde, para tomar unos «chiquitos»—le he llevado a recordar el clarete, los pimientos y las «pochas» de esa región, no definida en las geografías, que forman una punta de Navarra, una de Logroño y otra de Alava.

Los que no tienen parientes aquí se reúnen en grupos y van a comer a la taberna que tiene un paisano.

Y todos, con la familia o en el alegre grupo reunido por el tirón del paisanaje o por quién sabe qué secretas y repentinas simpatías, comen y hablan—¿cómo no!—de cómo van las cosas y las gentes de sus pueblos; si, por fin, se casó el hijo del maestro, si hay nuevo cura, si se dió bien «el trigo», si han empedrado la plaza...

Y seguramente alguno de los más viejos, mirando, entre plato y plato, al hijo que vive en Madrid, a la nuera y al par de nietos, y calculando lo que valen aquí las patatas, la carne, la fruta, la leche, y en la vida trepidante y desasosegada de la ciudad, se quede un momento callado y piense para sus adentros: «¡Me valga Dios y cómo podrán vivir aquí!»

EN LOS MINISTERIOS Y EN EL CINE

Durante la tarde también se reúnen. Siguen sus debates, sus deliberaciones. Esta tarde, además,

van a visitar al Ministro de Trabajo. Ayer estuvieron con el de Agricultura, y el día anterior, con el Ministro Secretario General del Movimiento.

Hay que verlos en los salones de los ministerios. Hay que verlos, con los ojos encendidos por una secreta ilusión, mirar a los Ministros durante la visita. Y saludarles dándoles la mano con una no aprendida pero perfecta y emocionada cortesía. Y hablarles con una confianza natural e ingenua que no excluye el respeto. Hay que verlos allí, entre las arañas, las alfombras, los muebles de estilo, los techos pintados, los tapices y los relojes antiguos, para reirse de los que se rien de los «paletos». Que andan un poco cohibidos; pues claro, amigo, ¡como cada hijo de vecino que tenga un poco de imaginación y algo de sensibilidad!

El trabajo termina estos días para ellos a las ocho o las nueve de la tarde. De noche ya en este tiempo. Y es precisamente por la noche cuando tienen un rato libre para ir a un teatro o a un cine.

La mayoría prefiere el teatro, y, dentro de él, el espectáculo de folklore y la revista. Porque les gustan la música y los cantares. Porque dicen son más alegres y, además, tenemos menos ocasión de verlos en el pueblo.

Pero no crean que andan equivocándose, que están despistados. Han visto varias veces a Celia y a la Piquer. «Las principales en su género, ¿no cree?»

Entro con un par de ellos, de los jóvenes, en un cine «de continua». Programa doble: una, del Oeste, y otra, policíaca.

Resumen a la salida: en la del Oeste, en colores, se han diver-



Los campesinos reunidos en Madrid visitaron a los Ministros de Agricultura, Trabajo y Secretario General del Movimiento. En esta fotografía los vemos en el despacho del señor Fernández-Cuesta

tido más que yo. Sabían el nombre de cada caballo por el pelo, calculaban las cabezas de un grupo de ganado y su precio, comentaban el aspecto fértil de las tierras. Y yo y tú, lector ciudadano, ¿cómo habríamos podido meter el gol del empate en favor de la ciudad? ¿A caso preguntándoles luego, en la policia, el calibre de la pistola que saca el policía enamorado de la rubia o la marca del whisky que bebían los gangsters? No. Además, aunque no lo dijeron hasta que ya estuvimos otra vez en la calle: «Esta última, ya la habíamos visto en el pueblo. La pusieron en Navidades.»

EN NOMBRE DE CUATRO MILLONES DE CAMPESINOS

Decía que de la importancia de esta embajada campesina hablaríamos luego. Ahora es luego.

Estos campesinos, que se han reunido estos días en Madrid, representan, aproximadamente, a cuatro millones de campesinos

españoles. Exactamente, según los datos últimos, a 3.784.373 trabajadores agrícolas de todos los tipos. Trabajadores del campo, o sea asalariados, jornaleros, que no pierden este carácter aunque tengan, muchos de ellos, su pequeño huerto familiar. Son y representan, por lo tanto, en este aspecto, en esta clasificación laboral, todo el campo de España. Todo el inmenso ejército de cuyas victorias se alimenta el hombre de la ciudad, ese desconocido que, desde la ventanilla de un tren o al paso veloz de un automóvil, les descubre, una tarde, arando tras una hermosa yunta de bueyes. O canturreando, a lomos de una mula, ya a la anocheada, de vuelta al pueblo.

¿Sin importancia? Con tanta, que son ellos, unidos con los propietarios rurales, en las entidades sindicales agrarias, los que, siguiendo la orientación del Gobierno y proponiéndole soluciones aprobadas en sus asambleas, en sus plenos, en sus congresos, están transformando el campo es-

pañol. Ellos, los que han aprendido, en los cursillos de capacitación, la teoría y la práctica de la racionalización de los cultivos de la inseminación artificial, del rendimiento de los maíces híbridos...

Está cambiando la piel el toro ibero. Está transformándose todo el campo de España. Y depende sobre todo de ellos, de los millones de hombres que representan estos campesinos, esta auténtica reforma agraria. De su voluntad y de su trabajo, que no bastan las buenas leyes sin la cooperación decidida de los hombres.

No es la primera vez que la Organización Sindical trae al campo, a los hombres del campo, a Madrid. Pero ha corrido, por estas reuniones un aire de madurez y presentimiento. Y han andado por las calles unos campesinos rompiendo un tópico. El campo de España, abandonado y resentido antes, está hoy en paz y despierto. ¡Ah! Y ya no hay paletos.

Diego JALON

ESPRONCEDA, HISTORIADOR

Con este título publica

POESIA ESPAÑOLA

en su número 23, un interesante estudio de Fernando Díaz Plaia.

Suscribase a

POESIA ESPAÑOLA

Un número cada mes. Diez pesetas. Administración: Pinar, 5, Madrid.

EL "MANA" DEL ALGODON EN RAMA

NUNCA ES PERJUDICIAL UN EXCESO DE LABORES

Los sirios preparaban el terreno para la siembra del algodouero con un año de antelación

Una guerra biológica ha sido desencadenada por los campos andaluces

EL célebre moro sevillano Abú Zacaría escribió a mediados del siglo XII el tratado de agricultura más importante de aquellos tiempos: el «Quitab al felanah» o «Libro de la agricultura», que es una verdadera enciclopedia en el arte y la ciencia de cuidar la tierra. En esta obra se describe el cultivo del algodouero como una planta de importancia en las comarcas andaluzas; recomendando, ente otras cosas, lo siguiente:

Primero. Sembrarlo en terrenos llanos y en el mes de abril.

Segundo. Humedecer y recalzar las simientes antes del sembrado.

Tercero. Para el algodón nunca será perjudicial un exceso de labores.

Y cita también que los sirios preparaban el terreno para la siembra del algodouero con un año de antelación.

Ocho siglos después, los técnicos de todo el mundo siguen repitiendo las recomendaciones del bueno de Abú Zacaría.

VAMOS A LA GUERRA

Pero nosotros—que nos perdona Abú y nos proteja Alá, el dios único de nuestro común monoteísmo—, que no somos fatalistas, no podemos esperar a la puerta de la tienda a que pasen los cadáveres de tantos enemigos como integran las plagas del algodouero.

Por eso nos vamos de corresponsales de guerra por los campos andaluces, donde combaten millones de seres que no son entes de razón, sino seres vivos que nacen, se reproducen y mueren como valientes en esa lucha terrible que el hombre ha emprendido contra los insectos.

Factoría algodouera de Ecija



Don Luis Liró, «inventor» de la avispa «rhogas», implanta una colonia en terrenos amenazados por la plaga del «earias»

¡Ah!, y no crea nadie que vamos a describir esa batalla gigantesca desde el punto de vista neutral, porque después de lo que hemos presenciado «en algún lugar de Andalucía» en la lucha terrible contra las plagas, estamos decididamente a favor de los insectos.

Diríase que el Servicio del Algodón y las colonias de las bonitas mariposas verdiamarillas de la «Earias insulana» son dos organizaciones tan incompatibles que si el Servicio pierde la guerra contra la «Earias» las pequeñas mariposas iban a llegar al grito de «¡Vae victis!» (¡Ay de los vencidos!), hasta el allanamiento de morada de los técnicos que fomentan el algodón nacional.

EN ANDALUCIA, PEOR QUE EN COREA

La lucha es tan a muerte, la persecución es tan implacable y el odio del hombre tan enconado que parece que los técnicos y capataces del algodón arriesguen algo más que el resultado de una cosecha de montones de fibra.

Porque, señores, por si no fuera bastante la guerra química con todo su espolvoreo de fluosicato sódico, con todos los fuertes insecticidas sólidos y líquidos de sodio o de bario, la pulverización y espolvoreo que se hacía polvo contra la cerrada solidez de la cápsula algodouera, especie del



refugio atómico de la «Earias insulana»; por si todo esto era poco, ahora ha empezado a emplearse la guerra biológica, ese medio tan repudiado por las conferencias de desarme.

UNA AVISPA QUE TRAE COLA

El arma secreta de la guerra biológica, que ahora ha empezado a emplearse, es una pequeña avispa que los naturalistas dicen atiende por «Rhogas Aligarhensis», y que, en nuestro país, ha sido descubierta por el abuelo de los algodonereros españoles, don Luis Liró, en las proximidades del Peñón de Gibraltar. Se supone que la «Rhogas» llegaría al puerto gibraltareño entre fardos de mercancías procedentes de la India, donde ese insecto se cría, aunque no con la exuberante vitalidad con que la pequeña avispa se ha adaptado por la punta sur de España.

No conviene que demos aquí muchos nombres geográficos con objeto de no dar información al adversario; pero sí se pueden decir aquellos que el enemigo, el hombre, ya sabe. Y de sobra es conocido en los medios competentes que don Luis Liró, por los campos de San Martín, San Pablo de Buceite, Jimena y San Roque, ha difundido las colonias de la «Rhogas», llevándola de una parcela a otra y de uno a otro sembrado como un pastor de avispas sobre los campos de algodón, ya que esa libadora de plagas, esa trascalteca que lucha contra los otros insectos a favor del hombre, es tan de corto vuelo que se encasilla en un sembrado y ni siquiera sabe dar, terminado el destajo, un vuelo de reconocimiento por los alrededores, sino que se para y desespera en la línea final de los arbustos, sin esa amplitud y altura de miras de otras avispas para las que parece que todo el campo es orégano.

LAS LARVAS DE LA DISCORDIA

Los avispados labradores del Sur guardan, como oro en paño, las larvas de la «Rhogas» dispuestas a proteger, como en caja de caudales, lo que ellos llaman «puritos».

La avispa trascalteca fué llevada también a los regadíos que el Instituto Nacional de Colonización estableció en los campos de Jerez de la Frontera, y la «Rhogas» se ha afinado bien

ante la proximidad de las cepas. Por allí estuvimos también, y hasta nos fué dado ver el ingenioso sifón invertido que salva por alto desniveles y lleva agua del pantano de Guadalcazín. Lo que está bien está bien, y por eso decimos que aquel sifón parece una obra de romanos que maravillaría a los inventores del arco, de la cúpula y a los viejos artifices de los acueductos.

DE TAL PALO, TAL ASTILLA

Para colmo, el ataque de la avispa es a traición, por la espalda, ya que agujonea la cápsula de algodonerero donde en una galería busca el dorso de la oruga «Earias», a la que apuñala depositando un pequeño huevo en el cuerpo de la víctima. A las pocas horas nace en el interior de la oruga la cría de la «Rhogas», que pronto, de tal palo, tal astilla, dejará a su nodriza sólo en la piel para servirse de ella como envoltura de crisálida. El drama está consumado y la «Rhogas» se transforma en una avispa que sale del capullo tan campante y dispuesta a continuar su acción mortal.

Todo este proceso lo hemos aprendido sobre el terreno, aunque, claro está, sólo de oídas, porque ni el más entusiasta ejercicio de la profesión periodística puede obligar a que un hombre se introduzca en el oviducto de una avispa por curioso que sea éste y sea aquél.

SUPERIORIDAD DEL AVION SOBRE EL INSECTO

Por fortuna la guerra biológica, que es ya un hecho en varios cultivos algodonereros del Sur y ha sido llevada a Marruecos, no alcanzó todavía una difusión metódica, por lo que en la mayoría de las plantaciones españolas se sigue empleando el arma noble de los insecticidas sólidos o líquidos.

Las mariposas de la «Earias insulana» permanecen casi inmóviles durante las horas de sol refugiadas en la base de las plantas, a la sombra; pero cuando el día cae, a la puesta del sol, se muestran muy activas y se las ve volar. Algunos labradores andaluces, con espíritu poético, emplean las mangas de gasa para cazar esas mariposas a últimas horas de la jornada. He ahí un arma noble como la espada. Pero lo más corriente es el espol-

voreo de los botones florales y las hojas, para cuyo cometido existen muchos medios, desde el vuelo de la aviación fumigante (aviones contra insectos, hay que ver lo cobarde que es el hombre) hasta el saquito de arpillera que echa polvo cuando se le sacude. Esos son los dos sistemas extremos, el más complicado y el más sencillo; pero existen también, para ello, los múltiples aparatos de fuelle, bomba de aire comprimido, ventilador o motorcito que este último se coloca como un poncho indio entre pecho y espalda.

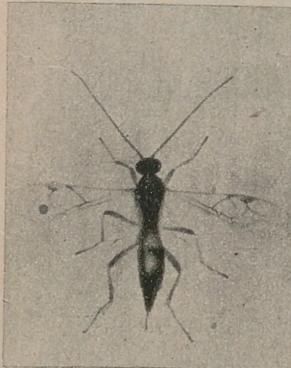
EL TIMBALERO DEL INSECTICIDA

El ingenioso método de los saquitos puede decirse que es una invención española para suplir la escasez de los grandes aparatos espolvoreadores de tracción mecánica, cuyo número es insuficiente a tanta demanda. Como de lo que se trata es, en definitiva, de echar polvos insecticidas, sirve muy bien para ello el sencillo sistema de los saquitos de arpillera, que, llenos de polvos, cuelgan de un palo horizontal. Si el aparato es para dos hileras, la vara suele tener alrededor de un metro y veinte centímetros de longitud, que es la distancia más corriente entre dos filas de algodonerero. Pero si se quieren cubrir cuatro filas a la vez será preciso una vara mucho más larga, de la que colgarán cuatro saquitos que caigan justamente sobre las filas de plantas. En uno y otro caso el campesino avanza contra el viento, pero si quiere espolvorear cuatro hileras de un golpe lo hace montado sobre un borrico, mientras golpea a un lado y otro de la vara con una maza, como un timbalero de la guerra insecticida que tiene, como puede verse, infantería, aviación, caballería y armas motorizadas.

LLUVIA DE POLVO Y PRISA DE ORUGA

Para que el agricultor este más descargado de peso y tenga las manos libres, el palo de los saquitos lleva una cuerda que pasa por la espalda del operario, que puede así sacudir con más tiempo sobre cada mata y matar en ella cuantas orugas no tengan tiempo de esconderse, como en un refugio, en las galerías de la cápsula de algodonerero.

Una vez recogida la cosecha, lo que se acostumbra en los ca-



De izquierda a derecha: Una hembra de «Rhogas», parásito del «Earias», muy aumentada; «Purito» o piel de «Earias», que contiene la crisálida del «Rhogas»; «Purito» o crisálida del «Rhogas» en una cápsula de algodón egipcio

Los de plaga es quemar los arbustos en el mismo campo, y con preferencia en los márgenes de éste con objeto de destruir no sólo los «Earias» de las plantas, sino también las que en busca de nuevas plantaciones se hayan reducido en los límites de la finca. A continuación se suele dar una labor profunda que entierre las crisálidas que puedan existir aun por el suelo, con lo que se quiere evitar la salida de nuevas mariposas.

En los campos susceptibles de riego, el enterramiento de las cápsulas vacías, restos de plantas y desperdicios que queden después de la recolección es seguido de varios riegos intensos con el fin de destruir los capullos enterrados.

Pero no vaya nadie a creerse que muerto el «Earias», suponiendo que muera sin el empleo traidor de la guerra biológica, se acabó la rabia, porque el algodonero de tipo egipcio, y también el de tipo americano, está amenazado con siete plagas, casi tan fuertes como los siete castigos bíblicos que sufrió ese gran país algodonero que se llama Egipto.

LAS SIETE PLAGAS DEL ALGODONERO

Las siete plagas del algodonero son: el «Earias», viciamiento, antracnosis, marchitez, podredumbre de la cápsula, gorgojo, y falta una que por haber aparecido hace muy poco en nuestro país dejamos para el final, cuando en realidad merece colocarse en el segundo puesto de peligrosidad, inmediatamente después de la «Earias insulana». Esta última plaga, que parece tener una predilección especial por el algodonero de tipo egipcio, es la del gusano rosado, tras el que están ahora todos los campos de experimentación y laboratorios algodoneros de España.

Por los campos del Sur vimos alguna que otra planta muy desarrollada, pero que dió escasa cosecha. Es el «viciamiento», nos dijeron, que es un fenómeno por el que la planta crece mucho más de lo normal, con gran desarrollo de hojas, como quien dice que con mucho ruido y pocas nueces, porque pese a que a veces tiene hasta una floración perfecta los frutos no llegan a abrir. Otra modalidad del llamado viciamiento es el de que la planta crece muy alto, como si se fuese en tallo todo el proceso vegetativo que tenía que dar hojas y ramas. El algodonero viciado forma entonces como una vara de San José que ostenta uno o dos frutos en su parte superior.

INSECTOS, HONGOS Y BACILOS

El viciamiento puede corregirse en general con solo estrechar las filas de la plantación, ya que se debe casi siempre a que el algodonero se sembró muy espaciado, aunque también es verdad que la causa puede estar otras veces en la naturaleza del suelo o en la calidad de las semillas.

También los hongos, no siempre tenían que ser los insectos, atacan al algodonero, produciéndole una enfermedad que se llama «antracnosis», que hiere a la

raíz cuando la planta es muy tierna, con lo que ésta se dobla y muere.

Otra plaga se la llamada «marchitez», también producida por un hongo. Se llama éste «Fusarium vasinfectum», y ataca a las raíces, penetrando por ellas en el sistema vascular de la planta, cuyo desarrollo para. Pero la «marchitez» es bastante escasa en las plantaciones del Sur, hasta el punto de que no pudimos ver ni un solo caso.

UN ENEMIGO DE SEGUNDA MANO

Un bacilo, generalmente transportado por la semilla, produce la podredumbre bacteriana de la cápsula del algodonero, pero éste es un caso muy poco corriente en estas tierras, ya que las sociedades concesionarias entregan a los cultivadores semilla bien seleccionada y limpia de bacilos. Casos de podredumbre de las cápsulas, sí que los hay abundantes, pero producidos en su inmensa mayoría por unos hongos saprofitos que se aprovechan de los ataques de la «Earias», y esos enemigos de segunda mano, esas hienas que hacen leña del árbol caído, son casi tan despreciables como la avispa «Rhogas», la trascalteca, que ayuda al hombre contra sus hermanos los insectos.

Y los técnicos nos han hablado también de la plaga del gorgojo, que no se ha dado en los cultivos algodoneros de nuestro país ni en otros de la cuenca mediterránea, pero que ha causado grandes estragos en Norteamérica, donde, finalmente, los entomólogos han logrado, después de muchos trabajos, si no reducir la plaga al menos hacer que se quede en un frente estabilizado. Por eso las importaciones de simiente que proceden de los Estados Unidos son revisadas con mucho cuidado en la semilloteca experimental de Tabladilla, además de haberse exigido para la entrada en España el certificado de desinfección. Nuestro rigor para la entrada de semillas es mucho más fuerte que el que el país más poderoso del mundo tiene para la entrada de hombres en su territorio.

Y con todo eso desde el viejo moro sevillano Abú Zacaría, con su «Quitab al Felahah» o «Libro de la agricultura», hemos pasado a la guerra biológica y a las siete plagas del algodonero, sin que hayamos nombrado a esa otra concesionaria sevillana que fomenta el cultivo del algodón, sin que citásemos a Textiles Reunidas, que engloba a las sociedades Textiles Bertrand Serra, la Fabril Manresana y la Minorista Textil.

El valor «humano» con que se defienden los insectos nos llevó a no hablar de las máquinas industriales que hemos visto en los campos de la zona primera concesionaria al algodón nacional.

Textiles Reunidas ha establecido modernas factorías de desmotación y desbarrado algodonero en Ecija y Cabezas de San Juan, y prepara el establecimiento de otra gran factoría en Algeciras.



Espolvoreo de algodón para combatir las plagas

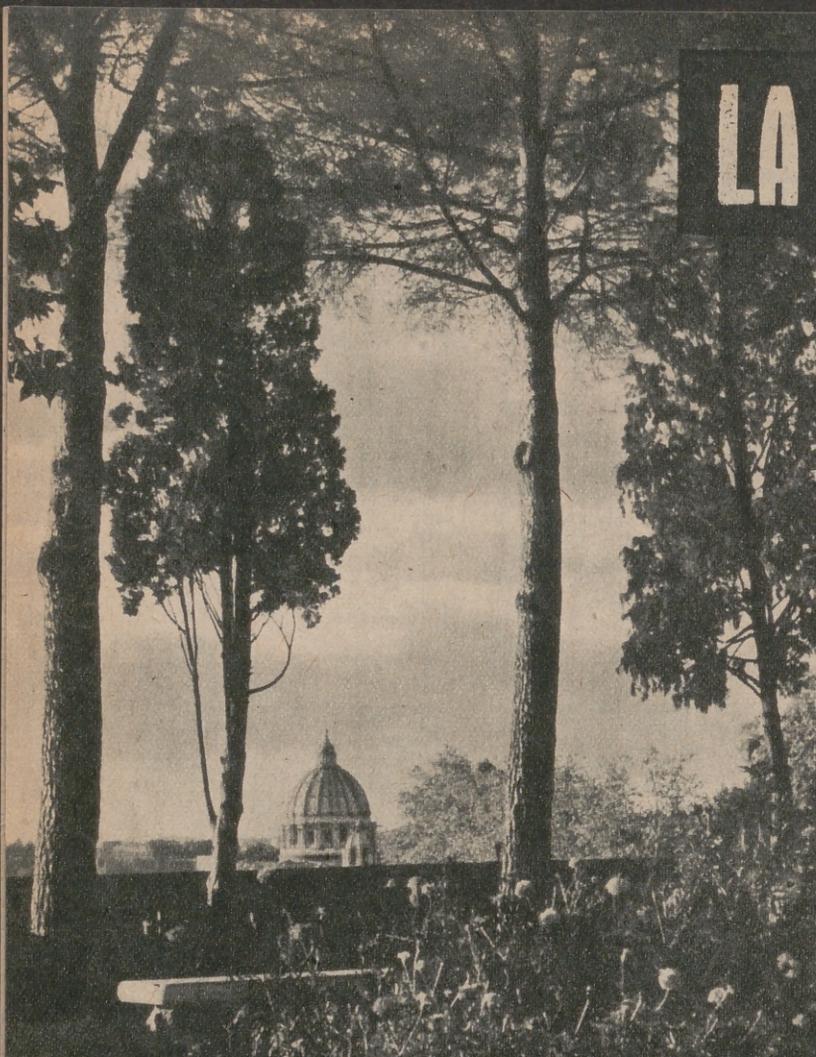
OBLIGADOS POR EL HOMBRE

Muy buena maquinaria hemos visto en la instalación que Textiles Reunidas tiene en Ecija, con sus desmotadoras y desbarradoras que funcionan en una misma nave en ausencia absoluta de polvo. Y si cabe aun mejor instalación vimos en la recién inaugurada factoría de Cabezas de San Juan, con el sistema «Mitchell» de limpieza de algodón, con la gigantesca prensa hidráulica giratoria para la elaboración de balas, cuyo pistón actúa de arriba abajo, al revés de todas las demás, y el sistema de tubos y galerías subterráneas que transportan la semilla por un lado y el polvo y materias extrañas por el otro. Todo está muy bien, señores de Textiles Reunidas, pero lo que no lo está es el que sean ustedes precisamente los promotores de esa guerra biológica en la que se hace luchar los insectos entre sí.

Si el hombre blasona de repudiar la guerra biológica como medio de lucha entre hombres, que no obligue a los demás a lo que no quiere para sí. Y decimos obligue para que nadie nos pueda objetar que una lucha entre insectos no es mala, ya que no saben lo que hacen, porque precisamente en nuestra racionalidad está lo grave de colocar intencionadamente a la avispa «Rhogas» en situación de que apunale por la espalda a la oruga de la «Earias insulana». Por eso estamos de parte de los insectos, diga lo que quiera la Sociedad Protectora de Animales.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial.)

LA ROMA POSTIG



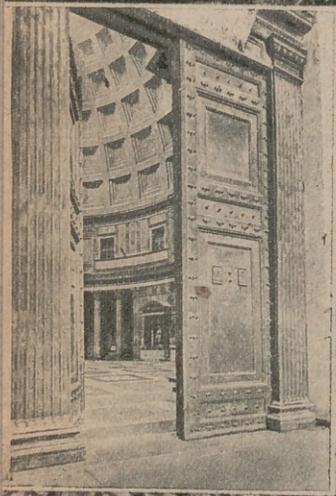
La iglesia de San Bartolome, primer diamante de Miss Scheriff y una de las más hermosas de Roma

“CONOCES EL PAIS

GOETHE proporcionó al viajero que se encamina a Italia la canción de marcha con aquello del «conoces al país donde florece el limonero», y al tiempo que le infundía el impulso y el hambre del camino le surtió de una especie de guía turística en los versos que siguen a aquél famoso inicial. Aconseja así «el Olímpico», por boca de la estrambótica Mignon, que se ponga especial celo en buscar en Italia el cielo azul, los naranjales, las casas majestuosas con columnas y las escarpadas montañas, con cuyos riscos juguetea la niebla. Menos mal que el mismo Goethe intercala, en el arrebatado que le inspiran estos cromos, un versillo repetido que tiene un doble sentido muy sabroso: aquel «Kennst du es wohl?», que tanto puede significar si el visitante se ha poseído por completo de la postal que se le brinda o si, después de haberla asimilado devotamente, está mejor «entrado de la realidad italiana. Nosotros preferimos creer que ésta reside en los aspectos postergados por las guías turísticas.

CIAMPINO, ENCRUCIJA-DA DEL MUNDO

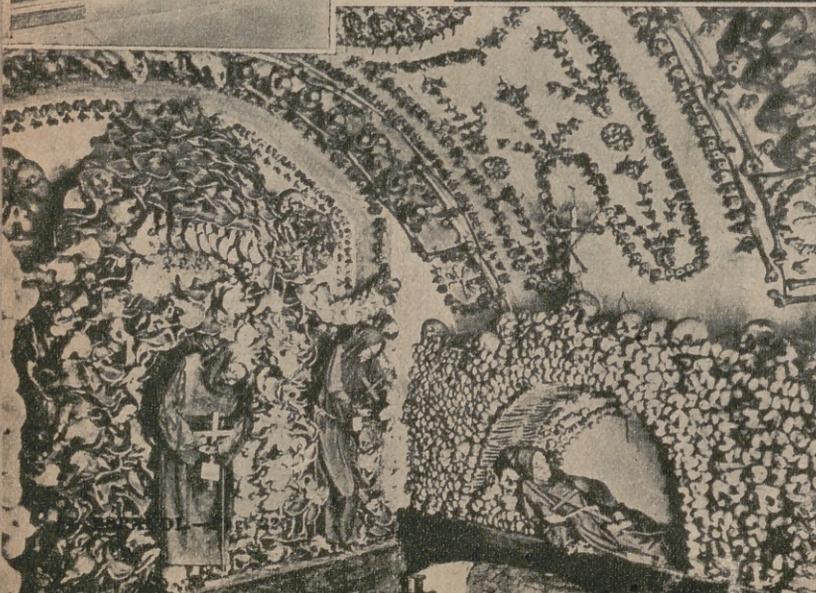
Apenas el avión de la L. A. I. que nos llevó a Roma, con la suavidad y la maravilla de una alfombra mágica, se hubo posado en el cemento de las pistas de Ciampino, sentimos instantáneamente que nos hallábamos en uno de los dos o tres centros fundamentales de la vida del mundo. Los cuatrimotores entraban y salían a cada minuto y emprendían rutas exóticas y novelescas. Los altavoces convocaban en todos los idiomas a los viajeros destinados a Colombo, a Buenos Aires, a Nueva York, a Saigón, a El Cairo, y cada grupo—sarís, feces, jaiques, mantos, tecec amarillas, aceitunadas,



La cúpula de San Pedro vista desde el Janículo

La gran puerta entreabierta del panteón deja ver la colosal cúpula y uno de los altares vecinos a las tumbas de los Reyes de Italia

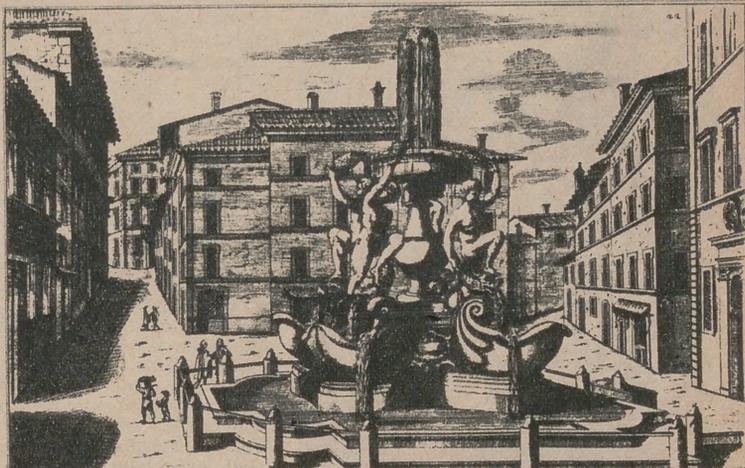
Una galería del original cementerio de los Capuchinos



STIGADA POR LAS GUIAS TURISTICAS



La graciosa fuente del moro en la plaza Navona, llena de evocaciones españolas



Grabado antiguo representando la fuente de la plaza de San Mateo, obra del arquitecto Giacomo della Porta

¿DÓNDE FLORECE EL LIMONERO?—VERSOS DE GOETHE

Pedro VOLTES (Especial para EL ESPAÑOL)

negras—constituía como una pequeña embajada en Roma de unos mundos remotos que habían cedido también a la llamada de la ciudad.

Después de esta primera impresión de confluencias de razas y de culturas vino el embarque en el autobús que nos llevaría al centro de la ciudad. El trayecto se cobra, a diferencia de lo que ocurre entre nosotros. «Cinquecento lire» va repitiendo una aeromoza, transformada prosaicamente en cobradora de autobús. A veces, uno de los viajeros, caído de un cielo lejano, pregunta si se admiten rupias, o rials, o coronas, y entonces la muchacha efectúa unas rarísimas algebras y pone en las manos del viajero estos montones de billetes en que redunda el adquirir moneda italiana. El autobús va entrando en Roma a lo largo de un camino que se anima paulatinamente, como ocurre cuando se llega desde Barajas o desde el Prat, y va adquiriendo figura y color de gran ciudad. Primero vienen las calles populares, con sus bares y su gente en camisa en las terrazas; luego se ve el primer autobús. Las calles se van iluminando y abriallantando y, por fin, como una apoteosis orquestal, estalla este «fortísimo» de sentirse ya en el centro de Roma.

ENCUENTRO CON NAPOLEON

¿Vamos a seguir el itinerario contrario al que emprende el turista adocenado? ¿Cuál es el lugar adonde apenas va nadie? Respuesta: el Museo Napoleónico. El Museo está instalado en la boca del Ponte Umberto, al borde del Tiber, en un gracioso palacete. Lo reducido del marco y lo denso de los materiales ex-

puestos libran al Museo Napoleónico de aquella sensación de vaciedad tan propia de estos locales. Por el contrario, todo es íntimo, recogido, suave, cálido, y las dimensiones de los personajes estudiados—el Emperador, el duque de Reichstadt, Doña Letizia, José I, Napoleón III, la Emperatriz Eugenia—quedan reducidas a una campechana familiaridad. Mientras las paredes están cubiertas de los Lefevre, los David, los Gross, llenos de empaqué, los muebles y las chucherías que completan los salones exponen lo humano y lo menudo de aquellas mismas personalidades: los anteojos, las tabaqueras, los aderezos, los autógrafos. Abundan los vestidos y los trajes de la familia y de la Corte de Napoleón el grande y de Napoleón el pequeño, ropas tristemente mustias, amarillentas, lacias. Su melancolía tiene algún parentesco con esta palidez demacrada de las mascarillas del Emperador y de su hijo. La mascarilla del Rey de Roma es de una prodigiosa pequeñez.

LA SINAGOGA Y EL «GHETTO»

Aunque una y otro estén en una gran ruta turística—la del castillo de Sant'Angelo y el Vaticano—, no están incorporados a los grandes itinerarios del viajero. La sinagoga es un edificio moderno. Se nos «ncoje un poco el ánimo antes de entrar, porque al cruzar el umbral se experimenta clarísima sensación de que uno se está metiendo en cercado ajeno. Esta opresión crece al repasar el interior—lleno de mármoles y dorados, como un salón de sesiones de Ayuntamiento—y verle tan pulcro, tan terso, tan vacío, tan frío, en suma. En lo que debería ser altar mayor, según nuestras costumbres, hay un tabernáculo cerrado, donde se conservan los libros sagrados.

En lo alto de la sinagoga, que está montado como un anfiteatro de sala de espectáculos, se disponen las mujeres, destocadas; en lo que llamaríamos platea, los hombres, cubiertos. En el momento de nuestra visita, unos obreros están efectuando unas reparaciones. Se advierte que forman parte de la grey hebraica por sus rasgos y por el esmero que ponen en trabajar, ensombrerados o tocados con una gorra o una boina.

Al salir de la sinagoga vemos en la fachada una enorme lápida que conmemora los nombres de los judíos sacrificados durante la ocupación alemana. Causa angustia ver aquella lista copiosa y emotiva ver la firmeza y el cuidado con que se ha colocado detrás de cada nombre—muchos de ellos enterrados occidentales—la atribución a las grandes familias históricas hebreas. Así, «Giuseppe Fiori, di Salomone», por ejemplo. Detrás de la sinagoga está el barrio judío, donde abundan unas tiendas angostas y encogidas. Las calles, por el contrario, son aceptablemente despejadas. «¿Todos son judíos por aquí?», preguntamos. «Sí, todos.» Sin esta advertencia nos sería difícil identificar la índole de estos bares, de estas abacerías, de estas pescaderías.

Un misterioso arcano histórico ha reunido este «ghetto», que ha presenciado tantas violencias y tantas persecuciones con el sombrío palacio de los Cenci envuelto en velos de tragedia. La única nota alegre y cordial en este barrio la da la graciosa «Fuente de las Tortugas», en la plaza Mattel, que va cantando seriamente en medio de las evocaciones de tantos crímenes como ha presenciado.

LAS CUEVAS DEL VATICANO

Don Andrés Gide intituló con este título majestuoso uno de



El Foro Romano

sus libros más funestos, y después de haber puesto la miel en la boca del lector con aquellas palabras esquivó hacer uso del grandioso tema literario que deparan las grutas del subsuelo de la basílica de San Pedro. Tumbas de Papas, de cardenales y de reyes, minúsculas basílicas de la cristiandad inicial, mosaicos, imágenes y sarcófagos de los albores de Roma y de la Iglesia; todo ello armonizado en una grandiosa sinfonía de eternidad. No sé si, por acaso o por sabia premeditación, los sepulcros están barajados sin ordenación cronológica ni de especie alguna. De este modo, la tumba primorosa y elegantísima de Pío XI viene a quedar enfrente de la de Cristina de Suecia, y la de Benedicto XV está cara a cara y no lejos de la de los últimos Estuardo. La confusión de las tumbas viene a dar una idea clarísima de la comunión de los santos y de la intemporalidad de las cosas del espíritu.

Proporciona una emoción misteriosa y profunda deambular por el cerco de capillas que rodea a la tumba del Príncipe de los Apóstoles y ver por unas aspilleras y unas ventanas, muy a lo lejos, las lucecitas y los cirios encendidos ante el sepulcro de San Pedro. Aquel vago temblor se une a la unión que infunde ver entre sombras el lugar donde está sepultado el primer sucesor de Cristo, lugar prudentemente apartado del contacto de las muchedumbres, que le arrebatarían el encanto enigmático y el poder emotivo que tiene el ver aquellas luces a distancia.

PARADOJAS DEL QUIRINAL

El Quirinal es el Palacio Real, donde debería residir el Presidente de la República; y decimos debería, porque tampoco reside.

El señor Einaudi va cada día al despacho como cualquier funcionario y se vuelve luego a casita. El Quirinal es también el edificio que, siendo centro, cabeza y corazón de la República italiana, alberga a mayor número de monárquicos en menos espacio. Si entráis allí de visita y tenéis ocasión de charlar con los viejos empleados y, mejor aún, con el personal subalterno, descubriréis que, debajo de su indumento burgués, aquellas gentes siguen ostentando espiritualmente las corazas de la Caballería palatina, los mantos, las banderas, las charreteras, los galones y las decoraciones cortesanas, y descubriréis también que, a poco que se les habla de «Sua Maestá», les brillan los ojos de emoción y se enorgullecen en demostrar que el Rey Víctor Manuel III fué algo así como su padre adoptivo. Con no menor afecto hablan del Rey Humberto, y se hace tan intensa la evocación de su prestancia y de su simpatía, que uno, inevitablemente, llena aquellos pasillos, hoy oficinescos y sin alma, de mariscales, condes y gentileshombres.

UNA MACABRA EXTRA-VAGANCIA

Ustedes quizá habrán visto la reciente película de Ingrid Bergman «Europa 1951», y recordarán que la protagonista entra en cierto momento a rezar en una iglesia y que tercia luego en un incidente callejero entre mujeres de vida «aireada», que decía uno. Tal iglesia y tales mujeres se encuentran en la parte baja de la calle Vittorio Veneto, que es probablemente la más señorial y una de las más hermosas de Roma. La iglesia es la de los Padres Capuchinos, y éstos, desde hace muchas décadas y aun siglos, se han dedicado al macabro capricho de organizar su cementerio en forma que ellos presumen artística. Con millares y millares de vértebras, tibias, clavículas, omoplatos y cráneos han formado en las galerías subterráneas del convento columnas, frisos, inscripciones, anagramas y otras mil ocurrencias. Para que se note mejor aún que aquello es un cementerio, todas estas filigranas encuadran a unos cuantos esqueletos de religiosos, vestidos con el hábito monacal y sostenidos en pie merced a alguna especie de armadura interior. Este raro cementerio, que huele a rancio y apollillado, está inspirado, sin duda, por la piadosa idea de que la muerte no es de temer, sino de desafiar; pero el resultado, a personas menos santas que los buenos padres capuchinos, nos causa una impresión

entre grotesca y repugnante, de la cual es buen indicio la fotografía que aquí figura.

DEL MUSEO CRISTIANO LATERANENSE A SANTA SABINA

En San Juan de Letrán existe un Museo Misional, desgraciadamente menos conocido de lo que merece. En la hora en que lo visitamos estuvimos solos recorriendo un inacabable conjunto de salas, donde se recogen vestidos, armas, muebles, joyas, maquetas de edificios, figuritas, imágenes cristianas y otras mil muestras allegadas por las misiones católicas de todo el orbe, desde Corea a Angola, desde el Tibet a la Guayana. Es curioso que las salas más densas y más completas—como las chinas y las japonesas—exhalen un vago olor exótico e indefinible, como de raros perfumes y especias. La su gestión que producen los maniqués vestidos con el traje de tales países, el mobiliario, los objetos cotidianos, es tan fuerte que llega a abrumar e inspirar temor.

Si este Museo demuestra la expansión triunfante del catolicismo por todo el mundo, la iglesia y el convento dominicano de Santa Sabina—rodeados de plácidos jardines en un plácido barrio—son la mejor prueba de los encantos de la vida recogida. Jamás hemos experimentado dulzura y serenidad tales como las que infunde entrar en aquella basílica, mientras a lo lejos un religioso ensaya acordes pausados en el órgano. No se ve a nadie, y los únicos compañeros son los juegos irisados del sol en los vitrales. El lugar está impregnado de recuerdos de Santo Domingo de Guzmán y de tantos otros caudillos españoles de esta Orden españolísima. Entre tantos lugares como hay en Roma donde uno se siente más cerca de Dios, quizá sea éste el más propicio a saltar a la vida devota y recogida y abrazarse con la Eternidad.

DOS SIMBOLOS DE DOS ITALIAS

A la entrada de la bella «Passeggiata Archeologica» se alza un obelisco de 24 metros de altura, procedente de la ciudad santa de Abisinia, Axum, y traído por las tropas imperiales de Italia para parangonar a la era mussoliniana con aquella otra augustea, pródiga en instalar en Roma recuerdos de todo el orbe. En la Via Ardeatina, fuera de la Puerta de San Sebastián, se alza el mausoleo de las Fosas Ardeatinas, donde se rinde homenaje a centenares de víctimas de las represalias alemanas en los últimos meses de la ocupación. He aquí dos símbolos de dos épocas de la historia de Italia que constituyen sendos puntos de concentración del patriotismo de entonces y de ahora. En aquella, el orgullo debía de cifrarse en decir: «Yo estuve en Axum.» En ésta se cifra en decir: «Yo estuve detenido por los alemanes.» Lo admirable es que los que estuvieron detenidos por los alemanes respetan a los que estuvieron en Axum y dejan que siga en pie su monumento triunfal.

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

YO HE SIDO BUSCADOR DE ORO

Por Ignacio RIVED

II

Al fin estuvo preparada la expedición. Y una buena mañana, «rayando apenas el día», embocamos la carretera Duarte, que, pasando por Las Vegas y Moca, atraviesa la isla de costa a costa. La carretera Duarte es la carretera general—era, al menos entonces, la única carretera general—de Santo Domingo, sobre un trazado que, por ser el más sencillo desde un punto de vista orográfico, sigue, casi como un calco, la ruta que siguió Colón con sus caballeros al atravesar la isla por primera vez.

Ibamos en el coche, un viejo «foritre» de los que se alquilaban para estos recorridos, un montón de cajas y aparatos, los dos ingenieros (uno de ellos el doctor L., cabeza de la expedición), yo, que, como ya os he dicho, tenía asignado el puesto de «ayudante y secretario para todo», el chófer y la esposa del doctor L., una especie de amazona con gafas, de cuyas angulosas facciones podían esperarse muchas cosas, menos que hubiesen sido atractivas nunca. Su enjuta y envarillada humanidad contrastaba notablemente con la adiposa exuberancia del doctor, que rebosaba ahora entre la caja del taquímetro y un gran rollo de sacos de esparto. Los dos eran de origen holandés, y más adelante ya irán apareciendo detalles curiosos de estos personajes.

Pronto quedaron atrás los últimos hotelitos suburbanos de Ciudad Trujillo. Una palma real, oscilando su penacho de hojas sobre el esbelto tronco, nos dio la despedida, y delante del motor del coche se proyectó la primera recta larguísima, asfaltada, de la carretera Duarte.

Apenas un par de kilómetros más allá, la civilización cedió ya su puesto a la Naturaleza. Un paisaje abrumador en su exuberancia nos envolvía por todas partes; la maraña tropical llegaba hasta la linde misma del asfalto, con su entresijo de lianas y troncos recubiertos de trepadoras, que en muchos casos impedían pasar la luz del sol, no muy alto todavía sobre el horizonte.

LA SELVA DEL CHOCOLATE

Durante varias horas continuamos rodando entre la maraña, interceptada de cuando en cuando por enormes plantaciones de cacao o de caña de azúcar. Inmensos campos de «meriendas sin manufacturar» se extendían a derecha e izquierda de la carretera. Mantener sus lindes claras y definidas es uno de los más agotadores trabajos del plantador. Con todo cuidado cortan los hombres las estacas, las igualan bien con el machete y las unen por medio de alambre para señalar el límite de su propiedad. En unas pocas semanas, la estaca ha echado brotes y raíces, y antes de un mes ha vuelto a convertirse en un arbusto que se confunde con toda la vegetación que le rodea.

Entre las cañas crece de cuando en cuando algún plátano, con sus grandes hojas cortadas que se inclinan a tierra bajo el peso de los racimos. Aunque aquí decir «plátano» no significa nada, pues los hay de varias clases diferentes, y cada uno tiene su nombre y su empleo determinado: está el «guineo», que es plátano comestible en crudo; el «plátano macho», que los dominicanos comen frito o guisado solamente...

De cuando en cuando el laberinto verde se interrumpía para mostrarnos un calvero en el que hay un grupo de casitas de barro techadas con

DE LA CIVILIZACION A LA SELVA POR LA RUTA DE COLON

LA REGION DEL CACAO, EL AZUCAR Y EL CAFE

La tierra es tan fértil que durante la época de las lluvias el arroz germina solo en los barrizales

AHORA EMPIEZA LO BUENO

«cana» (la hoja de palma seca). A la puerta, una mujer de amplitudes tan exuberantes como la misma naturaleza que la rodea, amasa unas tortas o da de mamar a un niño, mientras otros siete u ocho corretean en torno, jugando con los puercos y las gallinas. Otras veces se ve avanzar por un sendero un borriquillo que casi desaparece bajo el bulto de las enormes alforjas, arreado por una «morenita» (aquí está muy mal visto decir negra), que lo conduce hacia el villorrio próximo para vender su carga.

UN ALMUERZO DE SANCOCHO

Poco después de mediodía llegamos nosotros a La Vega, capital de toda esta región del cacao, el azúcar y el café.

El doctor L. dejó de roncar sobre la caja del taquímetro y se apresuró a buscar un sitio donde pudiésemos comer algo. Nuestro chófer nos condujo al hotel. El «hotel», en esta ciudad de plantadores, era sencillamente una casa como las demás, con unas cuantas mesas en el vestíbulo de la planta baja y unas cuantas habitaciones en la parte alta, con camas para alquilar a los forasteros. Fuimos a pie hasta él para desentumecer las piernas, seguidos de una turba de chiquillos que miraban con cierta extrañeza el salacot del doctor L.

—¡Denos «cheles», doctor!

Se me olvidaba decirnos que allí todo el que tiene algún título universitario y gasta «saco» (es decir, americana) se convierte inmediatamente en «doctor». Y un doctor, para la gente menuda, es un hombre que debe dar «cheles». Al cruzar la plaza nos cruzamos con algún jinete: el sombrero de ala ancha, la silla bien recamada y los dos «cachorrillos» (o revólveres) al cinto. Excepto por



Sobre un pedestal simbólico, con la figura en bronce de la india Anacaona en actitud de ofrenda, se levanta la estatua de Cristóbal Colón. Al fondo, la fachada principal de la Universidad de Ciudad Trujillo

el color moreno de la tez y el gran bigote negro que le cubría el labio superior, recordaba con bastante exactitud a los vaqueros de los «Western» americanos.

Al hotel llegamos demasiado tarde para un almuerzo «decente»; pero el dueño, deshaciéndose en excusas y amabilidades, nos preparó inmediatamente uno improvisado: sopa de yuca y huevos fritos con sancocho. El sancocho es un cocido de arroz blanco y habichuelas negras, que no falta nunca como acompañamiento del plato principal en ninguna mesa dominicana. En cierto modo sustituye al pan, que aquí se hace con harina de arroz y que apenas si tiene más densidad que un buñuelo de corteza crujiente, relleno de aire.

Como postre, unas rajitas de mamey, que es un fruto tropical muy pulposo, con sabor intermedio entre la calabaza y la mantequilla. El doctor L. añadió por su cuenta, de un paquete bien gra-siento que sacó de una cesta, unos cuantos trozos de cochinito asado. El cochinito asado y las «pi-dras» (quiero decir, la Geología) eran las dos debilidades del doctor. ¡Ah! Y su pipa, que sólo Dios sabe con qué cargaba.

Tomamos un café rápidamente, ese exquisito café dominicano, capaz de resucitar a un muerto, y después de acoplarnos nuevamente entre las cajas, los aparatos y los sacos, seguimos ruta hacia Santiago de los Caballeros, que era el término de nuestra primera etapa «motorizada».

LA LEYENDA DEL SANTO CERRO

Poco más allá de La Vega, sobre una loma a la izquierda de la carretera, queda el Santuario del Santo Cerro.

El Santuario es una pequeña construcción blanca, de tipo colonial, resaltando sobre el océano de verdor que le rodea por todas partes, y está erigido en el mismo sitio donde el Almirante y su pequeña partida de soldados sufrió un asedio de los indios, y estuvo a punto de sucumbir ante la superioridad numérica de éstos. Pero en el momento en que todo parecía ya perdido para los españoles ocurrió, según cuenta la leyenda, un hecho insólito: Colón había hecho plantar una cruz en la cúspide de la colina, y desde allí se defendía con sus últimos hombres. Los indios consiguieron por fin prender fuego a la cruz con sus flechas encendidas... Pero entonces se apareció de pronto entre las llamas la figura de la Virgen. Los indios, atemorizados ante la visión, cayeron de hinojos o se dispersaron, dejando a Colón y a los españoles dueños del campo. En agradecimiento levantaron más tarde, en el mismo sitio donde había estado la cruz, una hermosa capilla a la Virgen de las Mercedes, que, restaurada y engrandecida en ocasiones posteriores, es la que vemos hoy desde la carretera.

Detenemos el coche un momento para subir hasta la loma. El panorama que se divisa desde el porche de la capilla es espléndido. Toda la pol-cronía de la Vega Real, la región más fértil de la isla, se extiende a sus pies. Los dominicanos, en el día de la Virgen de las Mercedes, que por tradición hereditaria ha venido a convertirse en Patrona de la isla, vienen en peregrinación, ya sea en coche, en cabalgadura o a pie, desde los confines más remotos, para subir al Santo Cerro y rezar ante la imagen que hay en el altar.

LLEGADA A SANTIAGO

Las luces del crepúsculo nos sorprenden entrando en Santiago, a 175 kilómetros de Ciudad Trujillo, nuestro punto de partida. Hemos atravesado casi la isla.

El sol pone rebordes de plata casi hiriente a las nubes rojo sangre, que pronto pasan al car-min y luego al violeta, en la brusquedad del oca-so tropical. Es ya casi noche cuando embocamos las primeras calles de la ciudad.

Santiago de los Caballeros es la segunda capital importante de la isla. Situada en una altiplanicie, en la linde misma del macizo montañoso y semisalvaje del Cibao, su aspecto es aún mucho más colonial, si cabe, que el de Ciudad Trujillo. La ciudad entera se agrupa en torno al corazón de su plaza principal, con jardines y bancos en los que los santiagueros van a matar todas las noches un par de horas después de la cena. Es ya un rito ineludible, tradicional. Las personas mayores se sientan en los bancos, y los jóvenes pasean, dando vueltas a la plaza. Como en cualquier capital española de provincia... La única diferencia es que aquí los vendedores de refrescos

y de «manises» son un poco más morenos. En el centro se alza el quiosco donde toca la música los días de fiesta. Y a la izquierda, la mole de la catedral alza su sombra protectora.

Bajamos del coche, ¡por fin! Yo, personalmente, no sé ya si mis piernas son mías o me las ha prestado un pelele de algodón. Cenamos rápidamente y todo el mundo se va temprano a la cama, porque mañana hay que madrugar.

Completaremos algunas compras que nos faltan y saldremos hacia las montañas, que es donde empieza la verdadera aventura.

AHORA EMPIEZA LO BUENO

La región del Cibao, limítrofe con la frontera de la vecina República de Haití, era por aquellos años de 1940 y 1941 una región todavía medio salvaje, de la que ni siquiera existía un replanteamiento topográfico. Región misteriosa y llena de leyendas, en la que, si me permitis la frase, «la mano del hombre blanco apenas había puesto jamás el pie».

La misma proximidad de los haitianos, a los que la gente de la frontera teme más que a un ciclón, había hecho dejar a estas montañas un poco olvidadas, a pesar de su riqueza. Solamente algunos americanos vivían por allá arriba, lavando el oro necesario para comprar las suficientes botellas de ron que les pedía su sed, o dedicados al comercio de venderles éstas y otras menudencias a los nativos.

Los únicos caminos que existían por entonces en el macizo del Cibao eran los de herradura, y esto, si no se dejaba de transitar a menudo por ellos. Porque si no rápidamente volvía a borrarlos el crecimiento de la selva.

Por allí, en busca de lo que la tierra quisiese ofrecernos, íbamos a adentrarnos durante... no sabíamos aun cuánto tiempo. La excitación de la aventura creo que contribuyó más a no dejarme dormir aquella noche que el mosquito imprudente que había conseguido colarse por entre las mallas del mosquitero de mi cama en el cuarto del hotel.

El doctor, al que había oído roncar perfectamente en cambio al otro lado del tabique, comenzó a tocar diana a las ocho.

A las once más o menos yo tenía ya las piernas embutidas dentro de unas magníficas botas camperas que acababa de comprar, y con el coche aún más abarrotado de paquetes y cachivaches dejábamos atrás Santiago y el asfalto, y por una carretera secundaria, llena de baches y salpicada de cuando en cuando por islotes de hierba y arbustos, tomábamos dirección Oeste (como en las buenas películas de aventuras).

Menos mal que nuestro viejo «critre» poseía, combinadas, las virtudes de una cabra y las de un «jeep». Dando tumbos y saltando como condenados recorrimos los cincuenta y pico kilómetros de polvo que nos separaban de Valverde (o Mao, que es su antiguo nombre indio, y como, en general, le sigue llamando casi todo el mundo en la región).

De allí ya no podía pasar nuestro coche. Descargamos el equipaje en la fonda de mister Kulkens (un gran tipo que también va a aparecer más de una vez en este relato), dejamos a su cargo a la señora del doctor, puesto que aquél había de ser de allí en adelante nuestro centro general de operaciones, y, siguiendo un proceso inverso al de los ejércitos modernos, cambiamos nuestra tracción a motor por la de herradura.

No olvidaré nunca aquella nuestra primera etapa hasta Monción, ya en pleno corazón de las montañas. El «trailer» de la película se había hecho realidad, y allí estábamos nosotros ahora cabalgando hacia el crepúsculo, con la maraña tropical, alta como un edificio de varios pisos, rodeándonos por todas partes.

La línea del telégrafo se extendía, sin embargo, unos cuantos kilómetros más, hasta la próxima aldea, siguiendo el borde del camino, y lo primero que resultaba desconcertante era ver cómo las orquídeas, de una variedad muy vistosa, a la que los nativos llaman «piña», crecían adheridas a los postes, arrancándole a la madera, aparentemente seca, hasta su última gota de savia.

—¡Qué buen negocio sería poder cultivarlas así en nuestras ciudades! ¿Verdad?—le dije al doctor. Pero él iba demasiado abstraído en sus pensamientos geológicos y en su pipa para hacer caso de tales nimiedades vegetales.

Al anochecer, después de subir y bajar muchas

lomas, en las que a veces, a causa de la altura, los helechos arborescentes y los pinos apuntaban tímidamente entre la vegetación típicamente tropical, entramos en una gran olla natural, rodeada de montañas, y avistamos en su fondo un puñado de casitas con techo de hoja de palma. Era Monción.

Al acercarnos salieron, ladrando al paso de nuestras cabalgaduras, algunos perros; luego, un par de nativos enjutos, de pómulos prominentes y mirada escurridiza, y por fin un viejo de barbita blanca, tocado con ancho sombrero de paja, que se plantó en medio de la carretera y se nos quedó mirando sin decir una palabra hasta que hablamos nosotros. Era una de sus cualidades más características, según pudimos apreciar con el tiempo.

LA PRIMERA SALIDA

Habíamos contratado un guía, que subió al día siguiente de Mao con nuevos caballos, porque los que nos habían traído a nosotros había que devolverlos a mister Kulkeens. Nuestro hombre era un mestizo de indio y blanco, alto y enjuto, con unos grandes omoplatos que casi le hacían terminar en punta los hombros. Caminaba siempre un poco encorvado sobre sus piernas arqueadas de jinete, y se tocaba con un descolorido sombrero de paja, que Dios sabe de dónde había sacado. Se llamaba Milo y era lo que se llama un «baquiano» de la región, es decir, un experto conocedor de todas las trochas, vados y senderos.

Dispusimos hacer un primer reconocimiento por la cuenca del río Magua, que corta esta zona en dos vertientes importantes, llenas de arroyos y arroyuelos con grandes posibilidades auríferas.

Cargamos un animal con picos, mandarrias y saquitos para recoger muestras de tierra, dispusimos provisiones para un día en las alforjas y la caravana se puso en marcha en fila india, valle abajo. Milo antes había estado inspeccionando cuidadosamente cada cincha y cada atadura. Desde el primer momento me di cuenta de la eficiencia de aquel hombre silencioso bajo su sombrero ridículo.

El, en cambio, me miraba a mí un poco como el «señorito» de ciudad, poco apto para las andanzas que nos esperaban. Yo estaba todavía un poco débil y pálido por las fiebres que acababa de pasar en Ciudad Trujillo.

En el reparto de cabalgaduras me había tocado en suerte una yegua espléndida, de músculos nerviosos y mirada viva.

—Cuidado con este animal—me dijo Milo al montarla, y había en su voz un cierto dejo de ironía.

Embocamos el sendero. Yo iba el último de la hilera, y a pesar de la aparente viveza de mi montura vi que retardaba el paso y nos íbamos quedando detrás. Mi padre me había enseñado a montar desde pequeño; la retuve ligeramente las riendas y la toqué con las talones, apenas un leve roce, en los ijares. Un lenguaje que entiendo perfectamente cualquier caballo educado. Pero aquella potra, por lo visto, hablaba el dialecto vernáculo; de la primera indicación no hizo maldito el caso, y a la segunda pasó súbitamente de la marcha al «ralenti» que llevábamos, a un enrevesado trote de través que acabó en una serie de saltos y corcovetas peligrosos. Pasamos rozando la montura de la carga por un sendero de apenas medio metro, entre grandes gritos de Milo, y en vista de que no podía desmontarme, el animal se puso en dos patas y acabó dejándose caer de costado...

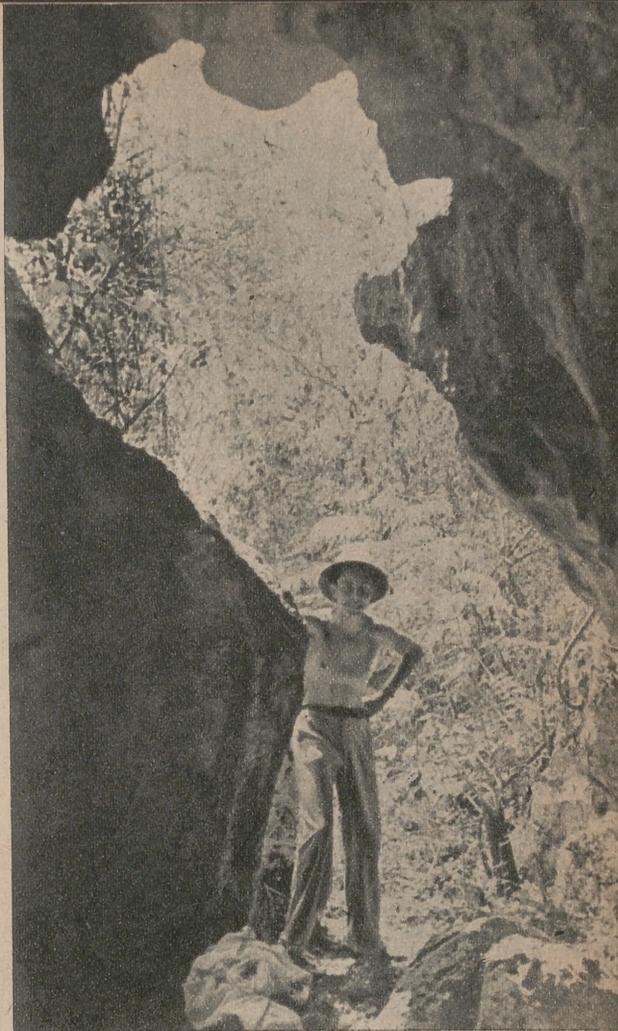
Entre gran revuelo y ramas rotas estuvimos nuevamente de pie a los pocos segundos (uno tenía por entonces los huesos jóvenes). Milo sonreía a mi lado.

—¿Quiere que cambiemos y usted coge mi muhilla? Esa no «hala» tanto...

«Halar», en la jerga del país, significa «tirar», y Milo, aunque como buen «cibaño», era un jinete consumado, prefería, no se sabe si por costumbre o por cariño, andar siempre por la montaña en aquel animal paticorto y resistente que no tropezaba jamás. Mi yegua, sostenida por Milo de la rienda, pisaba con los ojos un poco desorbitados.

—¡De ninguna manera, Milo! Ya acabaremos acostumbrándonos el uno al otro.

Y de un salto me puse de nuevo en la silla. Sé que a Milo le agradó mi obstinación, aunque no me lo dijo nunca. Había sido una primera salida un tanto ridícula, pero antes de muchos



Entrada de la gruta de Santa Ana, donde mora el fantasma del indio Hatney. Rived se aventura por ella con más precauciones que ropa

días mi yegua «Anacaña» y yo íbamos a acabar siendo un solo ser, y Milo iría cambiando su expresión burlona de los primeros instantes por el cariño y la devoción casi perruna que llegó a tenerme y que me demostró en muchas ocasiones.

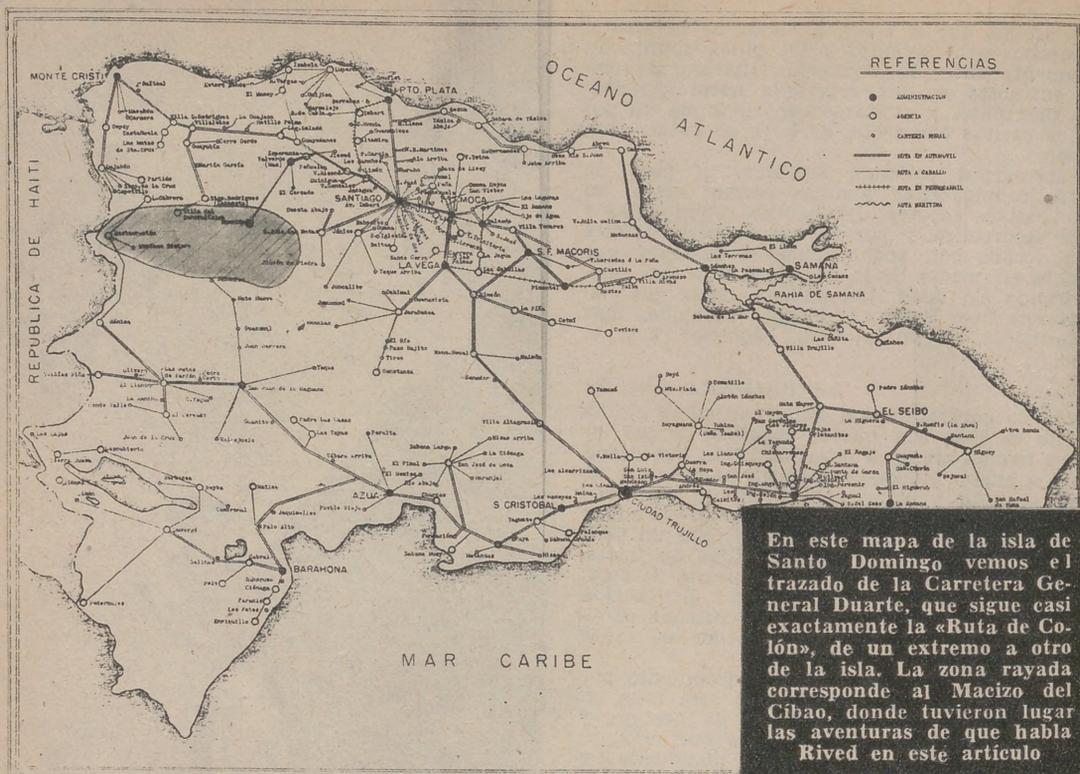
LOS SEÑORES DE LA SELVA

Valle abajo, la maraña nos rodeaba por todas partes, y en muchos lugares era necesario bajar de la silla y cortar la maleza a machete para poder continuar. El calor era muy grande y pesaba sobre los hombros, bajo el reborde del salacot como una losa de plomo fundido. El bosque en torno, a pesar de su exuberancia vegetal, estaba casi desprovisto de vida animada. Los únicos bichos que se encuentra uno en esta región son las serpientes y los insectos. Estos sí que son los señores de la selva: escorpiones, arañas, hormigas, mosquitos de todas las clases y tamaños... Hay que conocerlos bien si no se quiere uno llevar sustos en balde. El «mayer», por ejemplo, es un mosquito de gran tamaño y aparato; hace saltar incluso una gota de sangre al clavar el aguijón. Pero su picadura, aunque dolorosa, es inofensiva completamente.

En cambio, el anofele constituye aquí el verdaderamente azote. Hay que guardarse de su picadura todo lo posible, porque el paludismo en estas tierras tiene consecuencias muy desastrosas para el extranjero. El indio lo lleva ya en la sangre en estado latente y no le produce más efecto que el ir depauperando cada vez más la raza. Pero en el blanco adquiere una virulencia tan peligrosa, que muchas veces llega a ser mortal si no se coge a tiempo. Nosotros, en nuestro equipaje, traíamos una buena provisión de quinina como preventivo.

Aparte de los insectos, algunos pájaros mosca, alguna garza desplegando su vistoso plumaje junto a la margen de un curso de agua... Y lo demás, quietud, silencio y sol.

La cuenca del río Mao, que es el curso principal de esta región, tiene multitud de afluentes.



Guiados por las deducciones geológicas del doctor y por la práctica de Milo, que también había estado lavando oro en otros tiempos, fuimos tomando muestras de los diversos meandros que encontrábamos en nuestra marcha, y que es donde con más facilidad se depositan las arenas auríferas de arrastre.

—Aquí—dijo Milo señalando una loma—se encontraron en una ocasión pepitas más grandes que puños; pero esta «zafra» («zafra» es el nombre que da el nativo a los placeres auríferos) está ya agotada. Quisieron *desmontarla* tan de prisa que no se preocupaban de cómo iban haciendo los socavones..., y un par de veces hubo derrumbamientos que costaron vidas. Uno de ellos, mi hermano...

Lo dice sin que se le altere ni una sola inflexión de la voz. Para el estoicismo impenetrable de esta raza, el vivir o el morir son cosas de poca importancia.

Investigamos otras terrazas. El oro se presenta de varias maneras: la más elemental y la más productiva para el que lo descubre, es, desde luego, el filón, generalmente en cuarzo. Pero no todos los días tiene uno la suerte de descubrir un filón en bruto. Luego está lo que se llama «oro de arrastre». En cataclismos geológicos del período terciario, algunos de estos filones fueron rotos y los grandes ríos arrastraron lejos sus materiales de deshecho. Por esto los mejores terrenos auríferos son las terrazas aluviales, formadas por la sedimentación de los cauces antiguos. Cuando uno de estos depósitos de arrastre es muy concentrado, constituye lo que se llama una «zafra» o «placer».

A su busca vamos por toda esta orografía laberíntica, enredada de vegetación, y cubierta de charcas pantanosas entre las que bulle el anofele.

El doctor se basa en la geología y en sus deducciones. Pero Milo confía mucho más en su propio instinto de viejo lavador.

Al anochecer volvemos a Monción con las alforjas llenas de saquitos con muestras diferentes, que analizaremos después por el procedimiento del mercurio para ver si hay alguna que valga la pena.

LA MINA FANTASMA

Así transcurren varios días, que pronto suman un par de semanas. Hemos pateado casi toda la región que se extiende entre Guayajayuco y San José de las Matas, sin encontrar ninguna «zafra» decente. Oro sí hay, pero el porcentaje que arrojan las muestras es tan pequeño, que no vale la pena tenerlo en cuenta.

Al paso vamos haciendo un replanteamiento to-

pográfico elemental del terreno que investigamos. Un replanteamiento tan «a bulto», que a veces tomamos alineaciones de más de medio kilómetro, de monte a monte. Otras veces la maraña vegetal impide una visión tan larga y a la fuerza tenemos que ser más precisos, o bien cerramos el polígono a puro *ojometro*...

Delante de mí mientras escribo estos recuerdos, tengo el resultado, y sonrío mirándolo, porque su aspecto me recuerda el de aquellos primeros mapas que levantaron los conquistadores.

Aparte de su inexactitud, hay ya muchos detalles borrados y rotos por los pliegues, y tiene los bordes manchados de sudor de caballo... Pero a nosotros entonces nos servía para «andar por casa». Y a pesar de los muchos años transcurridos, desplegado como está ahora sobre mi mesa de escribir, aun tiene para mí un grato «olor a selva»...

Como os decía, al mismo tiempo que continuábamos nuestra búsqueda, íbamos levantando este plano infantil y recogiendo muestras de otros minerales que encontrábamos. Supimos así, por ejemplo, que en el lecho de muchos arroyos había muestras de rubies, diamantes y esmeraldas, demasiado pequeñas e imperfectas para venderlas en joyería, pero perfectamente válidas para utilizarlas en la industria relojera. También encontramos hierro y manganeso, que seguramente hoy día están ya en explotación por el Gobierno.

Y en aquellos días precisamente, por rumores oídos aquí y allá, nos llegó una curiosa noticia, que dió lugar a una no menos curiosa tomadura de pelo, de la que fuimos nosotros los protagonistas.

Moncito, el viejo de barba blanca en cuya casa parábamos cuando hacíamos noche en Monción, había sido también minero en sus tiempos. El y otros dos compadres descubrieron, por lo visto, un yacimiento de cobre nativo y lo estuvieron explotando mucho tiempo. Pero aun debía quedar allí mucho mineral. Sólo había un problema, encontrarlo; ya que nadie sabía exactamente dónde estaba, porque los tres compadres tuvieron buen cuidado de mantener el secreto. No querían que nadie fuese a mermarles las ganancias. De los tres, además—de esto había pasado ya mucho tiempo—, sólo quedaba vivo Moncito, arrugado y viejo como una pasa.

Intentamos sondearle una noche. Empeño inútil: el hombre, sin decir que sí ni que no, se escurría con evasivas. Que esto fué en su juventud y no se acordaba ya bien, que el bosque habría borrado los senderos...

—Pero, al menos, ¿por qué parte cae?—preguntó el doctor sin poderse contener, dando un pufetazo en la mesa.

Después de muchos circunloquios y rodeos, le

arrancamos que «allá por las lomas de Jimagua». Las lomas de Jimagua abarcaban muchos kilómetros cuadrados, cubiertos de espesa maraña. Era tan impreciso como buscar una aguja en un pajar. Aparte de que nos interesaba encontrarlo, la cosa llegó a convertirse en cuestión de amor propio para nosotros. Volvimos a la carga varios días. Pero Moncito era tan obstinado como una mula.

El doctor, furioso, llegó a recurrir a las amenazas. Luego a las recompensas. Se le ofreció una buena prima por llevarnos hasta allí, y una parte luego en la explotación. Moncito entornó los ojos un instante y dijo que bueno, que iría como guía, aunque no estaba muy seguro de poder encontrar el camino fácilmente... Pero exigió la paga por adelantado.

El doctor se puso tan contento que a poco es él el que no puede salir al día siguiente, de tanto como bebió aquella noche.

La salida del sol nos sorprendió ya cabalgando por las lomas, para disponer así de una jornada más larga. En cabeza, delante de los caballos, iba Moncito, a pie y descalzo, trepando y bajando lomas con una rapidez de marcha que nadie hubiese podido suponer en un viejo. Moncito era blanco de raza, pero los muchos años de vivir con los indios, le habían hecho adoptar las mismas costumbres de éstos, que no usan nunca zapatos y tienen las plantas de los pies tan endurecidas como lantitas de caucho.

—Bueno, vamos a ver dónde nos lleva el viejo... —le dije a Milo, que marchaba a mi lado. Nos habíamos hecho grandes amigos y muchas veces sosteníamos largas conversaciones. Pero esta vez Milo se limitó a mover la cabeza, con aire de duda.

Vuelta a subir, vuelta a bajar. A mediodía apenas si nos detuvimos un instante para tomar un bocado... Aquel vejete sarmentoso era tan resistente como si estuviese hecho de alambre.

—No lo encuentro, debo haberme extraviado... —se limitaba a responder cada vez que le hacíamos alguna pregunta.

En una ocasión nos hizo meternos por un río en que a poco si acabamos de mala manera. El cruzó con su pasito de cabra por encima de las piedras de un vado que sin duda conocía. Pero al tratar de seguirle, los caballos se nos hundieron hasta la panza y en un tris estuvo que no nos arrastrase la corriente.

Sin embargo, la famosa mina fantasma no aparecía por ninguna parte.

Estaba ya cayendo el sol, cuando Milo exclamó de pronto:

—¡Pero Monchito! ¡Qué estamos casi frente al arroyo Jicomé!

El arroyo Jicomé es un tributario del Mao, que va a desembocar en éste muy cerca de Monción, nuestro punto de partida. El viejo zorro nos había estado haciendo dar vueltas a través de la selva, para volver al mismo sitio después de toda una jornada de marcha.

No cabía más que matarle o dejarle. Y después de un rato de furia, optamos por lo primero.

Estábamos un poco descorazonados. Llevábamos casi dos meses recorriendo aquellos montes y hasta entonces no habíamos obtenido ningún resultado que pudiésemos llamar positivo. De cuando en cuando bajábamos a Mao, para renovar provisiones europeas» en la tienda de mister Robert Kulkeens, o que para que el doctor se pasase una velada entera discutiendo de fosiles y terrenos silurianos con su señora. Los relatos de mister Kulkeens y otras gentes del poblado, a propósito de antiguos y prodigiosos hallazgos, aun nos ponían de peor humor, de modo que decidimos distanciar estas visitas lo más posible.

Yo ya estaba también hecho un verdadero «baquiano», y como lo que no mata engorda, el sol, las picaduras de los mosquitos, las noches pasadas en hamaca y los días casi enteros sin bajarse de la silla, habían acabado de reponerme y estaba fuerte y curtido como un toro.

Decidimos dividirnos en tres grupos; cada uno de nosotros, con un equipo de seis o siete peones nativos, se asignaba una zona para continuar ensayando sitios. Estábamos casi a principios de enero, y nos quedaban tres meses escasos hasta la estación de las lluvias. Si no aprovechábamos bien este tiempo, luego sería una mala época para los trabajos.

Sobre nuestro plano rudimentario dividimos la cuenca alta del Mao en tres zonas: Norte, Sur y Oeste. A mí me correspondió la Sur. Milo venía conmigo.

Durante el día trabajábamos de firme, probando tierras de distintos meandros y lavándolas allí mismo, por el primitivo procedimiento de la «batea», que es el que utilizan los indios. La «batea» es una especie de sartén sin mango, o palangana de poco fondo, hecha con madera dura. En ella, juto al mismo cauce del río, se echa la tierra que se quiere lavar, y el agua, y se le imprime un movimiento acompañado de rotación con las dos manos. La fuerza centrífuga del agua arrastra fuera la arena, que es menos densa, y va dejando en el fondo las pepitas de oro..., si es que las hay.

Por la noche hacíamos campamento donde nos cogía, tendíamos las hamacas entre dos árboles y después de un rato de charla junto a la hoguera, nos quedábamos dormidos como troncos.

Un día llegamos a un sitio donde el arroyo Magua traza un lazo casi cerrado en torno a una loma. Los peones picaron un trozo de desmonte y comenzamos a lavar...

¡Dios del cielo! Aquellas chispas que brillaban con tal intensidad en el fondo de la «batea», cuando ésta comenzó a quedarse vacía..., ¿serían realmente?

Vi que Milo me sonreía desde el fondo de sus pómulos. Sí jera oro! Arenas gruesas o «aradorcitos», como las llaman los nativos. Lo menos había allí cuatro o cinco dólares. La segunda «batea» que lavamos dió un resultado semejante. Y la tercera..., y la cuarta.

No pude contenerme. Lancé un «¡Viva!» estentóreo que resonó en la calma del mediodía y a punto estaba ya de montar a caballo para ir en un galope hasta Monción a avisar al doctor, cuando Milo me retuvo las riendas.

—Deje, amo Ignacio... Ya irá uno de los hombres. Usted debe quedarse aquí con el equipo.

Tenía razón. Escribí sobre una hoja de «copey», que es una hoja carnosa, difícil de quebrar aun cuando se seca, y en la que se puede grabar fácilmente con un clavo o una navajilla estas palabras:

«Oro 9-1-1940». Y un hombre, con ella en la mano, comenzó a subir sin prisa la ladera, hasta perderse tras la maraña, camino de Monción.

Milo sacó su tabaquera y se sentó tranquilamente sobre el desmonte a liar un pitillo de «andullo».

(Fotografías del autor.)

La semana próxima:

«La vida en la selva» (III y última parte).



Puesta de sol sobre la desembocadura del río Haina. La belleza inigualable del crepúsculo en los trópicos queda compensada por su brevedad

LOS TREINTA AÑOS DE NEGOCIO TAURINO DE JUANITO CORTES

CUALQUIER TIEMPO PASADO «NO FUE MEJOR»
PARA EL AUTOR DE «EL TOREO POR DENTRO»

Se intenta corregir el abuso con una campana de escándalo

JUAN Cortés Salido es un veterano profesional de la Prensa. Casi cincuenta años de periodista le valieron un tesoro de recuerdos, volcados en su reciente libro. «Memorias casi de memoria». Allí, para no rebasar las 300 páginas, quedaron sólo anécdotas y hechos referidos a la vida de la ciudad y a la actuación personal de Juanito — así lo pone en sus camisas y así le llama todo el mundo en Málaga, hasta quienes pudieran ser sus nietos—; pero al tiempo que periodista, y durante treinta años, Juanito Cortés fué empresa, en sociedad, de la plaza de toros de Málaga. Toda una gran época del toreo pasó por las manos de Juan Cortés. No vista desde fuera, sino contemplada desde los entretabladores de la Fiesta. Cuando en torno de la misma se enzarzaron polémicas y discusiones, Juanito, que sabe mucho del toreo y de los diestros de ayer y de hoy, hace acto de presencia para recoger en un libro sus experiencias taurinas y decimos con toda su autoridad cómo, contra lo que muchos se piensan, cualquier tiempo pasado «no fué mejor». «El toreo por dentro» se llama este libro de Juan Cortés Salido. Aprovechando su estancia en Madrid le entrevistamos en su hotel dos periodistas. Uno, Antonio García Ramos, crítico de toros de Radio Nacional de España. Otro, Julio Trenas, que llevó la sección «Escuela de Tauromaquia» durante la primera época de EL ESPAÑOL. Juanito es periodista y no teme a las preguntas. Ni siquiera se asombra cuando García Ramos le dispara:

GARCIA RAMOS.—¿Tú crees que entiendes de toros?

CORTES.—Me lo han dicho tantas personas que me lo he creído.

GARCIA RAMOS.—Entonces sabrías decirme ¿qué es torear?

CORTES.—Eso no hay quien lo defina. Antes de Belmonte teníamos un concepto que hubimos de rectificar. Luego, Cagancho y Curro Puya lo hicieron, en cierto modo, mejor. Después, Manolete toreó más cerca y más quieto que los demás. Por último, Litri vino a torear desde lejos y emocionó como nadie.

TRENAS.—Los empresarios de tu tiempo ¿ejercían el derecho de veto?

CORTES.—El veto lo hubo siempre. Aunque de un modo discreto, habilidoso. Como eran antes todas las cosas. Hoy se peca

de claridad. Antes, cuando los toreros vetaban no empleaban el «yo no toreo con fulano», sino el «me gustaría que en el cartel fuese también meganon».

TRENAS.—¿Has sido víctima de algún veto?

CORTES.—Víctima siempre es el empresario. Ya lo sufrí en mi primera actuación como tal, cuando la despedida de Bombita en Málaga. El cartel ideal hubiera sido Bombita, Machaquito y Paco Madrid. Pero Ricardo impuso a su hermano Manolo en lugar del de Córdoba. Y hubo que admitirlo. Las competencias y vetos se dieron siempre. Un torero, Gaona, llegó a protestar públicamente de que Joselito y Belmonte le vetaban.

GARCIA RAMOS.—¿Qué opinas del despuntado?

CORTES.—Que es intolerable, pero lo ha sido más la manera como se ha intentado corregir el abuso. O sea, con una campaña de escándalo.

GARCIA RAMOS.—¿Tú crees que antes de 1940 se «afeitaba» a los atados?

CORTES.—No lo sé. Tengo entendido que se «arreglaban».

TRENAS.—¿Cuánto dinero has ganado en los toros y a qué torero has pagado más?

CORTES.—He ganado mucho dinero. No puedo decir cuánto. Pero me queda muy poco.

TRENAS.—¿Habrás ganado tanto como tenía Litri al retirarse?

CORTES.—¡Ni mucho menos! Además, me he casado tres veces, he tenido hijos. Al torero que más le pagué fué a Arruza el año cuarenta y seis. Por dos corridas le di más de cuarenta mil duros. A Manolete, la última vez que le pagué yo, el cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco, fueron ciento sesenta mil pesetas por dos corridas.

GARCIA RAMOS.—A lo del despuntado me has contestado habilidosamente. No es lo mismo «arreglar» a algunos toros, quitándoles volumen, pero formándoles de nuevo pitón, que «afeitarlos», es decir, cortarles casi toda la punta, dejando roma a ésta. ¿Se lidia ahora el toro con la misma edad que hace medio siglo?

CORTES.—Esa es una pregunta de todos los tiempos. Guerri-



«El veto lo hubo siempre. Aunque de un modo discreto, habilidoso. Como eran antes todas las cosas»

ta ya toreaba cuatrefeños como cualquier figura del toreo de ahora.

GARCIA RAMOS.—¿Pero tú crees que hoy salen a los ruedos muchos toros con cuatro años?

CORTES.—En Bilbao, Madrid, Málaga y otras plazas, sí.

TRENAS.—¿A quién le va a molestar más—o le ha molestado ya— tu libro? ¿A quién, por el contrario, le ha gustado más?

CORTES.—Creo que molestarle, no le debe molestar a nadie. Yo me he preocupado en mi vida periodística —y mi libro es un periódico— de decir las cosas más desagradables con un poco de cabello de ángel, para que si la digestión es difícil, por lo menos al tragárselas el sabor no sea malo. Hasta ahora todos me lo han elogiado. Acaso porque a quien le pareció mal no le resultó correcto decirme así.

GARCIA RAMOS.—¿Crees que la suerte de picar se practica ahora con arreglo al buen arte?

CORTES.—En mi libro reproduzco un artículo de don Pascual Millán escrito en 1907, y en él dice de los picadores lo mismo que hoy se escribe contra ellos.

GARCIA RAMOS.—Pero ¿existe la llamada «carioca»?

CORTES.—No. Pero he leído que en la época de Guerrita sus picadores le mataron varios toros; uno de ellos en Málaga, en el que el cornúpeto no necesitó ni puntilla.

GARCIA RAMOS.—A favor del peto, ¿no encuentran que tienen los picadores más facilidad para castigar con exceso e impune-mente?

CORTES.—Claro que sí.

GARCIA RAMOS.—¿Estimas conveniente que, en vez de la ineficaz arandela, se pusiese detrás de la puya una cruceta para im-



«Yo me he preocupado de decir las cosas más desagradables con un poco de cabello de ángel»



Juan Cortés, en diálogo con nuestros colaboradores

pedir que penetre parte de la garrocha en el morrillo de las reses?

CORTES.—Sería un gran acierto, pero sí sospecho que el picador, como ha ocurrido siempre, lo seguiría haciendo del modo que más conviniese al matador.

TRENAS.—¿De qué torero malagueño has sido más amigo?

CORTES.—De todos.

TRENAS.—¿Niño de la Palma?

CORTES.—Lo hice yo torero.

TRENAS.—Alguno de ellos, ¿hubiera llegado a figura cumbre del toreo?

CORTES.—Aparte de Niño de la Palma, que lo fué, Mantsquilla y Joseito de Málaga. Si hubieran aparecido en estos momentos, se hubiesen hecho millonarios en dos temporadas de novilleros. Cuando debutaron en Sevilla, Fuentes y Algabeño estaban admirados.

GARCIA RAMOS.—¿Qué opinas sobre un organismo que se crease en la Dirección General de Seguridad para ocuparse especialmente del espectáculo taurino?

CORTES.—Opino a favor de ese organismo, porque se podrían corregir muchas corruptelas, aunque no todas provienen de toreros, ganaderos, empresarios y apoderados.

GARCIA RAMOS.—De estos elementos, ¿quién abusa más?

CORTES.—Abusar, no lo sé. Pero el que tiene menor peligro en su conducta es el ganadero, que cobra antes de embarcar las reses, que si asiste a la corrida lo hace confundido entre los espectadores, y que cuando sus toros salen mansos, el público dirige sus protestas a la empresa.

TRENAS.—En «El toreo por dentro», ¿te has dejado algo en el tintero?

CORTES.—Me he dejado tantas cosas que, en vista del éxito, he pensado una segunda edición, en la que suprimiré la parte anecdótica, ampliando mucho la polémica. Una de las cosas que pienso llevar a él es lo ocurrido en el patio de caballos de la plaza de Madrid la víspera de la muerte de Gallito y el diálogo que mantuvieron el pobre José y Juan Belmonte.

TRENAS.—A propósito de polémicas. ¿eres amigo de Antonio Bienvenida?

CORTES.—Mucho. Y de toda la familia. Antonio es un torero que, si no lo hubieran castigado tanto los toros en los comienzos de su carrera y no se acordase, naturalmente, de sus heridas, sería figura cumbre y no protestaría de vetos... ¡ni aun si quiera de que los toros salgan afeitados!

GARCIA RAMOS.—En la actualidad, el porcentaje de toros bravos, ¿es mayor o menor?

CORTES.—Infinitamente mayor. Los toros antiguos eran mansurrones, y prue-

ba de ello es que la mayoría se defendían en tablas, y ahora apenas se entablaran.

GARCIA RAMOS.—Pero, ¿no acometían más?

CORTES.—Porque antes tenían más fuerza, ya que se les daba grano. Pero ahora los piensos están más caros.

TRENAS.—Dos preguntas en una: ¿Crees que Luis Miguel sea, como dice, «el número uno»? ¿Puede achacarse a algo que no fuese el toro la muerte de Manolete?

CORTES.—Luis Miguel es el torero más inteligente. Pero, precisamente por serlo, no es el más emocionante, y los públicos prefieren la emoción a la sabiduría. En cuanto a la segunda pregunta, creo que Manolete debió su muerte exclusivamente a la fatalidad. Fué una temporada agitada, de muchas corridas seguidas. Ningún torero torea a su final más de diez o doce corridas en una temporada.

GARCIA RAMOS.—Volviendo a lo de los piensos. Los toros cuestan, proporcionalmente, más hoy. Recuerdo que, cuando llegaron a venderse a 2.000 pesetas cada uno, don Eduardo Miura dijo que por ese dinero se les podía dar por la mañana un pienso con el mejor bizcocho que se fabricase en Sevilla. Otra pregunta con «simili-

quítruqui»: ¿Por qué se caen los toros?

CORTES.—En Málaga es donde presencio corridas, y allí se caen poquíssimos. Yo creo que se debe a la dureza del piso de los corrales.

GARCIA RAMOS.— ¡Bueno! ¡Bueno!

TRENAS.—¿De qué plaza, aparte de la de Málaga, te hubiera gustado ser empresario?

CORTES.— ¡Hombre! ¡Madrid siempre!

TRENAS.—¿Por qué?

CORTES.—Porque Madrid es la mejor plaza del mundo y en la que es más difícil perder; Madrid da a los empresarios un poder del que sólo ha hecho uso don Indalecio Mosquera y, según mis referencias, la empresa actual.

GARCIA RAMOS.— ¿Piensas volver a ser empresario?

CORTES.—No es fácil. Hoy en las corridas de toros se puede ganar mucho dinero, pero también se puede perder mucho, y, a mis años, una liquidación con fuerte saldo en contra me produciría un «shock» traumático.

TRENAS.—¿Cuál ha sido, a tu juicio, el empresario más inteligente?

CORTES.—Mosquera.

TRENAS.—¿Y Pagés?

CORTES.—Don Eduardo era fenómeno. Tenía rumbo e inteligencia natural. Nunca fué cicatero para toreros, ganaderos ni nadie. Llenó las plazas como ningún empresario. Fué muy amigo mío y me quiso traer a Madrid con él en 1926.

GARCIA RAMOS.—¿Crees que debe reformarse el Reglamento, poniéndolo al día?

CORTES.—Sí. Soy partidario de que se lleven a él cuantas medidas se estimen convenientes y oportunas para cortar algunos abusos modernos, pero sin campañas de Prensa escandalosas. «Por las buenas».

GARCIA RAMOS.—Hay que confiar en que la autoridad competente lo haga así en el próximo invierno.

Y la entrevista-colquio termina. Gamboa dispara alguna foto más, aparte de las que hizo durante la conversación. Garcia Ramos, con sonrisa fina, recrimina a Juanito porque, según él, le ha contestado «muy en empresario». El autor de «El toreo por dentro» improvisa aquí mismo el título que dará a la segunda parte de su libro. Será éste: «Ahi van nuevas pruebas. Cualquiera tiempo pasado no fué mejor».

Y Juanito Cortés nos despide con una sonrisa, como su apellidado, cortés, afable. Con toda su humanidad correcta y educada, pero dispuesto a armar el escándalo con estas confesiones de un empresario que sabe muchas cosas acerca del complicado mundo del toreo.

Antonio GARCIA RAMOS

y
Julio TRENAS

El portero del Colegio de Médicos yacía en el banco del vestíbulo desmayadamente y con una colilla colgando de los labios. Tenía la mirada fija y ausente. Rufo se llamaba el pobre, pero era un hombre de carácter y se había sobrepuesto a esta desgracia. Por lo pronto se estaba formando una cultura por el procedimiento de leerse el «Espasa» de la biblioteca. Ya estaba en la B y ni que decir tiene que esta empresa le dejaba muy poco tiempo para pensar en nada más.

Por eso cuando Segismundo Freitas le preguntó por dónde se iba a la Secretaría, se limitó a pasarse la colilla de la comisura derecha a la izquierda, a levantar el puño con el pulgar extendido y a señalar un vago espacio situado a su espalda.

Después, cuando vio que Freitas primero se metía en el «water», luego abría el cuarto donde guardaba los trastos de limpiar y por fin daba con la verdadera puerta —ya no quedaba otra—, Rufo dijo para sí: «¡Bah! ¡Un nuevo!»

Y volvió a sumirse en el repaso de la orografía del Beluchistán, que no se le daba muy bien.

Franqueada la tercera puerta, apareció ante Segismundo una amplia sala partida en dos por una mampara con ventanillas. Detrás, dos señoritas y un joven hacían gala de su actividad. Freitas pensó que ya no se interponía entre él y sus ilusiones cosa alguna, salvo aquella mampara, y se dispuso a su asalto inmediato. Dentro de unos minutos sería todo lo médico que se pueda ser ante la ley y todos los enfermos españoles podrían sin traba alguna beneficiarse de sus conocimientos.

Una de las señoritas escribía a máquina con un solo dedo, porque en la otra mano llevaba un bocadillo de tortilla que mordía de vez en cuando. Si se observaba con cuidado podría apreciarse que, poco más o menos, marcaría unas cinco letras por cada viaje que le lanzaba al alimento; demostraba, por consiguiente, una decidida preferencia por el trabajo.

El joven estampillaba las hojas de un talonario y la otra señorita atendía en una de las ventanillas los requerimientos del público.

El público en aquel momento estaba constituido por cinco señores que se amontonaban delante de la ventanilla abierta. El que estaba más cerca introducía por el hueco el rostro y parte del cráneo hasta el nivel del ala del esfenoides. Era un tipo casi calvo, de nariz ganchuda y ojos muy juntos y pequeños. Unos ojos muy móviles, como de pájaro, que seguían atentamente todos los movimientos de la joven. Esta puso en orden unos papeles, sacó punta a un lápiz, se mordió un repelo que tenía en el dedo índice y se volvió hacia el expectante calvo, que tenía el raro aspecto de un hombre que ha puesto la cabeza debajo de la guillotina sólo por probar.

—¿Qué es lo que desea?—le dijo mientras se miraba las uñas.

En aquel momento una estentórea voz de gran volumen y tono conminatorio estremeció a todos los presentes. Pertenecía al joven estampillador, que se había puesto en pie, con el extraordinario resultado de sobrepasar en estatura al cristal divisorio, y que alargando el cuello todavía por encima preguntaba:

—¿Alguno de ustedes tiene aquí recibos atrasados?

Su dominante situación y su serio rostro daba a la pregunta un tono acusador. El de la ventanilla sacó la cabeza del espacio administrativo; los otros cuatro se volvieron asustados y en seguida hurtaron la vista, como niños cogidos en falta. En los rostros se leía la sospecha y hasta quizá la culpa. Unos se empeñaron en encender el mechero nerviosamente. El longilíneo empleado dejó de mirar al embarazado grupo, movió la cabeza como un periscopio por toda la sala vacía y se sentó rezongando:

—No me lo explícito, no me lo explícito.

Y abrumado por tanto misterio se quedó sumido en grave meditación. Luego cogió un periódico y se puso a leer.

El calvo estaba departiendo con la señorita.



MIENTRAS LLEGA DON PASCUAL

NOVELA

Por Santiago LOREN

Premio Planeta 1953

—Venía por lo de los atrasillos que me ha cobrado el Colegio. Me han dicho que me los darían hoy.

—Sí, pero tendrá usted que esperar a que venga don Pascual.

—Pero si él mismo me dijo que no tenía más que venir a cualquier hora y firmar un recibo...

—¡Claro, claro! ¡Y de dónde quiere que saque yo el dinero?

Ante esta firme razón el hombrecillo abandonó su puesto para cedérselo al siguiente, un atezado caballero de pelo casi al rape y traje gris mal cortado.

—Sí y el secretario de Villalba y vengo a traer el dinero de la Mancomunidad. Pero si no está don Pascual...

—No importa, no importa. Tenemos orden de cobrarlo. Aquí tiene usted el justificante firmado y con su reintegro...

Segismundo Freitas mientras tanto tenía prendida su atención en los tres caballeros restantes, que por muchas razones eran motivo de su preocupación. Por lo pronto resultaba evidente que aquellos tres señores se sentían unidos ante el cosmos circundante y que lo que pasaba en él les afectaba de modo diferente que a los demás. Tendrían una edad aproximadamente igual todos ellos —alrededor de los cuarenta años— pero la diferencia de aspecto entre los tres y cada uno era muy marcada. Uno era un hombre grueso, sanguineo, cuyo chaleco, lleno de ceniza, cubría a duras penas una gran barriga. Tenía una cara seria y bonachona y fumaba en una gran pipa cachimba siempre con el depósito hacia abajo.

El segundo era más bien delgado, alto y de pálidas facciones. Iba vestido de negro y en su traza había no sé qué de fúnebre y dramático. Los dos permanecían quietos y silenciosos, apoyados contra el mostrador. El tercero era el que mantenía enlazado el grupo, manifestando con sus evoluciones y los extraños guiños que hacía, ora a uno, ora a otro, que los tres estaban unidos por desconocidas afinidades. Era un hombre de pelo rojo y encrespado y tenía un fruncido nervioso de nariz y bigota que le daba el aspecto de un conejo. Todo era para él motivo de observación y con sus expresivos gestos comentaba con sus compañeros, sin hablar, lo que ocurría alrededor.

El de la pipa lanzaba tremendas nubes de humo hacia su barriga y sonreía reflexivamente con media boca. El de negro se frotaba las manos y meneaba la cabeza tristemente. Daba la impresión de que tenían ideas preconcebidas sobre todas las cosas de este mundo. Freitas los contemplaba subyugado.

Después que el secretario de Villalba hubo depositado un fajito de billetes en las manos de la señorita, la ventanilla quedó libre y los tres se pusieron frente a ella con las cabezas muy juntas. La funcionaria había adoptado un gesto muy particular, por el que denunciaba conocer a sus interpelantes, que no debían ocupar un escogido lugar en sus afectos. Habló primero el barrigudo fumador con voz campanuda y grave.

—¿Sabe usted lo que ha resuelto la Junta sobre mi denuncia al alcalde de Valdehorna?

—Eso se lo dirá don Pascual en cuanto venga —manifestó la señorita.

Sin más comentarios el preguntante retiró la cabeza. Sin transición, el pelirrojo espetó con la cabeza metida en el hueco:

—¿Sabe usted si han cursado mi solicitud a la Compañía Transmediterránea?

—Don Pascual seguramente se lo podrá decir en cuanto venga.

El tercero y fúnebre caballero ocupó en este momento el locutorio y preguntó con voz apagada:

—¿Sabe usted si ha salido la lista de Médicos del Registro Civil?

—Haga el favor de preguntárselo a don Pascual. Va a venir en seguida.

De nuevo tomó la vez el pelirrojo:

—¿Sabe usted quién descubrió América?

Y sin esperar contestación se irguieron los tres diciendo al unísono con absoluta seriedad:

—Eso habrá que preguntárselo a don Pascual.

Parecía un coro de bilbainos empezando un zorcico. La joven de la ventanilla lanzó chispas debajo de sus cejas depiladas. La proba mecanógrafa del bocadillo se quedó con éste junto a la boca abierta y un dedo en alto. El joven de los recibos mostró de nuevo sobre el cristal su microcefalia. Mientras tanto los tres conspicuos se dirigieron a una puerta del fondo.

Segismundo Freitas se hallaba muy asombrado observando toda la escena y por eso tardó en reponerse y recordar el objeto de su presencia allí. Se acercó a la ventanilla:

—Vengo a matricularme en el Colegio. Soy médico desde ayer y...

La empleada, abstraída y con monótona entonación, sin darle importancia a que Freitas fuera médico desde ayer, dijo:

—Tendrá que esperar a que venga don Pascual.

Segismundo empezó a creer que aquello era un desconocido juego, por lo demás bastante tonto. La joven debió de comprender algo en su ominoso silencio y por eso añadió, dulcificando la voz:

—Sí; es el secretario. No puede tardar mucho. Haga el favor de esperar en la biblioteca.

Y le señalaba la puerta por donde había desaparecido el extraño grupo. Freitas penetró allí con algún recelo, porque sabía que dentro se iba a encontrar con los tres excéntricos caballeros a solas, y, aunque de natural curioso y observador,



no se consideraba preparado para entenderlos.

Sus recelos en principio se acentuaron y más bien se podría decir que pasaron a la franca alarma, porque desde el momento que entró allí pasó a ser objeto de la atención manifiesta del grupo. Se sentó en uno de los sillones de la biblioteca haciendo una leve inclinación y permaneció en silencio. El hombre grueso y el delgado de negro se hallaban también sentados; en cambio, el pelirrojo permanecía de pie y moviéndose sin cesar. Cuando vio a Remacha dejó unos libros que estaba leyendo y comenzó a dar vueltas alrededor del sillón de Freitas carraspeando y haciendo guiños. Por fin preguntó:

—¿Es usted también médico?

Segismundo afirmó con la cabeza, poniendo en la afirmación orgullo a la vez que azoramiento. El otro señaló a Freitas con el pulgar y, dirigiéndose a sus compañeros, exclamó:

—¡Je! ¡Médico! ¡Je!

El de la pipa sonrió gravemente, dejando caer en su chaleco un par de onzas de cenizas, movió con profunda tristeza la cabeza el enlutado y el pelirrojo chasqueó la lengua seis veces.

El confuso joven quiso sobreponerse a su embarazo y preguntó, jovialmente:

—¿Supongo que ustedes serán también colegas?

—¡Bueno!—dijo el pelirrojo—. Como usted quiera.

El fumador asintió con tres cabezadas llenas de reposo y aplomo y el de negro encogió los hombros.

Segismundo continuó, para disipar su embarazo: —En realidad, yo todavía soy un novato. Precisamente hoy vengo aquí a colegiarme.

Estas palabras tuvieron la virtud de hacer incorporar bruscamente al de luto y de multiplicar las inquietas maneras del pelirrojo.

—Joven—exclamó el fúnebre caballero—, aun está usted a tiempo de salvarse. Si no se ha colegido, aun puede ser usted el dueño de su propio destino. Desde el momento que usted firme la solicitud ahí afuera, incontables fuerzas se apoderaran de usted y lo zarandearán...

—Será usted tan dueño de sus actos como de un pedazo de bistec que haya pasado ya la glotis—interrumpió su compañero.

—Un destino fatal le conducirá, a su pesar. Se encadenará usted a una rueda trágica.

—Será usted ya como el burro de una absurda noria.

En este momento el fumador se incorporó en el sillón, tosió poderosamente y los otros dos callaron. Mientras sacudía la pipa en el brazo del sillón habló:

—¡Estupideces! ¡Todo eso del destino y la suerte son estupideces! Cada uno es lo que quiere ser. La voluntad...

—¡Estupideces? ¿Estupidez la fatalidad? ¿Estupidez mi historia?—exclamó el de negro.

Con gesto de decidida reprobación contemplaban los dos al de la pipa. Este se había sumido de nuevo en las profundidades del sillón, pareciendo renunciar a toda controversia. Sin embargo siguió hablando:

—Es cada uno quien se fabrica su propio destino. El camino que tenemos que seguir no lo ha trazado nadie. Acaba en la punta de nuestras botas.

—¿De nuestras botas?—apostilló el pelirrojo—. En cierto modo sigues teniendo razón. Yo muchas veces me encuentro sin saber dónde poner el pie para dar el paso siguiente. Pero no acepto el sentido que das a lo que dices.

—¿Pretendes insinuar—preguntó el enlutado— que yo habría podido haber influido de algún modo en los terribles sucesos de mi vida?

—Hay siempre en todo lo que nos sucede algún hecho al principio en el que acertamos o nos equivocamos, y el acierto o el error dependió de nosotros mismos. Por eso si siempre siguiéramos la línea recta...

—¡Vaya por Dios! Ya salió la rectitud. ¿Y qué has conseguido tú con tu línea recta, aparte de acostumbrarte a fumar con la pipa boca abajo!

Esta extraordinaria disputa, mantenida en un tono menor y reposado—salvo los manoteos del pelirrojo—, había asombrado a Freitas más que cuantas excentricidades contemplara antes en los tres raros personajes. No obstante pareciale que discurrían por cauces de sano raciocinio hasta que oyó la absurda referencia a la pipa. Al hombre grueso esta referencia pareció recordarle que la tenía vacía, y llenándola de nuevo de tabaco bien apretado se la colocó en la boca y la encendió con el depósito invertido. Mientras lo hacía reía sin ruido. Después se dirigió a Freitas:

—Perdone, muchacho. Involuntariamente ha suscitado usted una antigua discusión. Es la misma que tenemos siempre mis compañeros y yo cuando volvemos a vernos después de larga ausencia. Ahora le diré lo que va a suceder: Serafín se creará obligado a contarle su historia para sostener su tesis. Bruno, por no ser menos, le contará la suya, y yo, para no quedar en descrédito, le diré algo de la mía. Eso si no viene antes don Pascual, el que todo lo sabe, y nos obliga a dejarlo para mejor ocasión.

—No tenía la menor intención de revivir dolorosos recuerdos—manifestó Serafín con tético acento.

—Debes de comprender, sin embargo, que este muchacho se halla en un punto peligroso de su camino. Quizá lo que oiga hoy aquí le salve—expuso Bruno.

—Será inútil. Su destino está ya marcado y ha de seguirlo.

—Vamos, no seas pelma y empieza ya—exclamó el de la pipa—. Te ayudaré. Si no recuerdo mal, siempre sueles comenzar así: «Cuando terminé la carrera era yo un muchacho de veintiséis años, llenos de ilusiones...»

—No es cierto. Tenía sólo veinticinco. Lo de las ilusiones, sí es verdad. Me gusta la Medicina y creía estar preparado para ejercerla. Cuando llegué a Burriana de la Cañada, a lomos de una mula, sonreía a todo el que me saludaba por la calle Mayor. Me parecía casi que era un obispo en visita pastoral repartiendo bendiciones. Y llegué a pensar que aquél era un pueblo afortunado al tenerme como médico. Ocho horas más tarde pensaba de un modo muy distinto.

Permaneció Serafín silencioso casi un minuto. Se veía ensombrecerse su cara como ante los téticos fantasmas de sus recuerdos. Continuó:

—Sí. Me parece que nadie a las diez de aquella noche se consideraba afortunado en Burriana por haberme conocido. A las ocho me llamaron para asistir al parto de la desgraciada Manuela.

Al tiempo que salí de mi casa, un chico venía corriendo también a buscarme.

—Que a mi padre le ha dado el lumbago. Que si puede usted venir.

Dude un momento, pero el que me esperaba para acompañarme a casa de la Manuela me apremiaba y decidí inmediatamente lo que debía hacer. Escribí apresuradamente una receta de salicilato de metilo y le dije al muchacho:

—Dadle esto. Es para hacerle iriegas.

Y me marché en pos del avisador del parto.

Confieso que un parto complicado como primera actuación no llenaba mis preferencias. Pero hubiera sido igual, porque desde que me metí en aquella casa todo ocurrió como si...; bueno. Juzgue usted mismo. La Manuela llevaba diez horas de parto, y durante ellas no había tenido más asistencia que dos comadres de las que en los pueblos llaman «entendidas». Cuando éstas vieron que la cosa no iba por buen cauce me llamaron, y yo, en mi inexperiencia juvenil, entré repartiendo saludos y sonrisas. No sé qué profesor me había dicho una vez en la Facultad que lo primero que debe hacer un médico al entrar en una casa es hacer cundir el optimismo con su seguridad y sus gestos. Por eso me acerqué a la apurada Manuela diciendo: «¡Vaya, hombre!» ¿Y qué le ocurre, qué le ocurre a esta señora? No me contestó, porque no podía y, en realidad, porque ya no le ocurría nada. Acababa de morir. El último coquecito de su pulso lo sentí yo entre mis dedos al tomarle la muñeca. Cuando me di cuenta de lo que sucedía procuré sobreponerme y pensar en mi inmediato deber. Por eso exclamé, ante el asombro de todos, que me vieron de pronto quitarme la chaqueta y abrir el maletín del instrumental: «¡El niño, el niño! ¡Hay que salvar al niño!»

Tardaron varios minutos en darse cuenta de la verdadera situación, y para entonces ya había yo engarfiado con mis dedos temblorosos un pie del nuevo infante. Uno de los presentes gritó: «¡Muerta; se ha muerto, se ha muerto!» Esto fué la señal para comenzar una excepcional barahunda en la que los gritos de desesperación se unían a los llantos estrepitosos, a los pataleos rabiosos, a las cabezadas contra la pared que se arreaaba el esposo. La madre de la difunta se arrancaba, junto a mí, los cabellos entre alucinantes alaridos. Luego, todas aquellas energías parecieron encauzarse hacia un objetivo determinado. La gente en estos casos parece que se desahoga mejor indagando quién tiene la culpa de sus desgracias, y allí entremedio había un médico, que es un sujeto muy apropiado para este papel. No podían, claro está, achacarme la muerte de la Manuela, pero sí discutir mis intenciones en aquel momento. Por eso el más sereno de los presentes me dijo:

—¿Qué nace usted? ¡Deje a la probe que se lleve su hijo con ella! ¿Pa qué quiere vivir sin madre?

No cabe duda que era ésta una bella frase para aquellos momentos, pero tuvo una influencia catastrófica, porque todos al oírlo me rodearon como un coro de endemoniados y me llenaron de invectivas. Estaban demasiado próximos a mí para no sentirme amenazado por sus gestos epilépticos, pero ya saben ustedes que nada hay más difícil que separar a un tócolo novel de su presa cuando ha podido agarrar al niño por cualquier parte. Hay algo de atávico y morboso en el indolegable ansia de separar aquellos dos cuerpos. Como si el miedo a no poder realizar la cesación fuera indomable y el fracaso el más definitivo de todos los fracasos.

—¡Esto es un contradío! ¡No tiene usted derecho a rematar así a la probe!

—¡Por San Antonio, señor médico, déjela!

—¡Es un pecao mu grande no dejale que se lleve su hijo al cielo!

—¡O la deja usted a ella o lo dejo a usted seco—exclamó un café, al que no sé qué derecho le asistiría para meterse allí.

Estas palabras fueron la señal para que se decidieran a actuar, y de pronto sentí que unos brazos me agarraban y porfiaban por arrancarme de allí. Era la madre del marido, una especie de bruja que se había colgado materialmente de mí, y gritando tiraba y tiraba con más furia aun que

la que yo empleaba en mi faena. Quizá fuera por este refuerzo, quizá por mi habilidad, pero el caso es que en aquel momento salió el niño, y todos camos hacia atrás. La que peor suerte tuvo fué la vieja, que se dió con la chola en un banco y se la fracturó. Todos me abandonaron para atenderla, pero sólo llegaron a verla expirar. Yo no me di cuenta entonces, porque al incorporarme lo primero que hice fue intentar encontrar en el niño algún síntoma de vida. Todo inútil. Lleno de indignación y pena me volví a los demás, y entonces se oyó un tremendo ruido de cristales y maderas rotas. El padre, que no debía de estar muy preparado para ver a la vez y en la misma habitación el cadáver de su mujer, de su madre y de su hijo, había salido a tomar el fresco de la calle aprovechando el balcón. Naturalmente, murió en cuanto se tropezó el empedrado en su camino.

Aprovechando el tumulto huí de la casa como criminal perseguido. Para hacer más exacto el parecido, iba en mangas de camisa, remangado y tinto en sangre hasta los codos. Al volver una esquina solitaria me tropecé con un chico, que lleno de excitación me dijo:

—venga de prisa, don Serafín. Mi padre se está muriendo.

—¿Y quién es tu padre?

—Es el que le dolía el lumbago. ¿Se acuerda que he ido antes a llamarlo?

—Pero... ¡No es posible! ¿Cómo se va a morir de eso?

—¡No! Si de lo que se muere es de que l'ha sentao mal la medecina que me ha recetao uste. Na más ha hecho bebérsela cuando l'ha dao el cólico...

—¿Que se ha bebido el salicilato de metilo?

—¡Oma! ¡Claro! ¿Pa qué era si no? Se lo ha bebío y luego le hemos dao las friegas por fuera en cuanto hemos comprendido que había llegao al sitio...

No me cupo ya duda de que aquel hombre tenía ya que ser cadáver. En vista de eso y pensando que ya había visto bastantes aquella noche decidí no ir y, lanzando un grito de angustia, abandoné al chico en mitad del arroyo. El me siguió, chillando a todo pulmón.

—¡No sea mala sangre, don Serafín, y venga a ver a mi padre! ¡Que pa eso pagamos la iguala a su tiempo! ¡Don Serafín, que se muere mi padre! ¡O viene o le abro la cabeza de una pedrada!

Cuando entraba en mi casa caían a mi alrededor con estremecedora fuerza duros y esquinados cantos que desconchaban las paredes con sordos golpes. En una iglesia cercana, comenzaban a tocar a muerto. Subí a mi cuarto y sin orden ni concierto empaqueté lo que consideré más preciso. Había decidido escapar por la puerta del corral. En un relámpago de lucidez me acordé de que dentro de una hora pasaría el exprés por la próxima estación situada a dos kilómetros.

Antes de salir aún me quedó tiempo para matar a un niño: era el hijo de mi patrona que llora desconsoladamente en el cuarto de al lado. Petra, la patrona ignorante aun de todo lo sucedido, penetro en mi habitación sonriente y esperanzada para decirme que no sabía lo que le pasaba a su chico, que no paraba de llorar hacia dos horas.

—Pa mí que le duelen las tripas. Como ya tiene cuatro meses le hemos dao garbanzos esta mañana y a lo mejór no le sientan...

Dudé un momento sobre lo que debía hacer. Por fin me decidí a atenderla por miedo a que si me negara sospechara algo y me causara molestias en la huida. Entre mis trastos busqué algún remedio, y al fin di con un frasquito donde ponía «Laudan». Me dirigí siguiendo a la madre a donde berreaba el infante, y cerrándole la nariz con los dedos le obligué a tragarse las gotas que le echaba. A la quinta gota el niño era ya cadáver. Lo comprendí cuando dejó de debatirse bajo mi mano y además porque iba adquiriendo práctica ya en el diagnóstico de la defunción. También he de confesar que no me impresionó mucho. La naturaleza humana tiene un asombroso poder de acostumbramiento a toda clase de circunstancias adversas. Como casi tapaba al infante con mi cuerpo en la mal alumbrada habitación la madre no lo veía bien. Lo arrojé tapándole casi la cara, y volviéndome hacia ella le dije con una terrible tranquilidad: «¿Ve usted? ¡Ya se ha quedado tranquilo! No lo toque ni le diga nada.»

Y salí de puntillas como si temiera despertarlo de su sueño eterno.

Pocos minutos después corría carretera adelante

arrastrando mi maleta. Todas las campanas de las dos parroquias del pueblo doblaban a muerto y se les unió también la aguda voz del campanil de la ermita de San Roque. Muchas luces se encendían en las ventanas y se oían gritos de dolor, además de otros alaridos que relacioné directamente con mi incierta seguridad.

Después de permanecer casi hora y media escondido en un montón de heno pude introducirme en el tren que no paraba más que dos minutos y que me llevó bien pronto lejos del dantesco lugar a las ocho horas de haber entrado en él dispuesto a defender contra la muerte las existencias de sus vecinos. En vez de eso, seis cadáveres gravitaban sobre mi conciencia con un peso que ya en aquellas primeras y terribles horas de mi desgracia empezaba a ser insoportable.

El narrador calló en aquel momento para extraer de su bolsillo un gran pañuelo blanco orlado con una jareta negra y se sonó ruidosamente las narices. Sus ojos brillaban con un brillo seco y mortecino. Era verdoso ahora el tinte de su cara enjuta y patética. Freitas se hallaba sobrecogido de horror contemplando fascinado al desgraciado colega. Sin embargo, cuando pasado medio minuto vió que no continuaba su narración, empezó a recobrar con la inconsciencia de la juventud, cuyas emociones son fugaces, y suspiró. En su fuero interno pensaba: «Vaya. Es terrible, pero ya ha acabado», y se dispuso a aliviar la tensión del ambiente con algún comentario trivial. Pero algo le detuvo en su intento. Bruno, el pelirrojo permanecía mirando fijamente al narrador más parecido que nunca a un conejo con su cara móvil y gesticulante. El fumador de la pipa boca abajo la había dejado apagar y lo miraba también con mirada grave. Serafín se disponía a continuar, y lo que más impresionó a Freitas era que, aun conociendo la historia, sus compañeros se afectarían tanto.

—Aquel tren—empezó Serafín—, como digo me llevaba lejos de la trágica aldea; pero, por desgracia, no podía llevarme lejos de mí mismo. Por eso, necesariamente, el Destino al golpear de nuevo una y otra vez habría de encontrar siempre mi cabeza.

Pensó Segismundo en este momento que aquel





personaje sentía gran afición por las frases redondas y las metáforas grandilocuentes. No obstante—reflexionó—es preciso disculparse en gracia a lo inaudito de su historia.

—Escasamente llevaría media hora sentado en un departamento de segunda—siguió el desgraciado Serafín—cuando una excitada voz se oyó en el pasillo del vagón:

—¡Un médico! ¡Por favor, un médico! ¡Hay algún médico entre los señores viajeros!

Desperté de mi penoso letargo obligado por aquella voz que apelaba a mi deber y a lo más profundo de mi inextinta vocación. Sin reflexionar, exclamé:

—¡Yo soy médico! ¿Qué ocurre?

Casi al instante me había arrepentido de mi irreflexivo impulso. Después de lo sucedido nunca más habría de dedicarme a la Medicina. Pero era ya tarde. Mis compañeros de departamento se apresuraron con espúvida oficiosidad a comunicar al interventor, que era el que gritaba, mi condición, y me vi empujado por manos serviciales a seguir al funcionario. Pasamos a un vagón-cama, y siempre seguidos por una turba de curiosos que se quedaron en la puerta; penetramos en uno de sus departamentos. Un hombre delgado, al que inmediatamente catalogué como histeroide, daba terribles gritos de dolor, se mesaba los cabellos y se aporreaba la frente.

—¡La he matado, la he matado!—exclamaba monótonamente. En la cama y en camisa una joven bien parecida yacía muy blanca y muy quieta. Me lancé a examinarla, y de un modo irreflexivo impresionado por la extraña situación, dije en voz alta al interventor:

—¡Está muerta! ¡Parece un síncope cardíaco!

—¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Mi Dolores muerta! ¡Muerta en su noche de bodas! ¡No quiero vivir yo! ¡Voy contigo, Dolores! ¡Espera Dolores!

Y el individuo aquel se lanzó como una catapulta contra la ventanilla, y no pudiendo romper la gruesa luna con la cabeza, se abalanzó a la barra de la red de equipajes, y colgando de ella se balanceó sin dejarnos agarrarle de los pies e intentó romper el cristal con sus zapatos. El momento era terrible, y no se me ocurrió otra cosa

que lanzarme al pasillo y tirar del timbre de alarma para evitar mayores males. Pero no los evité. El tren paró en un empalme de vías entrando a una estación y un mercancías al que le habían dado en aquel momento la salida se lanzó contra nosotros partiendo al tren en dos. Veintisiete muertos y sesenta heridos fué el balance de aquella luctuosa catástrofe. Supongo que la recordará usted. Fué la de hace ocho años en Villafranca del Pinar.

Cuando salí del hospital donde estuve consolidando un par de costillas y una tibia rota en el accidente, decidí renunciar totalmente a mi carrera. Se había fijado en mí la idea de que, habiendo sido siempre una persona normal y feliz, al graduarme en Medicina había adquirido un malféfico influjo sobre mis semejantes, me había convertido para ellos en una maldición, y que únicamente no considerándome médico y obrando en todo como si no lo fuera podría recírmeme de mi tremendo destino homicida. No obstante, fué entonces cuando llegó la guerra, y la importancia de los acontecimientos que se sucedían me hizo olvidar un poco de mis aprensiones. Por otra parte siempre he tenido un espíritu sano y decidí servir a mi Patria en calidad de médico, por considerarlo más útil para su necesidad del momento, echando a la cuenta de unas coincidencias trágicas todo lo sucedido. En la ciudad donde me hallaba, la situación estaba ya prácticamente decidida a favor del Movimiento. Fui a una oficina de alistamiento donde un oficial me tomó la filiación. En el momento que respondía a su pregunta respecto a mi profesión diciéndole lleno de orgullo y como desafiando al Destino: «¡Soy médico!», penetraba en la oficina otro oficial que al oírme exclamó:

—¡Caramba! ¡Ni caído del cielo! Si es usted médico tenga la bondad de pasar aquí. Hay un señor que se ha mareado y no sabemos qué hacer con él.

Le seguí a una sala cercana donde varios jóvenes uniformados atendían a un viejo que se hallaba sin conocimiento. Al parecer había ido a pedir noticias de sus hijos que salieron a la línea de fuego y no las había recibido buenas. Lo reconocí, y viendo que era una simple lipotimia emocional, les pedí que lo condujeran al cercano balcón para que le diera el aire. Un sargento y un soldado lo llevaron, y nada más abrir el balcón cayeron los tres muertos por una ráfaga de ametralladora que salió de una casa de enfrente donde todavía había elementos contrarios rezagados. A partir de aquel hecho ya no me cupo ninguna duda. La guerra la hice de alférez de Infantería. Nadie llegó a saber que yo era médico, aunque irreflexivamente de veces me sentí impulsado a atender a un herido, a tomarle el pulso a un enfermo, a interrogar a un doliente. Creo firmemente que a mi fuerza de voluntad para no hacer ninguna de estas cosas se debió el que mi compañía fuera de las que menos bajas tuvo siempre. Pero esto no me eximía de tener tantos muertos sobre mi conciencia.

Segismundo Freitas, cada vez más horrorizado, contemplaba al desgraciado personaje que había ido bajando la voz hasta convertir su monólogo en una cantinela monótona y doliente que más se parecía a una confesión penosa consigo mismo que a un relato. Aun siendo mediodía, aun penetrando el sol a raudales por las grandes ventanas de la biblioteca, el ambiente parecía entenebrecido y el silencio de los tres unido a la monótona evocación de tan macabra historia, ponía una especial tensión en él. Se diría que alrededor del grupo de vivos, formando un círculo alrededor de los sillones donde se hundían abrumados por la tragedia evocada se hallaban las docenas de difuntos que llegaron a ese estado prematuramente por la acción directa o indirecta de Serafín. Este parecía haber terminado, porque había callado ya y permanecía con la barbilla hundida en el pecho y tristemente reflexivo. Sus compañeros que, indudablemente conocían la historia, se incorporaron ligeramente y suspiraron con alivio. El de la pipa rompió el penoso silencio.

—Bueno, bueno. No te atormentes más. Ya lo has contado todo y así te encontrarás mejor. ¿Sabe usted?—se dirigía a Freitas—, aunque le hemos intentado convencer muchas veces de que es absolutamente irresponsable de todo lo que le ha sucedido, nada hay que le consuele tanto como contar su historia...

—Sí—intervino Bruno—. Es como si tuviera una gran indigestión y necesitara vomitar muchas ve-

ces para curarse. Además ahora van a darle una plaza en Registro Civil. Allí no tendrá que reconocer más que a los muertos, y de este modo...

—Por esa razón procuro, cuando nos hallamos juntos delante de algún otro compañero, orientar la discusión hacia su caso—manifestó sonriendo el hombre grueso en voz baja para que sólo la oyera Freitas—. A mí, particularmente, la cosa no me impresiona más de lo que me impresionaría oír contar una desgracia cualquiera. No creo, naturalmente, en maleficios ni en predestinaciones.

—¡Vamos, vamos, Serafin!—decía en aquel momento Bruno a su compañero—. No es preciso que te deprimas tanto. Ya has hecho por hoy tu «toilette» psíquica, has pasado ya tu mal ratito con sabido y ahora a pensar en otra cosa...

—Pero lo malo es que no he terminado...—manifestó Serafin con un hilo de voz.

—¡¡¡Cómo!!!—exclamaron a la vez sus dos compañeros, incorporándose vivamente en sus sillones.

—¿Es que has vuelto a matar a alguien?—interrogó el pelirrojo, multiplicando hasta lo inverosímil los guiños y gesticulaciones.

—¡Vamos, Bruno; esa pregunta es totalmente inadecuada!—censuró el fumador—. ¿Quieres decir, Serafin, qué has vuelto a ejercer estos últimos meses?

—Sí—respondió casi inaudiblemente el interrogado.

—Pero, ¡si prometiste no hacerlo hasta que te dieran la plaza del Registro Civil!

—¡Caramba, hombre, no hay derecho!—comenzó indignado el pelirrojo, para callarse como arrepentido de su espontánea censura.

—¡Bien!—exclamó con resignación el de la pipa—. Cuéntanoslo de una vez. ¿Cuántos han caído esta vez?

—Sólo cuatro—dijo Serafin—. Fue en la pensión donde vivo. Ya sabéis que desde que me dedico a representaciones vivo en una pensión modesta donde nunca dije a nadie que soy médico. Pero el otro día estábamos comiendo los huéspedes habituales, y de segundo plato, por ser el santo de la patrona, nos dieron lomo de cerdo. Todos nos alegramos mucho, y junto a mi mesa, un catalán muy amigo de los animales, puso en un plato para el gato un poco de lomo. El gato se lo comió con grandes muestras de satisfacción, y yo lo miraba complacido, pero al poco rato comenzó el animal a revolcarse por el suelo, a ponerse rígido y a lanzar escalofríos maullidos. Sólo el catalán y yo nos dimos cuenta y nos miramos palideciendo. Observé los síntomas, y cuando vi la rigidez y las convulsiones siguientes, ya no me cupo duda:

—¡Señores!—exclamé—. ¡No perdamos la calma! ¡Soy médico, aunque nunca lo he dicho y hablo como médico! ¡Este gato está muerto de triquinosis contaminada por la misma carne que todos hemos comido! ¡Es preciso tomar urgentísimas medidas!

Un cardíaco que vendía calcetines en la plaza murió al instante. La patrona quiso tomar un vomitivo compuesto por ella—tenía aficiones de curandera—, pero se equivocó de dosis y falleció envenenada; a su hijo político lo atropelló un camión al salir a la calle desprovisto en busca de auxilio; al catalán que vendía calcetines le operaron en la Casa de Socorro. No pudo hablar por el susto y creyeron que tenía una perforación de estómago al ver cómo se apretaba el vientre. Murió a los dos días.

En cuanto a mí me hice un lavado de estómago en el «water» con la gema del irrigador, y cuando volví al comedor vi un espectáculo que, dentro de su ternura y vulgaridad, para mí fué horrible. El gato no era gato sino gata, estaba ya muy tranquila y acababa de parir cuatro gatitos. Igual número de gatitos que personas morían o iban a morir por mi causa.

Calló Serafin, y de nuevo un silencio más ominoso y tenso que los anteriores se posó sobre los circunstantes. Hasta la dinámica faz del pelirrojo se plasmó en un inmóvil gesto de horror. Esta desconocida parte de la historia de su amigo les postraba en el estupor por no esperada. La pipa, siempre boca abajo del hombre gordo, agotada o apagada no humeaba ya, y un ligero polvo de ceniza cayó sobre su panza.

Fué él el primero que rompió el silencio:

—La verdad es que la vida a veces parece justificar las más fantásticas hipótesis.

Esta frase poco explícita tenía en él un valor de claudicación. Pero añadió a continuación:

—Sin embargo, todo obedece a circunstancias accidentales y posibles. Los hechos aislados en diferentes personas y épocas carecerían de importancia. Todo lo más que podía concederse al Destino es el papel de coleccionista y aun éste es muy discutible.

—Podría darte la razón, Pedro—apostilló Bruno—, si siempre jugarámos con causas y efectos naturales. Pero, ¿y cuándo no es así? ¿Y cuándo vemos o somos protagonistas de hechos cuya explicación escapa de lo científicamente razonable? Es evidente que al hacernos médicos traspasamos sin saberlo el umbral misterioso de un mundo que escapa a nuestra percepción y a nuestro control. Parece como si al darnos el título nos dieran un poder desconocido que no sabemos utilizar ni dominar, y con el que podemos sembrar la ruina y la muerte alrededor o promover extraños efectos que no prevenimos. Hay algo que escapa a nuestra ciencia y a nuestra experiencia, y a veces pienso que lo peor que nos ha podido ocurrir es vivir en esta época de la Medicina racionalista, punto muerto intermedio entre el alegre empirismo de nuestros abuelos y la sabiduría total.

—¡Bah, bah! ¡Fantasías! Pensar así es volver al antiguo ideal de médico mago, señor de la vida y de la muerte. Por el contrario, cada vez más, el médico ha de ser nada más y nada menos que un inteligente colaborador de la Naturaleza. Admito que a veces no la comprenda y se deje desbordar por sus fuerzas. Pero está dentro de lo razonable y posible, y no es nunca sobrenatural. Si acaso, incomprendible para nuestra ciencia actual...

Bruno, esta vez dejando en reposo su mímica alucinante, parecía no escucharle y continuaba como hablando para sí mismo:

—...Y así, en nuestra ceguera, nos perdemos como niños en el bosque en este mundo inaprensible. En ese mundo donde Serafin siembra la muerte y yo reparto vida a costa de la mía propia.

Pedro, el hombre de la pipa, sonrió ahora abiertamente, mientras volvía a cargarla y a encenderla.

—¡Bien!—exclamó—. ¡Ya salió aquello! Ha de saber usted—dijo a Freitas—que Bruno también tiene una extraña historia. Al menos a él se lo parece y muy misteriosa. Padece... ¿cómo le llamas?: transferencias. Eso. Sufre de transferencias. Yo no entiendo muy bien lo que es eso, pero él tiene una bonita teoría.

—No es teoría—corrigió con presteza Bruno—. Es una certeza fundada además en hechos perfectamente conocidos y comprobados. Hay un fenómeno psíquico que todos padecemos y que puede servir de ejemplo. ¿No habéis tenido nunca una preocupación que rumiara solitariamente? ¿Y cuándo os habéis aliviado de ella? ¿Cuándo ha desaparecido la tensión psíquica que os producía? Sencillamente cuando habéis hecho partícipe de la misma a un pariente o a un amigo. Cuando habéis transferido el exceso de toxina moral a otra persona vuestra, alma se defiende y elimina el resto con facilidad. Hacer una prueba. Si una noche no podéis conciliar el sueño por algún pensamiento que os obsesiona u os inquieta, levantaos y despertad al primer familiar que halléis en la casa. Cuando esté bien despejado contadle lo que os mantiene despiertos y a continuación volved a la cama. Os dormiréis en el acto. Puede que el otro no se duerma ya, pero no discutimos aquí la ética del procedimiento. Los psiquiatras están familiarizados con un fenómeno muy frecuente en sus enfermos: muy a menudo proyectan sobre el médico sus propias vivencias y lo incorporan a su mundo reaccional. Bien conocéis el traspaso erótico que muchas históricas realizan sobre sus médicos poniendo a éstos en un trance parecido al de nuestro padre Adán. Si esto ocurre en el orden psíquico, ¿por qué no ha de ocurrir en el somático? ¿Qué es el soma sino la plasmación en materia de la energía psíquica?

Freitas contemplaba ahora con asombro la nueva actitud del pelirrojo, por completo distinta de su grotesca y en cierto modo irresponsable actitud anterior. Parecía como iluminado y se comprendía al verlo que estaba profundamente identificado con sus ideas. Tan identificado, que sólo al poder plasmarlas en palabras llegaba a adquirir la paz interior necesaria para prescindir de su hiperimia obsesional. Continuó:

—Transferencia se llama a este fenómeno, y yo soy, en virtud de no sé qué recónditas particularidades de mi naturaleza o quizá por especialísimas circunstancias cósmicas una víctima contu-

maz e irredimible de él. Soy el más demostrativo caso del mundo confirmando de la existencia de las transferencias somáticas. Por eso mismo mi historia es diametralmente opuesta a la de Serafin: *yo no he podido firmar en toda mi vida un solo certificado de defunción por la sencilla razón de que no se me ha muerto ningún enfermo.* Ni podré firmarlo jamás, porque necesariamente de un modo fatal el primer enfermo tratado por mí que se me muera habrá de ser yo mismo. Mi caso es el siguiente: por el sólo hecho de encargarme yo el tratamiento de un enfermo, el enfermo sana. Pero a costa de caer yo mismo afecto de su misma dolencia. Y esto ocurre así desde el principio de mi ejercicio profesional. El primer enfermo que se puso en mis manos, recién acabada la carrera, fué un ulceroso gástrico que me proporcionó una tía mía y que había recorrido infinidad de consultas en busca de remedio para su mal. Desde el primer momento que lo conocí empecé a sentir molestias que nunca habían tenido. Acideces, dolor después de comer, pirosis. Un día vino a mi consulta a decirme que se encontraba bastante mejor y que creía que esta vez había adelantado más que en anteriores tratamientos. Aquella misma tarde tuve el primer vómito de sangre. La noticia de su total restablecimiento me llegó cuando todavía luchaba yo entre la vida y la muerte recién operado en una cama de la clínica. Aquel primer tropiezo no me puso en guardia. Lo consideré una rara coincidencia. Volví a ejercer, y por fortuna mis enfermos, durante un par de meses, se redujeron a los naturales catarros invernales un año de gripe benigna. Durante todo aquel tiempo mantuve un rebelde catarro, que sólo cedió cuando todos mis enfermos sanaron de los suyos. No me escapé, sin embargo, de padecer una pulmonía consecutiva a la misma complicación en el último de los tratados. De todos modos sólo cuando hubé de padecer a la vez de cólicos hepáticos y de artritis de rodilla simultáneamente a lo igualmente padecido por dos enfermos que sanaron a medida que yo iba empeorando, empecé a relacionar unos hechos con otros y a preocuparme por lo que todavía suponía coincidencias extraordinarias. Un poco obsesionado, y, sobre todo, verdaderamente tullido de tantos golpes contra mi salud en tan poco tiempo, decidí ejercer una especialidad distinta y exenta al menos de riesgo inmediato de muerte. En consecuencia me hice dermatólogo. Eritemas, eczemas, peladas, psoriasis, sicosis, ántrax y multitud de afecciones más cayeron sobre mí al mismo tiempo que mi consulta prosperaba de modo inaudito y mi fama crecía de boca en boca de tanto enfermo como sanaba. Bien pronto me cansé de aplicarme pomadas, pastas, sulfamidas, neosalvarsán, vacunas... Sobre todo lo que me hizo dejar la especialidad fué el descubrir que el jefe de la consulta hospitalaria donde practicaba había descubierto mi secreto, y llevado de un afán investigador inhumano me dejaba para mí a aquellos enfermos rebeldes o afectos de enfermedades poco estudiadas con el doble objeto de curarlos pronto, y de investigar luego en mi sus propios métodos. Aun padezco un prurigo y una psoriasis localizada en la espalda que no veo medio de curar nunca.

Para entonces ya no tenía yo ninguna duda sobre mi rarísima peculiaridad. El estudio de libros de psiquiatría y más que nada mi intuición me llevaron a conocer hasta dónde es posible la génesis del fenómeno, y pensé en serio en dejar la Medicina. Pero yo, como Serafin, soy médico por esencia, y tras de una penosa temporada de reposo volví a ejercer. Esta vez decidí hacerme otorrinolaringólogo. Naturalmente, y sabiendo ya lo que sabía, procedí, antes de nada, a hacerme extirpar por un compañero las amígdalas, las vegetaciones, un pólipos nasal incipiente y a enderezarme un cornete ligeramente defectuoso. Algo más tranquilizado, abrí un día, por fin, mi consulta, y mandé pasar al primer enfermo. Me entregó una carta cerrada de un compañero que era quien me lo enviaba. En ella decía: «Querido amigo: Te ruego veas a este cliente mío con todo interés. Sólo pensando en tus extraordinarios aciertos en cualquier rama de la Medicina que has cultivado, te lo envío, porque todo el que lo ha visto lo considera incurable. Padece un cáncer de laringe y sus días están contados...» No quise leer más. Sin dirigir al enfermo ni una palabra, salí del despacho para no volver más a él.

Por lo dicho comprenderá usted que mi fama crecía enormemente. Sólo mis parciales eclipses

y mi cuidado en huir de determinados enfermos negándose a tratarlos cuando comprendía que su enfermedad al transferirse a mí podría poner en grave peligro mi vida, mantenía el aflujo de clientela en límites razonables. Aun así, en determinadas épocas fui una especie de doctor Asuero, requerido por toda clase de gentes que buscaban recomendación para poder ser visitados por mí. Solo me libre de morir en aquellos días gracias a la ayuda de un avisado practicante, que me seleccionaba previamente los pacientes. De este modo sólo trataba enfermedades no mortales y no mutilantes, hecho del que se dieron cuenta mis enemigos sirviéndose de él para desacreditarme. También explotaron en contra mía—queriendo demostrar que no andaba bien de facultades mentales—una costumbre que adquirí desde los primeros casos: era el pedir a cada enfermo los restos de jarabes, inyecciones y remedios que yo les recetaba con objeto de aplicármelos a mí mismo, ahorrándome así muchas pesetas.

Sin embargo, otros hechos dieron el golpe de gracia a mi fama, tan a costa de mis propios sufrimientos. El primero fué el decidirme a practicar la especialidad tan conocida de «Almorranas, varices, úlceras. Sin operación». Verá usted lo que pasó: esta especialidad la elegí por razones convincentes. En primer lugar, sólo eran tres las enfermedades que podía padecer practicándola, y además, el soportar a la vez unas almorranas, unas varices y alguna úlcera de la pierna no imposibilitan a un hombre para la vida corriente, y hay mucha gente que vive así sin gran menoscabo de su bienestar. En consecuencia, aprendí rápidamente las técnicas y abrí consulta dedicada exclusivamente a la materia. En breve me vi poseedor de unas vistosas varices que me surcaban ambas piernas con su azul dibujo. A continuación, una úlcera me salió en la pantorrilla derecha, que creció alarmantemente, hasta que pude, a fuerza de tópicos, mantenerla en los límites de un diámetro aproximado de 10 cms. Y por fin, con ocasión de curárselo a un enfermo con rapidez extraordinaria unas hemorroides que mantenía desde hacía seis años, me aparecieron a mí otras similares con una animosidad verdaderamente molesta. Tan molestas que fueron la causa de mi fracaso, porque, si bien al principio pude sostenerlas con diferentes pomadas en condiciones de tolerancia razonables, bien pronto, a medida que gran número de enfermos afectos de almorranas aparecieron en mi consulta con todas las formas y complicaciones posibles de la afección empecé a sufrir de fisuras de ano, de proctorragias, de estreñimiento pertinaz, con dolorosísimas molestias... Un colega de la misma especialidad me aplicó la misma técnica empleada por mí para curarlas, sin resultado. A los pocos días, en ocasión de acudir nuevos hemorroides a mi consultorio, volvieron a reproducirse con más virulencia que antes. Eran tantas mis molestias y dolores, que al fin hubo de recurrir al remedio que rechazaba tajantemente para mis enfermos: la intervención quirúrgica. Para ello me trasladé a una lejana población donde nadie me conociera, me hice reconocer de un cirujano sin decirle quién era yo y me operó, quedando maravillosamente. Una vez intervenido volví a mi consulta, y de nuevo acudieron los enfermos como moscas. Pero todo fué distinto ya. Desde entonces no pude curar ni un solo enfermo afecto de hemorroides. Hasta los casos más sencillos empeoraron y se complicaron hasta extremos inverosímiles, y pequeñas almorranas que cualquiera puede curar aumentaron su tamaño y su malevolencia, obligando a todos los que acudieron a mí esperanzados a abandonarme y proclamar a los cuatro vientos mi absoluta ineptitud y mi torpeza inaudita. Otra vez hubo de poner punto final a la experiencia, y en esta ocasión con la amargura intensa de un ruidoso fracaso para el que no estaba preparado.

Calló en este momento Bruno el pelirrojo y se enjugó con un gran pañuelo el copioso sudor que le corría faz abajo. El tic nervioso predominante en él, que le hacía mover justamente el bigote, el labio superior y las alas de la nariz, comenzó de nuevo a funcionar, dándole otra vez aspecto de conejo sonriente. Paulatinamente volvieron a aparecer sus gestos y guiños, y se levantó casi de un bote para ponerse a pasear por la habitación.

—Esta es mi historia—exclamó dando grandes zancadas—. Muy pocos la creen, y sin embargo, pueden comprobarse hasta sus más nimios detalles. Toda ella demuestra hasta la saciedad la existen-

cia de transferencias somáticas, sin dar lugar a ninguna duda. Si yo pudiera algún día llegar a conocer las leyes por las que se rige el fenómeno... Si pudiera controlar...

—Escucha, Bruno—dijo Pedro, el hombre de la pipa, que fumaba reflexivamente—, ¿qué razones tienes para solicitar una plaza en la Transmediterránea? Creí que habías decidido no ejercer ya más que como investigador.

—Es muy sencillo. He solicitado el cargo de médico en uno de los barcos que hacen la travesía Barcelona-Canarias. ¿No comprendes? El médico en esos vapores es casi una figura decorativa. Se pasan muchos viajes sin que tenga que actuar en absoluto, y si alguna vez algún pasajero cae enfermo, como son tan pocos días de travesía, sólo asistiré al principio de su dolencia, lo que me permitirá no padecer más que amagos, prodromos fácilmente vencibles de la afección de que se trata. Ya sé que habré de marearme todos los viajes a la vez que cuantos soliciten mi ayuda en ese trance, pero espero acostumbrarme pronto y, desde luego, procuraré zafarme como pueda. También corro el peligro de no poder escapar el día que una angina de pecho o una embolia cerebral ataque a un viajero. Sé que él no morirá y yo sí, pero el riesgo es mínimo. En conjunto espero defenderme bien...

—No es mala idea—sentenció Pedro.

Serafín, el luctuoso predestinado, asistía algo más animado y frotándose nerviosamente las manos, a la conversación. Pensativamente y con voz más firme que hasta entonces, dijo.

—Tú, como yo, a pesar de todo lo pasado, intentamos una y otra vez reemprender el camino que un día supusimos bello y prometedor. Hay algo de morboso, de psicopático en esta persistencia en el error. El simple impulso vocacional no puede justificarnos.

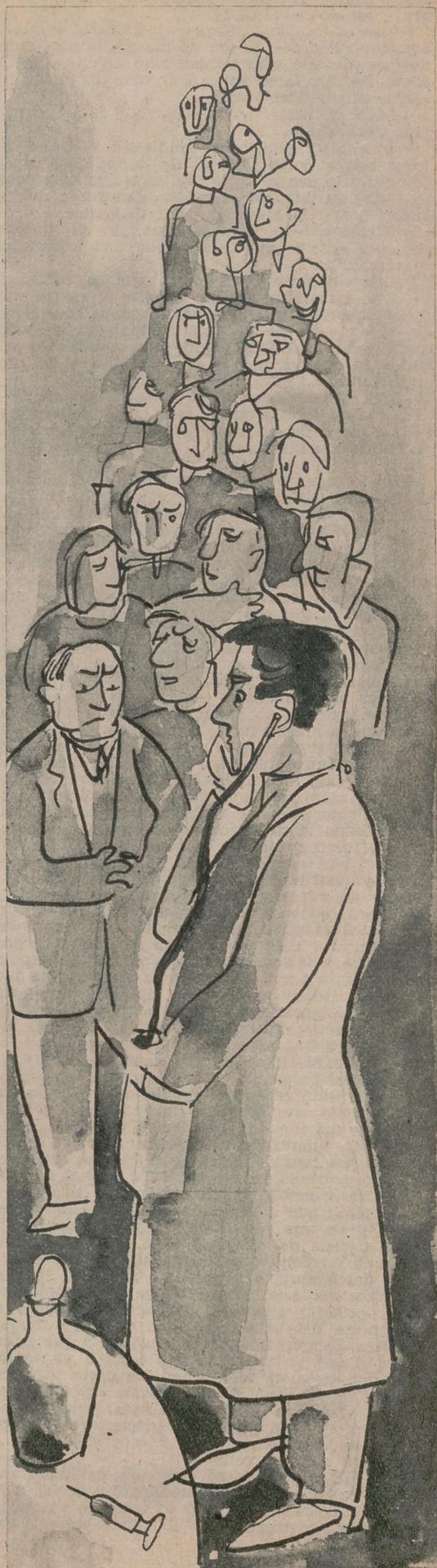
—No. Eso sí que no es cierto—medió Pedro—. No es persistencia en el error ni impulso morboso la fuerza que os lleva de nuevo a probar tras de un fracaso. Por el contrario, no puede ser más sana su génesis. ¿No recordáis lo que es la reostaxis? La reostaxis es la fuerza que lleva al salmón a remontar el curso de los torrentes, al espermatozoo a caminar contra la corriente endouterina y a las aves de rapiña volar contra el viento. Todas las actividades de signo progresivo precisan de una oposición, de una lucha para avanzar. Su camino no lo marca el cauce, el sendero cómodo ni el arrastre pasivo. Lo indica siempre la contracorriente, la dificultad. El médico es el profesional de actividad más progresiva que existe. Ni un solo minuto de su vida individual o colectiva puede detenerse o dejarse arrastrar pasivamente por el cauce que otros abrieron, porque éste sería la negación de su misma esencia. Ya sabéis que alguien dijo que el ideal de la Medicina es llegar a no servir para nada, y esta es una meta tan ambiciosa y definitiva que no la hallaremos en ninguna otra profesión. Por eso mismo el médico, en más proporción que cualquier otro, precisa de la lucha como estímulo para seguir adelante, y sin ella llegaría a anularse. Camina por reostaxis, y por eso sólo los fuertes y los convencidos se mantienen en el centro de la corriente. Los demás, noblemente, vuelven a meterse en él cada vez que son expulsados a las orillas. Hay algunos, como Serafín, que son más personas que médicos, y por eso se asustan de las cosas que empiezan a pasar en cuanto se introducen en las márgenes del torrente. Otros, como Bruno carecen de la fortaleza física suficiente para resistir las heridas que en su biología habrán de producirse al chocar contra las lacras humanas...

—Y otros como tú que, como una roca, aguantas en el centro incommovible—concluyó Bruno—. Eso ya te lo he oído otras veces. Pero se te olvida añadir que también, al igual que la roca, eres inmóvil, que no avanzas, y esto al final te una a nosotros los fracasados expulsados del torrente.

Pedro sonrió sin enfadarse por la brusca salida de su amigo. Expelió dos grandes nubes de humo y continuó volviendo la cabeza hacia Freitas:

—En apariencia tiene razón, pero no en el fondo. Mi manera de proceder tiene su objeto, y las cosas que puedan pasarme son producto de una voluntaria determinación por mi parte. Nunca, como estos dos, le echaré la culpa al destino y la fatalidad (entelequias, todo entequequias!) de las pequeñas contrariedades que sufra.

—Pero ¿tienes el valor de llamar pequeñas contrariedades a las cosas que te han pasado? ¿Son pequeñas contrariedadese el haber estado en la cár-



cel dos veces, el haber sido expulsado de tu cargo tres o cuatro, el haberte tenido que hospitalizar en grave estado por lesiones...?

—¡Bueno, bueno! ¡Basta ya!—exclamó riendo el bonachón Pedro—. Ahora no me queda más remedio que contarle a este muchacho algunas de mis cosas. De otro modo se va a formar un juicio mío excesivamente deplorable.

—Sí. Y cuéntale también por qué fumas con la pipa boca abajo.

—Está bien, está bien—manifestó Pedro—. Yo, joven colega, como ya le he dicho, me he propuesto un objeto dentro de la profesión que muy pocos han elegido. Me he propuesto demostrar que se puede ejercer la Medicina honradamente.

—¡Caramba!—exclamó Segismundo sin poderse contener ante lo que consideraba una afirmación subversiva.

Pedro, sin hacer caso de su asombro, continuó: —Esto, naturalmente, me ha situado en un punto de la corriente en que no me queda más remedio que resistir los más tremendos embates y los golpes más duros. Pero persisto sin claudicar y persistiré lo que ya por sí solo constituye un progreso contra lo que cree Bruno.

—Oiga usted—preguntó Freitas tímidamente—. ¿Y... eso no será lo que le cause tantos disgustos? Porque me parece a mí... Vamos, quiero decir que ya habrá conseguido usted su objeto a estas horas...

—No lo crea, joven, no lo crea. No es nada fácil la misión. Es decir, distingamos. Es fácil ser honrado si uno se lo propone. Pero no es fácil las dos cosas a la vez: ser honrado y ejercer. Verá usted, para que comprenda: yo llevo la honradez profesional y la personal hasta el último extremo sin tener en cuenta nunca nada más. Esto vulnera intereses y conveniencias sociales sin yo proponérmelo directamente, y, como es natural, provoca algunos conflictos. Yo pago las consecuencias, pero sigo adelante, porque considero que es la sociedad la que está edificada sobre bases morales falsas, y mi parte en la lucha consiste en hacerlo ver así. ¿Entiende

—Francamente, no. Sobre todo lo que me extraña es que, a creer aquí al compañero, esa admirable cualidad suya le lleve a la cárcel y al hospital.

—Sí. Es lamentable, pero hay que reconocer que he tenido bastantes molestias. La primera vez que me expulsaron fué de la Dirección de un balneario. Cualquier médico de balneario considera su misión única la de examinar someramente al enfermo y luego graduarle las tomas de agua, según considere que las necesita. Yo no me pude conformar a convertirme en un requisito formulario abdicando de mi condición de médico consciente, y examiné a todos los enfermos detenidamente, con absoluta abstracción de su condición de veraneantes cotizantes. No tuve la culpa de que el 60 por 100 vinieran falsamente dirigidos por su propia prescripción o por indicaciones de profanos, de que un 20 por 100 se beneficiasen más con las aguas de otros balnearios y de que el 20 por 100 restante estuviesen realmente enfermos y precisasen regímenes y dietas sencillas, reposo y cuidados especiales. Cuando puse de este modo las cosas en su punto, el balneario cumplió la misión para la que había sido creado: despidieron por falta de trabajo a los tres cocineros, que agravaban a la gente con sus comidas excesivas y pesadas; cerraron el bar, funesto para los metabolismos; el casino, con su tensa y cargada atmósfera, tan perjudicial; suprimieron las orquestinas, con su ruido, contrario a todo reposo; infinidad de empleados tuvieron que dedicarse a trabajos más provechosos, y en una pequeña ala del inmenso edificio mi docena de enfermos y yo llevábamos una vida sana y tranquila muy conveniente. Desde luego, la única apropiada para su objeto al ir allí. Reconozco que esta forma racional de cumplir mi misión produjo algunos perjuicios económicos a la Empresa del balneario; pero de todos modos considero desproporcionado con el daño que pude causar el que yo estuviera dos veces a punto de morir por envenenamiento con arseniato potásico y que al fin me llegara por oficio la expulsión del Cuerpo, basándola en calumniosas acusaciones. Aún colea en la Audiencia el proceso que promoví por esta cuestión.

—¿Y eso de la cárcel?

—¡Ah, sí! Aquello tuvo algo más de importancia. Fué cuando ejercía yo en Escorihuela del Tremedal. El alcalde se empeñó en traer las aguas al pueblo de un manantial que yo sosechaba era poco

sano. Lo consiguió, a pesar de mis advertencias; levantó una gran fuente en la plaza y vino el ministro de Obras Públicas a inaugurarla. A mí el día de la inauguración me tuvo recluido en casa con una pareja de la Guardia Civil a la puerta. El día anterior me había llegado el resultado del análisis que mandé hacer en aquellas aguas, y era desastroso. Una proporción exagerada de colis y bastantes brucellas. Lo comuniqué al alcalde y le dije que si no me hacía caso hablaría con el ministro. El me amenazó de muerte, y como medida de precaución, el día señalado me detuvo, tal como he dicho. No quería de ninguna manera que fracasase el proyecto, porque era cosa suya, y el manantial nacía en unos baldíos de su propiedad que le habían pagado a peso de oro. Por la noche me dejó salir, y mi primera providencia fué ir a la fuente. Todavía los vecinos no hacían uso de ella, no sé si por miedo a lo que yo había dicho o por falta de necesidad. De todos modos, el peligro era inminente, y a mí, como inspector de Sanidad del pueblo, me correspondía actuar. Comprendiendo que no podía esperar a que resolviesen en Madrid, a la vista de la denuncia que cursara ya, tomé un pico y destruí la cafetería todo lo que pude. No tardó en enterarse el municipio, que me metió en la cárcel aquella misma noche. Sólo se atrevió a tenerme tres días, y cuando salí ya había arreglado el desperfecto. Como el peligro persistía y mi condición de guardador de la salud pública también, no me quedó más remedio que volar la conducción con un poco de dinamita que me prestó el capataz amigo de una cantera vecina. Aquella vez ya me mandó a la prisión provincial, acusado de terrorista. Me pasé seis meses, hasta que se demostró mi buena intención. Y vea lo que son las cosas: cuando en Madrid se dieron por enterados de mi denuncia solucionaron el asunto haciendo una estación depuradora también en los terrenos del alcalde, con lo que indirectamente favorecí a aquel criminal nato.

—Cuéntale ahora lo que te pasó en el Seguro de Enfermedad—manifestó Bruno, que asistía aburrido a la conversación.

—Eso fué una tontería inexplicable, dado lo razonable de mi posición. Sucedió cuando me encargué de una zona en un distrito obrero. A mí el Seguro de Enfermedad me pareció desde el principio una admirable institución, en todo acorde con mi sentido benéfico de la Medicina. Pero en su organización observé algunos fallos que me propuse arreglar. No estaba nada de bien que en la infinidad de partes de enfermedad, de baja y de alta, de confirmación, etc., etc., se pusiera con letras bien claras Fulanito de tal y tal, de tantos años, domiciliado en tal sitio, y debajo la enfermedad padecida, sin más ambages. Esto no es lo que nos enseñaron ni es deontológico. Por consiguiente, rompí todos los talonarios de partes y me limité a visitar sin más a mis enfermos. En seguida empezaron las reclamaciones de los inspectores, y comprendiendo realmente que con mi proceder se entorpecería algo la marcha administrativa, se me ocurrió una idea. Es decir, me decidí a hacer lo único que nos debe de estar permitido en estos casos, según la sabia legislación médica tradicional: a cada enfermo que venía le hacía traer del estanco un certificado oficial del Colegio de Médicos, debidamente estampillado, y después de pedirle permiso para decir lo que padecía, lo llenaba, sin olvidarme de poner la coletilla: «A petición del interesado», y lo mandaba a las oficinas. Aunque yo, naturalmente, no les cobraba a mis enfermos por extender el certificado, éstos empezaron a quejarse de que el certificado les costaba diez pesetas cada uno, más los sellos, y considerando razonable la queja les di la idea de pedir una indemnización al Seguro por este desembolso no previsto. Yo mismo les hacía la solicitud y las cursaba a las oficinas. No sé por qué no les hicieron caso, y como además los empleados bu-

Lea usted el

CANTO A LEON

de Eugenio de Nora,
en el número 23 de POESIA ESPAÑOLA,
la gran revista literaria que se publica todos los meses



rocráticos se habían armado un poco de lío con mis certificados y con mis solicitudes, vino a visitarme un alto inspector dispuesto a aclarar las cosas. Yo se lo expliqué todo razonadamente y me pareció que se marchó convencido. Por eso fué grande mi sorpresa cuando me enteré que se me había abierto expediente y que, al fin, me habían borrado del escalafón.

Calló Pedro mientras volvía a llenar la pipa de nuevo. Sonreía, y en su sonrisa había una paternal indulgencia para la incomprensión humana.

—No le di importancia a aquello. Además había decidido dejar el Seguro para no tener que aguantar las imposiciones de los asegurados. De estas dos cicatrices que llevo en la cabeza, la una me la hizo un asegurado, porque logré que lo expulsaran y le quitaran la cartilla cuando me enteré de que vendía a mitad de precio las medicinas que me sacaba con engaños.

—¿Y la otra cicatriz?—preguntó Freitas cada vez más interesado.

—La otra es lamentable decirlo, pero me la hizo un compañero. Un compañero indigno. Me agredió con una silla en el curso de una consulta. Sustentábamos distintos puntos de vista.

Calló para fumar con verdadera voluptuosidad. No había en sus gestos ni en su voz nada que señalase resentimiento ni amargura. Freitas lo observaba intensamente. Cada vez le asombraba más la robusta personalidad del hombre de la pipa. Algo rebullía en su memoria que no acababa de plasmar en una pregunta. Algo que había oído hacía poco... Los otros dos compañeros se hallaban abstraídos y Serafín por lo visto más tranquilizado parecía incluso dormir. En aquel momento la voz campanuda e importante del conservé manifestó solemnemente desde la puerta:

—¡Ha llegado don Pascual!

Y sin más explicaciones desapareció. Todos se levantaron apresuradamente y echaron a andar pasillo adelante. Entonces fué cuando se acordó Segismundo de lo que quería preguntar:

—Oiga usted—dijole a Pedro mientras caminaban—. ¿Qué es eso que ha nombrado su compañero respecto a lo de fumar con la pipa boca abajo?

—¡Ah! Sí—rió el interpelado—. Fué un hábito que adquirí mientras ejercía en un distrito minero. Eran buena gente, pero se empeñaban continuamente en que les diera de baja por accidentes de trabajo falsos y yo me negaba. Por el día tenía que visitar con pistola. Por la noche no salía de casa con ningún pretexto. Sólo me sentaba a fumar unas pipas en un jardín trasero de mi casa y a oscuras. Lo malo es que sabían esta costumbre, y apuntando a la lumbre de la pipa me tiraban piedras con onda y hasta algún tiro que otro. Sólo me acertaron una vez en la pierna, y para evitar mayores desgracias resolví fumar con la pipa boca abajo. Desde entonces me quedó la costumbre y hasta parece que me sabe mejor el tabaco.

En la puerta del despacho de don Pascual, los tres amigos quisieron ceder el paso a Segismundo Freitas, compitiendo en cortesías:

—Pase usted, pase. Nosotros no tenemos prisa...

—Comprendemos su anhelo, joven. Pase, por favor...

—No, no, ustedes estaban primero; no faltaba más.

Y se negó rotundamente a entrar antes que ellos. Don Pedro, don Serafín y don Bruno pasaron a la vez a ver a don Pascual. Cuando salieron al poco rato, Segismundo Freitas había desaparecido. Lo buscaron inútilmente en el hall, en la oficina y hasta en el «water». Asombrado Bruno, dijo:

—No me lo explico. Parecía tan deseoso de matricularse cuanto antes.

—La juventud es muy inconsciente—exclamó Pedro.

—Quizá sea más bien un muchacho reflexivo—manifestó Serafín con su habitual tono misterioso.

ROXY-A-

LUNES, ESTRENO
OTRO ACONTECIMIENTO DEL CINE NACIONAL



EL ALCALDE DE ZALAMEA

Según la obra de D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

UNA PRODUCCION
CINESOL S.A.
PARA
AGUILA
films

MANUEL LUNA - J. MARCO DAVO - ISABEL DE POMES
ALBERTO POVE - MARIO BERRIATUA - JUANITA AZORES
MARIA FERNANDA D'OCON
con la colaboración de

FERNANDO REY y ALFREDO MAYO en el capitán

Director:

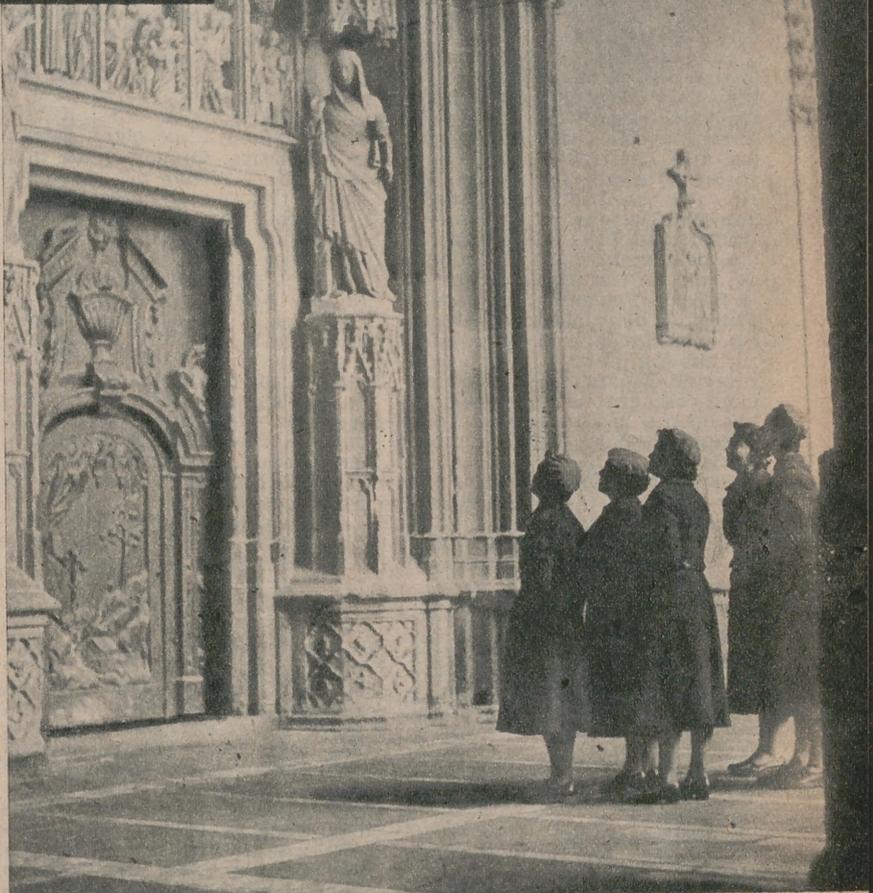
J. G. MAESSO

Una de las obras de más gloriosos méritos de la literatura universal
convertida en una formidable superproducción cinematográfica

EN PAMPLONA SE CELEBRA EL CONSEJO DE LA SECCION FEMENINA



UNA LABOR CALLADA Y EFICAZ DE LA MUJER ESPAÑOLA



Y VAN 17 VECES
POR décimoséptima vez se reúne la Sección Femenina. El primer Consejo creo que fué en Salamanca —Cuartel General—, en donde, para los que estaban en zona roja, lo que más importancia tenía era el «partido». Acaso teníamos a veces, muy cerca, la Sección Femenina y nosotros enteráramos. Los hombres y las mujeres somos así.

Esta vez se ha reunido en Pamplona. A cada ciudad le llega su San Fermín.

—Os vais a helar.

Optimista que es la gente. Conforme avanzábamos la nieve parece que se derretía. Siempre estas reuniones han sido un ejemplo a dar o tomar. Se buscaba imprimir en alguna ciudad distante un latido fuerte de fe o se procuraba recibir de algún foco notable de espiritualidad lecciones viables contra el humano desaliento.

Pamplona está bien elegido. Pamplona está en lo suyo, pero progresa. Mientras edifica una especie de Escorial para sus mártires, inaugura amplias Gran Vías. Si nuestras muchachas han podido comprobar aquí la fuerza que da el estar posesionado de

una idea con raíces históricas más abajo de los monumentos históricos, también es verdad que Navarra entera ha comprobado que el espíritu de la Falange permanece inalterable, claro, limpio, tenso en aquellas mujeres que se le entregaron como novias.

Tercas que son ellas. O simplemente que, aun en política, las mujeres siempre tienen razón.

LAS GRANDES INJUSTICIAS DE LA HISTORIA

Algún día se escribirá la historia de la Sección Femenina. Y habrá grandes revelaciones. Porque se verá que estas mujeres hicieron algo más que enseñar a cocinar flanes a pueblerinas y que su misión traspasa las fronteras de la jota o del bolero. La mayoría de muchachas que componen el cuadro de mando de la Sección Femenina son cabezas redondas o cuadradas—para el caso es lo mismo—que han entendido el momento español con claridad. Lo que pasa es que ellas son modestas y callan. Aunque sufran callando. Y lo que ocurre es que ellas huyen de la propaganda y ponen todo empeño en un remiendo o un cosido. Quien

crea que la Sección Femenina no es capaz de jugarse un novio—que es lo que más les interesa a muchas—por ser fiel a una canción que comprendía el sacrificio de sus diecitantos abuelos, está en un grave error.

Hoy mismo yo le preguntaba a una de las más Regidoras:

—Pero, vosotras, de casaros, ¿qué?

—Nosotros rablando por casarnos, hijo.

Rabiando, pero esperando y siendo útiles. Aguantándose las ganas como muchas mujeres, pero, además, siendo útiles, prácticas, orientadoras. Yo creo incluso que las más intransigentes en nuestro itinerario político han sido las mujeres. Y las más optimistas. Y las más sabias.

Todo esto parece casi adulación de *vals*, pero no es así. Al llegar a Pamplona a mí se me ocurrió preguntar:

—¿Me queréis decir quién era la Delegada en Pamplona, por ejemplo, el año 1937?

—Era Josefina Arraiza.

—¿Y está aquí ahora?

—No; está en Madrid. Está casada y tiene ocho hijos.

No pregunté más. Yo sabía que la Sección Femenina tiene mon-

jas también hasta en Corea del Norte. Sé que tienen cuerda para todos los gustos. Cosa que no entienden los que se dejan llevar por su aparente modestia o por ese elemental sentido que tienen de la publicidad. Hay un momento en que uno les dice:

—Prágonad, queridas, las afiliadas caídas en acto de servicio, las camaradas que han pasado por talleres, por estaciones preventoriales, por hogares infantiles, por cursos de enfermeras, por granjas, por estaciones de esquí, por escuelas de hogar, por grupos de baile, por equipos deportivos, por coros, bibliotecas, academias...

Ellas se reían. Viven un mundo aparte. El mundo del quehacer inmediato. El mundo que las llama y las necesita. A la hora de inaugurar este Consejo el telegrama más expresivo y palpitante fué el del doctor Juan Bosch Marín, jefe de Puericultura de la Sanidad Nacional y profesor de Universidad. Este telegrama, no era, de ningún modo, un cumplido, sino un testimonio de que sin la Sección Femenina, las vacunaciones, la distribución de alimentos, y la campaña materno-infantil, hubiera quedado muy baja de nivel en España, sin su cooperación, cosa que ha reconocido públicamente la Conferencia Internacional de Educación Popular de París.

Pero, como dije antes, yo creo que las mujeres de la Sección Femenina no se rinden ni a los telegramas. Ellas se rinden al niño que mama y a la esposa que reza. Y a la novia que baila.

A PUERTA CERRADA

Quien busque reportajes sensacionales con la Sección Femenina está arreglado. Por lo pronto, sus reuniones son secretas. Tan secretas como si la Sección Femenina fuera un instituto religioso que trata, en cada sesión, de elegir madre superiora general. Nadie en Pamplona ha logrado penetrar en el bochínche de las deliberaciones.

—¿Y esto, por qué?—preguntaba yo.

—Para que puedan discutir con más libertad.

Desde luego, sí gritan y se ponen roncás. Cada una expone lo que ha hecho o piensa hacer en materia de analfabetismo, de servicio doméstico, de deportes, y surgen al instante reparos, elogios, críticas, lo que sea. El único afortunado que ha logrado penetrar en este recinto curioso es el servidor del micrófono, un señor que, por lo que dicen, ha logrado dormirse algún rato, pero

que ya las conoce a todas. Según se levante la de una provincia o la de otra, este señor comenta:

—Ya tenemos para rato. Ahorra, p'leá.

Si hubiera podido camuflarme de técnico del magnetofón, yo creo que la hubiera gozado. Hubiera sabido por qué a ratos aplauden, por qué chillan, por qué estas mujeres—tan pacíficas y modosas en el hall del hotel—piden la palabra a voz en grito. Nada se sabe de lo que ocurre dentro. Ellas discuten lo suyo, pero apasionadamente, desnudamente, quizá con alabanzas o vituperios muy propios de quienes se entregan a una tarea en cuerpo y alma.

Desde luego, ellas le están dando un repaso, como quien dice, a la gramática. Gramática de mujeres que al señor del magnetofón lo tienen casi hipnotizado.

—A mí que me desuelen si cuento lo que pasa ahí dentro—me dice.

—Pero dime, al menos, cuál es la más peleona de todas.

—Mire, la verdad, puesto a elegir entre la Conchita, de Burgos, y la Elvira, de Cádiz, no sé con cuál de las dos me quedaría. Claro, que hay otras dos, que las llaman las consultivas, no me haga caso, Clementina y Ascensión, que cuando se levantan, ya, ya...

—¿Y quién es la que toca la campanilla?

—¿La campanilla?

—Sí.

—Pues, Pilar.

PILAR ES UN CASO UNICO

Algún día se escribirá, también, la historia de Pilar. No sé si ella lleva o no apuntes o diarios de su vida. Pero quien la tenga que hacer, de todos modos, está listo. Porque no hay una conducta tan lisa y vulgar por de fuera que guardé—dentro—claves tan secretas y profundas. Todo en Pilar aparece sencillez y todo tiene su misterio. Lo que por de fuera es simplicidad e imperturbabilidad quizá por dentro sea lucha, esfuerzo, coraje y pasión. Acaso lo que puede aparecer abandono externo y conformismo sea signo precisamente de una voluntad dura hecha a las más tensas vigiliás y a los más costosos y difíciles sacrificios. Probablemente Pilar es un caso heroico de renuncia ascética y santidad varonil, aun siendo ella tan exactamente femenina.

Habrà que estar muy cerca de ella para calibrar matices, pero

aun estando lejos lo que sí está claro es que ella se ha impuesto de por vida resueltamente la vocación de defender, con un romanticismo y unas exigencias como reina encerrada en claustro—y sin perder el sentido de la realidad del mundo circundante—, el testamento de su hermano.

Es un caso actualísimo de constancia teresiana, mujer que se ha desprendido no sólo de su propia vanidad de mujer, sino de otras muchas cosas con tal de exaltar y hacer valer la primacía de una idea. Una idea de que ella cree por encima de los hombres.

También se puede decir que Pilar es una mística. Pero su mística es la de que Dios se mueve por entre los pucheros. O como ella suele decir: «A Dios rogando y con el mazo dando».

COMO LA MUSICA GREGORIANA

El tono de voz de Pilar es casi monocorde, no tiene altos ni bajos radicales. Debe tenerlos cuando se enfade—que también debe tener su genio—, pero en la charla resulta de la misma bella monotonía de los buenos pasajes de música gregoriana.

—¿Qué te proporciona más satisfacción íntima: asistir a la boda de una camarada o a una tirma de hábitos?

—Ambas vocaciones son nobles y es difícil pronunciar preferencia por alguna de ellas. En cualquiera de estos dos estados se puede servir a Dios. Ahora bien; como normal en la vida de una mujer, la Sección Femenina las prepara siempre para el hogar; lo otro es excepcional. Pero en uno y otro caso, siempre es para mí una gran satisfacción ver que una camarada ha acertado con su destino.

—¿Qué virtud encuentras en la mujer española en relación con la europea?

—Las virtudes cuya enunciación constituye ya—y ojalá lo constituya mucho tiempo—un puro tópico a fuerza de ser repetido: su sentido moral y religioso, su capacidad de abnegación.

—¿Y defecto?

—El defecto más grave—ya en trance de rectificación—es el de una insuficiente formación cultural.

—¿Cómo definirías tu pensamiento en el litigio planteado sobre la capacidad jurídica de la mujer?

—Ya muchos de estos problemas se debatieron—sin tanto revuelo—en el Primer Congreso Femenino Hispanoamericano, convocado por la Sección Femenina en mayo de 1951; es indudable que existen muchos puntos que sería justo modificar, si bien no tantos como opinan las feministas a ultranza.

—¿Cuál es, a tu juicio, la condición más precisa en una mujer política?

—No sé bien qué entiendes por «mujer política». Por si acaso, te aclararé que, en mi concepto, la dirección de la «alta política» es cosa de hombres. Pero si quieres decir simplemente «la mujer al servicio de la política» desde su puesto y en su campo femenino, te contestaré que, precisamente, la abnegación.

—¿Qué piensas de la inclusión



activa de la mujer en la vida literaria?

—El don literario, como todo don intelectual, es un don espontáneo y no cabe alentarle ni restringirlo. Pero esto igual en las mujeres que en los hombres... Me parece muy bien que aparezca en la vida literaria y que desaparezca lo más rápidamente posible—pues la mediocridad es terriblemente contagiosa—todo el que lo haga mal. Y no me gustan, por supuesto, las campañas publicitarias que puedan hacerse con cualquier nombre y a propósito de esto o aquello.

—¿Cuál crees que sería la consigna actual de José Antonio?

—Todas sus consignas están vigentes y pueden aplicarse a cualquier problema de la vida presente. Esta es una de las cualidades maravillosas del pensamiento de José Antonio.

Pilar nos ha hablado con el reposo y la melodía de un salmo que se lee a media voz en la torre de un castillo o en la avenida de cipreses de un monasterio. De todos modos, aunque toda ella es equilibrio, de vez en cuando le entran sus prisas y echa a correr, esté como esté, aunque en vez de bolso tenga en la mano la campanilla.

Lo que a mí me ha producido más impresión es cómo, hasta las colaboradoras más íntimas, tienen por ella tanto respeto y tanta veneración. «Lo ha dicho Pilar». «Hay que contar con Pilar». «A lo mejor se enfada Pilar». «¿Crees que le gustará a Pilar?».

CUATRO PREGUNTAS A LA SECRETARIA DE PILAR

La secretaria de Pilar —Syrta Monteola— debió ser una de esas mujeres por cuyos ojos, por verlos angustiados o risueños, hay botefadas.

No nos damos bien cuenta de que estas mujeres ya estaban escondiendo pistolas, bordando flechas, recogiendo sellos de cotización y pedradas cuando no habían nacido los mozos del último reemplazo.

Y que se han entregado a la organización de la Sección Femenina —que dicho sea de paso agrupa a medio millón de afiliadas en las más diversas y específicas tareas—, haciendo muchas veces caso omiso de proporciones y festejos.

—Oye, Syra, ¿en qué momento has visto más abatida a Pilar?

—Nunca. Pilar siempre ha trabajado con una gran fe. Me acordaré siempre —por un suceso que no viene a cuenta señalar ahora— de un momento en que éramos muchas las desmoralizadas y al entrar yo a despachar con Pilar le estuve hablando de nuestro pesimismo. Pilar me escuchó con todo interés y paciencia, y cuando terminé cogió de encima de la mesa un papel y me estuvo exponiendo el calendario de cursos que había hecho para el castillo de la Mota hasta 1958.

—¿Y en qué momento la has encontrado más alegre?

—Cuando inició la empresa de enviar a la Sección Femenina hacia esos mundos de Dios. Los Coros y Danzas llevaron la verdad de España a Hispanoamérica. No sólo se trataba de una embajada artística. Demostraron al mundo con castañuelas y guitarras el



Pilar Primo de Rivera, Delegada Nacional de la S. F., en una de sus intervenciones en el XVII Congreso, celebrado en Pamplona

modo de ser auténtico e irrenunciable.

—¿Qué defecto —aquí, en la intimidad— podría achacársele a la Sección Femenina?

—Unos dicen que la impaciencia y otros que la intransigencia y el apasionamiento. Pero yo pienso que esto no son defectos, ¿verdad?

UNA QUE SE DESPIDE Y SE CASA

Josefina Veglison es —era— la Regidora de Formación desde el año 1942. Antes y después de la guerra fué Secretaria Provincial de Madrid. Ya en 1935 era Jefe del distrito de Buenavista y fué de las primeras que acudieron al llamamiento de José Antonio.

—¿Qué era —le pregunto— lo que os daba más trabajo en aquellos años?

—Si quieres que te diga la verdad, el comprobar los datos de las fichas. Muchos se apuntaban y querían ayudar a la Falange, pero tenían miedo o precaución y daban los datos cambiados o falsos. Nosotras nos recorriamos Madrid en un cochecito pintoresco, comprobando nombres y apellidos. El coche lo conducíamos nosotras mismas. Calcule la de lios que tuvimos con porteros y serenos.

—¿Cuéntame algún recuerdo de José Antonio.

—Te contaré uno muy bonito. José Antonio nos dijo un día que firmaría personalmente los recibos de cotización de 500 pesetas que le llevaríamos a favor del naciente diario «Arriba». Al rato de decirlo ya estaba yo con las primeras quinientas.

—¿Quién te las dió?

—Mi padre.

—¿Cuándo te casas, si no es indiscreción?

—A finales de enero.

—¿Qué día?

—No te lo digo.

—¿Por qué?

—Porque hay demasiados invitados.

—Pero me dirás, al menos, dónde.

—En el castillo de la Mota.

—¿Qué es tu novio?

—Médico.

—Médico, ¿de qué?

—Médico a secas.

Josefina Veglison es una rubia menuda y nerviosilla, muy simpática, muy mona, lista como el hambre y fina como una angula de río. Vino a Pamplona a informar y despedirse.

Creo que tuvo una acertada intervención a propósito del servi-

cio doméstico. Claro, por la cuenta que le tenía.

SERENIDAD Y VALOR

Las Delegadas están un poco asustadas, sobre todo después de la visita a Estella. Lula de Larales ha hecho creer que, para quedar bien ante los pamplonicas, habrán de dar muestras de valor y correr alguna vaquilla.

Las mujeres en Estella torearán. —¿Cómo se llama esta valiente?— pregunto ante una colección de fotos de un fotógrafo.

—Margarita Larrión.

—¿Dónde vive?

—Vivía.

—¿Por qué?

—Porque ahora está en un convento de Pamplona.

Una de las mujeres que más arrojó demostraron en el ruedo en los últimos años se ha metido monja.

—¿Y esta otra?— prosigo.

—Esta se llama Julia Ochoa.

—¿Me la queréis presentar?

—¿Por qué no?

Cuando vi muy de cerca a Julia Ochoa, una mujer imponente, no tuve necesidad de interrogarla. Toros bravos, miras o lo que fuera. El tipo de mujer navarra que cuando llega el caso dispara el trabuco mejor que el cura Santa Cruz.

Todavía las chicas de la Sección Femenina están inquietas por si la disciplina y el espíritu de sacrificio les exigirá dar pruebas en el ruedo de valor y serenidad.

NAVARRA, PAIS DE PEREGRINO DESTINO

Mientras ellas se tiran de los pelos—hablamos metafóricamente—nos hemos ido a visitar Pamplona, ciudad de contrastes. Junto a todo lo que es reliquia del pasado, veneración de los símbolos y custodia de un legado intocable, Pamplona edifica calles rectas y confortables como de ciudad amparada por el plan Marshall. Pero no hay nada de eso. Aquí todos los milagros económicos que hay que hacer los hacen los navarricos.

Dando vueltas por la plaza del Castillo me asombré de la capacidad de resistencia que tienen las señoritas de Pamplona frente a los «claretes».

Pamplona es una ciudad muy iluminada. Se ve que el nivel de vida es alto. No hay paro ni pobres. Navarra vive de su tierra. Y va para los cien mil habitantes. Por la plaza del Castillo las muchachas pasean por un lado y

los hombres por otro. De vez en cuando alguno o alguna se equipocan y pasean juntos. Pero todos caminan alegres. Dos letreros luminosos Crédito Navarro y La Vasconia, S. A., parecen garantizar la felicidad a los pamplonicas.

Al final de la avenida de Carlos III está el monumento a los muertos, un Valle de los Caídos a flor de tierra. Este monumento va a costar no menos de los veinticinco millones de pesetas. Esta es la parte del ensanche de Pamplona, edificios para los que las antiguas murallas no existen y que casi parece que están desafiando al año dos mil. Y es que no sólo crece la población. Pamplona, a la chita callando, se está haciendo una ciudad industrial de primera.

—Mire usted—me decía un navarro que mordía el puro la otra tarde en el café Kutz, que es donde Mola recibía a sus agentes secretos—, aquí no solamente exportamos curas y monjas en cantidades industriales, sino que somos los que estamos haciendo la reconstrucción de España. ¿Usted, que es periodista, no se ha enterado de que las empresas constructoras más importantes de España son de Navarra?

—Pues, no.

—Ya lo sabe. Y apúntelo.

Y PROSIGUEN LAS JORNADAS DEL CONSEJO

Mañana y tarde, sin apenas tiempo ni para respirar las cincuenta muchachas—entre Regidoras, Delegadas y Secretarías—siguen reunidas en la Escuela de Comercio. Y cuando tienen un rato de respiro, les cae algún conferenciante de Madrid: Jorge Jordana, Eduardo Carranza, fray Justo Pérez de Urbel. Supongo que el último día les dejarán un rato para ir de tiendas o de confiterías.

Para darse cuenta un poco del maremágnum que tiene que haber en estas sesiones bastará decir, aunque sea por encima, la calidad de la mayoría de las ponentes y objetantes. Hay una arqueóloga, una doctora en Filosofía, quince licenciadas en Letras, cuatro de Ciencias, tres de Derecho, dos periodistas, una de Farmacia, una de Medicina, tres profesoras de Música, una escultora, dos profesoras de Comercio, una directora de grupo escolar, tres inspectoras de Primera Enseñanza, veintiocho enfermeras, treinta y cinco maestras, dos profesoras de industrias rurales, dos visitadoras sociales del Seguro de Enfermedad, tres instructoras de Educación física, dos agricultoras y colonizadoras, un diputado provincial y, lo que es más gordo, una que ha sido concejal cinco años en el Ayuntamiento de Palencia. Las hay que han estado temporadas en América del Sur y en América del Norte, otras que se han recorrido de punta a punta toda Europa. Las hay que han escrito libros de texto y libros de cuentos. Las hay con cruces del Mérito Civil y muchachas que estuvieron frente a Stalingrado curando divisionarios. Unas tienen el lazo de Isabel la Católica y otras la Orden Imperial del Yugo y de las Flechas. Muchas de ellas han donado sangre en los

hospitales y la que no tiene la Y de plata la tiene de oro.

Así son ellas, aunque Lula de Lara—que todo lo que tiene de inteligente lo tiene de modesta y callada—le gusta tan poco propagandear los méritos de la Sección Femenina.

LA CONSIGNA DEL XVII CONSEJO

Nada de autobombos ni lamentaciones. Realismo escueto. Adaptación a las circunstancias. Faena constructiva.

El problema de España es un problema de educación. El pueblo español necesita elevar su nivel cultural. Por lo pronto hay que desterrar el analfabetismo de España. Esta es la campaña inmediata. Esto es lo que nos pesa y lo que nos conviene. Tanto o más que los planes económicos.

La misión de la Sección Femenina está en cultivar a los españoles, en afinarlos, en saberlos proyectar.

Y la primera obra, el hogar. Hacer madres que sepan serlo. Y no olvidar que—aparte de otras tareas positivas de formación y protección—las mujeres tienen, por ahora, el mandato de llevar la alegría española, cantando y bailando, más allá de nuestras fronteras. Que acaso ésta es una vocación tan iluminada como la de cualquier instituto religioso. Hubo un párrafo en el discurso de Pilar que no hay más remedio que transcribir: «... un tipo de persona con un entendimiento renovado, lleno de dignidad, de entereza, de claridad en sus acciones, de verdad en su vida. Que se acerque a Dios como a una íntima necesidad de su conciencia, que no use nunca de Dios como pretexto para conseguir posiciones más o menos bastardas o cuando menos terrenales...»

Quizá en Pilar están de un modo elemental y práctico las razones restauradoras de don Miguel y los apremios revolucionarios de José Antonio. Quizá.

SE ABRE EL PORTALON DE LA CLAUSURA

Por fin hemos podido penetrar en el santasanción, donde la Sección Femenina se encierra a cal y canto durante las sesiones, que duran normalmente de cuatro a seis horas.

No ha sido, según nos dicen ellas, una de las sesiones más movidas. De todos modos...

Maruja Sampelayo, Regidora Central de Cultura, pidió a las camaradas que, por Dios, no orientaran nunca hacia los Coros y Danzas a las chicas que realmente no fueran monas.

—Pero, ¿qué entiendes por monas?

—Pues, que no sean gordas. (Risas y protestas.)

Maruja Sampelayo prosiguió imparable:

—Las gordas, si acaso, que pasan a Educación Física.

Esto no le hizo mucha gracia a la Regidora en cuestión, pero se calló como si éste fuera el destino de las gordas. Por lo menos, hasta que dejen de serlo.

Noté que muchas aplaudían a Maruja Sampelayo, pero las que más frenéticamente aplaudían

eran las más gordas. Cualquiera entiende a las mujeres.

Me gusta aplaudir a Mónica Plaza con «Servicio de Hermandad», concejal cinco años por el Ayuntamiento de Palencia y a la que más de una vez le ha tocado ser Alcalde. Creo que una de las primeras Juntas que le tocó presidir a esta mujer Alcalde fué la del reemplazo.

DE COMO LAS MUJERES PONEN CERCO A LAS CIUDADES Y LAS RINDEN

Se puede decir que las mujeres son unos grandes estrategas, aunque lo que más les guste es estar sitiadas. Aman las emociones tanto como al peligro. Sobre todo cuando tienen la confianza de que pueden sortearlo airosoamente y adivinan que, por añadidura, les va a caer algún pipoco de los que hacen subir el «pa-vo».

Hay que conquistarse la población, porque ésta es siempre, en cada sitio, la primera conclusión de los Consejos. Conquistársela rindiéndosele primero sin reservas y sabiendo esperar después, que es ciencia de mujeres.

A estas horas el milagro era rotundamente hecho, sin haber empleado una táctica especial; sencillamente sonriendo, cantando, bailando y aplaudiendo.

Casi se puede decir a estas horas que están empadronadas navarricas dentro de los Fueros.

La visita al Museo de recuerdos históricos del Onamendi, a zaid en Estella en la tumba de los generales carlistas, las coronas puestas a Mola, Sanjurjo y Ruiz de Alda, todo ello ha venido tan natural, como jugando, como lo hacen siempre ellas todo, tan discreta y humanamente, que, sin proponerse ninguna ejemplaridad normativa, lo que han conseguido es emocionar y emocionarse, llorar incluso y arrancarles a visajes requetés olés jaraneros y aquello que indica «la dama que al tronco sale»...

Han contribuido mucho a este gratísimo clima el sutil dicharachero Calvite, el sedudo padre Argenta, la gravedad de medallón antiguo de Valero, el delirio poético de Carranza y el tono gallardo y educador de Jorge Jordana.

EL MENSAJE QUE TRAE RAIMUNDO

Pero el trueno gordo será—como es fácil presentir—el día de la clausura en el castillo de Francisco Javier—aquél seductor de París a quien Ignacio sedujo con aquella frase: «Martillo de fragua»—Fernández-Casta, entre otras cosas realmente importantes, dirá, poco más o menos:

«Lo más frágil y entrañable del Movimiento está en vuestras manos. Vosotras tenéis razón, la habéis tenido siempre. La tendréis después también. No vengo a que me aplaudáis; vengo a aplaudirlos, porque quiero ser el más madrugador de todos en el reconocimiento que la Nación es dueña».

El Ministro Secretario del Movimiento dirá seguramente esto, y no como gentil cumplido sino porque es algo que lleva dentro, le pesa y tiene impaciencia por soltarlo.

Pamplona, 20 de enero de 1954.

José Luis CASTILLO PUCHE
(Enviado especial.)

A CASA NOS LLEGAN POR EL AIRE

LA RADIO HA CREADO TIPOS TAN HUMANOS QUE HA SIDO PRECISO BUSCARLES IMAGEN CORPORAL

SON AMIGOS DE TODOS, PORTADORES DE ILUSION Y ALEGRIA



AL principio semejaba cosa de brujería: una trompeta, como de sordo, montada encima de un cajón hablaba, cantaba, reía y lanzaba música, un poco gangosamente, cierto es, pero con la simple ayuda de unos cables torcidos y algún misterioso aparato más. Ante tal maravilla los labios se enarcaban en un ¡oh! definitivo. Cazurros hubo que buscaron un hombrecito en su interior. A favor de aquel revuelo inicial la radio se metió en los hogares. Luego la técnica se encargaría de perfeccionarla. Cada modelo sonaba mejor. Se inventaron las retransmisiones, se crearon los diarios hablados, algún espíritu maligno concibió las guías comerciales. Mas hubo una cosa que nació casi con los primeros aparatos: la necesidad urgente, inevitable, de convertir la radiomanía en amistad. No bastaba con música ni con sorpresas. Había que interesar el corazón de los oyentes. De esto se encargaron unos seres ideales, puros antes de ficción, personajes fantásticos o caricaturescos, dotados también de matices humanos y comprensivos. A casa nos llegaron por el aire, siguiendo el mismo camino que las ilusiones o el canto del jilguero. Y a casa nos trajeron un cargamento de sonrisas, simpatía y cordialidad.

Muchos pusilánimes se han visto consolados por los consejos de Marta Regina o de la Esfinge sábelotodo y precavida. A otras personas, menos complicadas quizá, les ha quedado dentro el recuerdo vivo de algún héroe infantil. Toreski y Miliu, ciego ya su creador, ausentes de las ondas hace años, conservan todavía admiradores en toda Cataluña. Botón Rompetacones continúa posado en la memoria de muchos que ya vamos dejando de ser jóvenes. Pillerías de Garbanito y Pepinillo — dados a luz

en Salamanca, en plena guerra— han quedado como timos populares cuyo origen se perdió. Estos y otros personajillos semejantes quitaron a la radio petulancia hablando en tono menor, directo, con gracia de volatin. Por ellos ha conseguido, seguramente, hacerse perdonar su descortés irrupción en el interior de los hogares.

UN DESEO QUE LLEVA CONSIGO COMPLICACIONES

Casti todos los personajes populares de la radio comenzaron siendo solamente una voz. Fue luego el público quien, pidiendo su presencia real y física, obligó a crearles una figura humana adecuada a sus características.

Aunque se «faltan» todos los lunes públicamente, doña Merenguitos y don Tremelido se quieren bien

Esta expresión de la voluntad popular a veces acarrea dificultades insalvables. Quizá sea un ejemplo verdaderamente excepcional el problema que a Radio España de Madrid se le ha presentado con Marta Regina. Esta ilustre señora, prudente en sus consejos, compasiva en sus respuestas, lleva ocho años resolviendo problemas sentimentales y aumentando la belleza de sus oyentes. Tiene un apartado de Correos en Madrid, el 12.113, donde cada día recibe más de ochenta cartas. Sin embargo, Marta Regina aun no se ha mostrado públicamente a sus admiradores. No blicamente a sus admiradores.



A la izquierda: Con gracia y buen sentido, Felipe Madriles hace crítica municipal en los micrófonos de Radio España.—Derecha: Nuestro compañero Cortina ha sabido captar el gesto peculiar de otro famoso de la radio, Pietro Spaghetti Caneloni

Las razones deben ser importantes y de peso.

EAJ 15 Y RADIO NACIONAL, O DOS FORMAS DE SERIEDAD

A Radio Nacional de España en Madrid sólo le quedan dos personajes hijos: Don José y Juanón. Ambos dialogan en la emisión agrícola Don José, enterado, campechano, deja caer sus enseñanzas como quien no quiere la cosa. Juanón, rústico, sincerote, a veces pone dificultades, pero siempre termina dejándose guiar por la sabiduría técnica de Don José. Ya llevan viviendo muchos años. Han levantado polémicas de Prensa a su alrededor. El público los sigue con fidelidad. Si algún día faltan habrá quien los eche de menos. Ellos mantienen gallardamente la costumbre del diálogo en nuestra primera emisora. Si no tienen compañeros de otra clase es por cuestión de criterios también estimables.

Por el camino de lo serio, EAJ 15, Radio España de Barcelona, ha conseguido darle trascendencia a una simple conversación de café. En la emisión «Tertulia de la tarde» tres chismosos hablan de cuanto pasa en las interioridades del cine y el teatro. Como es natural, la trascendencia del programa no viene de aquí. Es el fondo musical, tomado de la Séptima Simfonía de Brückner, el que pone a la tertulia de la tarde por encima de la vulgaridad.

PAÑOLIN ROMPENUBES, ANTOÑITA Y TIBERRIS

Música importante también es la que sirve de presentación a las andanzas de Pañolín Rompenubes. Claro que si se trata de un niño metido en aventuras no le va mal «Pedro y el lobo», de Prokofief. Pañolín es una feliz creación de Marcial Suárez. Nació hace unos meses y de un brinco mágico se puso en los ocho años. Ahora recorre el mundo en compañía de Rayito de Sol, un resplandor que se quedó rezagado en el Castillo de los Misterios y que ha sacado más de una vez de apuros a nuestro héroe. Pañolín no ha podido ir a provincias más que sobre las on-

das. Por escrito no ha salido aún de Madrid: con ocasión de las Pascuas se hizo una edición de sus aventuras—ocho mil ejemplares, señor—, que se vendió totalmente en la capital.

Pañolín se asoma a los micrófonos de Radio Madrid. Con él contribuyen a hacer felices a los chavales, aunque en emisiones distintas, Antofita la Fantástica y su hermana Tiberris. Bueno, Antofita ya se ha hecho mayor. Corre peligro de convertirse en zangolotina. Por eso se ha retirado, dejando a Tiberris su lugar. Y la voz imponderable de Borita Casas ha sido sustituida por el habla graciosa de Matilde Villariños. Antofita y Tiberris han prendido en la gente menuda. También andan por ahí medidas en libros con colores. Indudablemente quedarán.

LOS IMPROPERIOS DE DOÑA MERENGUITOS Y DON TREMEBUNDO

Hay que perdonarles. Son gentes de fútbol. En el fondo se quieren. Pero a Doña Merenguitos le sorbe el seso el Real Madrid y a Don Tremebundo le lleva por la calle de la amargura el Atlético. Ante los micrófonos de Radio Intercontinental se faltan mutuamente todos los lunes. Que si «la saeta rubia» por aquí, que si «el negro» por allá... La enemistad, sin embargo, es sólo de boquilla. Cuando salen a la calle, ella con mantón y lo demás, él con bombín y pañuelo al cuello, son tan amigos. Y ni en verbenas, ni en «patadas de honor», ni en cualquier otra ocasión han demostrado quererle mal. Beatriz Cervantes le presta la voz y la figura a Doña Merenguitos. Enrique Maristany tiene a su cargo a Don Tremebundo. Y la habanera chulángana de «El año pasado por agua», tocada al organillo, como es de ley, les sirve de fondo musical.

LAS CARIDADES DEL SEÑOR DALMAU

En noviembre aparecen las castañeras y el otoño se nota. En Barcelona están acostumbrados a escuchar entonces la melodía del fox «Zara-Zara», mientras un locutor de Radio Nacional anuncia que ha llegado el Señor Dalmáu. Al Señor Dalmáu se le quiere. Viste como un modesto

tendero barcelonés, y, como él, es sencillo, caritativo y cordial. Pide con gracia y con melancolía. No para beneficio propio. Lo único que demanda son juguetes y regalos para los niños enfermos. La gente se los da, naturalmente, y el Señor Dalmáu los agradece con alguna lagrimilla de emoción. Emilio Fábregas se encarga de encarnarle. Le gusta este papel. Y, ciertamente, debe dar alegría representarlo.

TOMASICA Y EL MAGO, RECORD DE TEATRO INFANTIL

Por el ojito derecho le han entrado a su padre y creador, que quiere quedar en el anónimo, Tomasica y el Mago. Son dos personajes bien conocidos por el público infantil. Tomasica es una niña baturra, encarnada por Lolita Cervantes. El Mago Bondadoso es un señor nigromante que habita en los palacios de la ilusión. Angel Soler, el popular locutor, representa el personaje escondido detrás de unas enormes barbas y de un puntiagudo cucurucho. Tomasica y el Mago de los micrófonos de Radio España de Madrid se han ido a los teatros. Allí han batido todos los records de duración para obras infantiles. Cuatro años en cartel son una buena prueba de popularidad.

Con los dos héroes anteriores comparten la diversión de los pequeños en la misma emisora Don Pacorrín y su hija Socorrito. Don Pacorrín es una especie de sabelotodo distraído, que cree que su hija vale por cien. La niña pavisilla tiene más seso que su padre. Entre los dos organizan sesiones «carita al público», donde se disputan los grandes campeonatos mundiales de devorar merengues. Don Pacorrín es Paco Alburquerque; Yto, Mercedes Burgos.

LA ESFINGE Y EL CAMINANTE

Primero, una danza oriental voluptuosa y evocadora. Después, la mermelada dulzona de la «Leyenda del beso». La Esfinge y el Caminante están otra vez frente a frente. Un aire de misterio, de más allá traído por los pelos, rodea el lanzamiento del oráculo. Casi siempre se trata de complicados problemas sentimentales. La Esfinge no se asusta. Todo lo resuelve. Y, la verdad, demasiado hace. Llegan a manos de José de Juanes, padre de Garbancito y Pepinillo, feliz creador, guionista y caminante en esta emisión, embrollos tan complicados y pintorescos que el hombre no sabe si han de ser tomados en serio o a broma nada más. Alicia Altabella es la Esfinge sapientísima. Hay un fondo de viva humanidad en sus respuestas. En consecuencia, los oyentes fieles son innumerables. Y las peticiones de ayuda recibidas de todas las provincias también resultan difíciles de contar.

LA FAMILIA ROCA ESTA DE LUTO

Barcelona entera se puso triste cuando le llegó la hora de la muerte a la gran actriz Camino Garrigó. No fué solamente por las simpatías que había conseguido en los escenarios. Había una razón más. Camino Garrigó desempeñaba el papel de abuela en la



Izquierda: Ante los micrófonos de Radio Intercontinental parlotean Pititi, Ripipi, Duermefflor y Cenotrina con Echenique.—Derecha: Preparados para actuar, aparecen Socorrita y don Pacorrín

familia Roca. Una familia corriente, de la clase media, que se reúne ante los micrófonos de Radio Nacional para hablar de sus venturas y desventuras. Unas veces era Ernesto, que ha logrado comprarse una «Vespa», el que lleva la voz cantante. Otras, la criada tiene algo importante que decir. No pasa suceso en la capital del Principado que no se comente por esta familia bien avenida. La ausencia irremediable de Camino Garrigó dió lugar a una emisión triste, angustiosa. La emoción no perdió solamente en los actores. También alcanzó a los radioescuchas. Desde aquel día, la familia Roca fué más querida.

EL APERITIVO CON MUSICA SABE MEJOR

Bastante antes de que Doña Mercedes Formica encendiera la polémica en torno de la desigualdad de la mujer, ya había una discusión pública que, en el fondo, tenía con aquella algo de común. «Mercedes y Eduardo», a la hora del aperitivo, discutían por un quitame allá ese disco ante los micrófonos de Radio Madrid. Mercedes—con un pequeño complejo de inferioridad ante el varón—se valía, y se sigue valiendo, de su calidad de mujer para chinchar a su compañero de emisión, Eduardo, el cual, saltando a veces sobre el respeto debido a las damas, se defiende atacando como Dios le da a entender. Los dos discutidores, que, como pasa siempre, se quieren bien en el fondo, entran en escena al son de un batiburrillo musical que se titula «El sombrero colorado». Mercedes Sierra y Eduardo Corcuera personificarán a los protagonistas. Rosa Alavedra se encarga de hacer el guión.

En Barcelona se transmite una emisión semejante. Estanis y Esperanza discuten y se ponen de acuerdo según el humor con que se hayan levantado. El es Estanislaro Tarín; ella, Esperanza Navarro. Los hechos ocurren en Radio Barcelona, E A J 1.

Aunque Mari y Mariuca parlotean a las diez y media de la noche, todos los jueves, por Radio Madrid, pueden mezclarse sin miedo con las parejas anteriores. Son dos empleadas que hablan de sus cosas en un dialecto particular fácilmente comprensible. Entre bélicas y cinematográficas, utilizan como sintonía una marcha de Sousa: el «Capitán». Mary Paz Carrero y Carmen Torrent son las actrices de turno.

UN RATO A VENTRILOCUOS

Por veteranía y arraigo corresponde el primer lugar en este género a Toreski y Miliu. Comenzaron a actuar en Radio Barcelona casi cuando fué fundada la emisora. Alcanzaron una popularidad sin precedentes. José Miret, hoy ciego y decano de los locutores de España, fué su creador.

La herencia de Miret en Barcelona la ha recogido Enrique Casademont. Su monigote compañero de emisión es «Pau Plá», un chaval travieso que se ha hecho amigo de los chiquillos: Tiene una cancioncilla propia, en cuya letra, la suma, la resta y la multiplicación desempeñan papel principal.

En Madrid hay un as del géne-



Un momento escénico de la actuación de la famosa emisión infantil de la Tomasa y el Mago, que interpretan Lolita Cervantes y Angel Soler

ro: Angel Echenique. En la emisión infantil de Radio Intercontinental personifica el «tío Chenis». Un muñeco llamado Pipito Repipi le acompaña. Entre los dos organizan diálogos graciosos y pintorescos, y escenifican narraciones para niños. Si nos guardan el secreto, les diremos que Pipito Repipi ahora lleva dentro un altavoz. Echenique ha escamoteado la ventriloquia. Pero esto no se nota en absoluto.

BATIBURRILLO FINAL

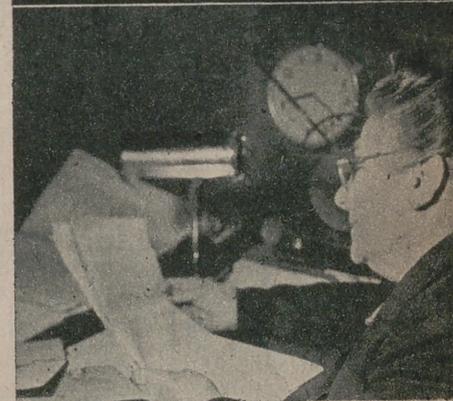
Los personajillos de la radio son abundantes. Dár cuenta de todos sería prolongar demasiado este reportaje. Pero no sería justo dejar a algunos en el tintero. Este es el caso de Felipe Madriles, que desde Radio España de Madrid hace crítica municipal con gracia y buena intención. También es popular «Magnet», que en Barcelona recauda fondos para la lucha antituberculosa. Allí, y en la misma emisora, el inspector Nichols desentraña difíciles casos policíacos a los acordes de la tormenta de la suite «El gran cañón». El inspector Nichols es un hombre lógico, puramente deductivo. Luis Gómez de Verdasco ha popularizado un tipo de modisto francés, monsieur Geston, relamido en extremo. Carlos de Larra —Curro Meloja— con sus «malurcios», John Piters y demás creaciones de su imaginación, ameniza la emisión taurina de Radio Madrid. Tiene una curiosa característica. Es, seguramente, la única de España cuyos personajes hablan en verso de cuando en vez.

Y aquí termina nuestro inventario de fantasmas. Muchos de ellos tienen más fuerza humana que otros seres de carne y hueso que andan por la calle. Faltan bastantes todavía en esta lista. Pero alguna vez se ha de terminar. Vaya desde aquí nuestro agradecimiento a José Pascual, que desde Barcelona nos aclaró muchos detalles de los héroes radiofónicos catalanes. Todos ellos a casa nos llegan por el aire. Ahora se los hemos mostrado a ustedes por escrito, acompañados de su imagen corporal cuando ha podido ser habida. Que resulten tan simpáticos en fotografía como a través del altavoz es lo que deseamos. Nosotros no pedimos más.

F. CARANTONA



Sonrisas, alegría y admiración de los valores al contemplar directamente a uno de sus héroes favoritos



Esta locutora presta su voz a Marta Regina



Antoñita la Fantástica ya se ha hecho mayor. Ahora le ha cedido el puesto a su hermanita Tiberis

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

INGLATERRA- NUREMBERG-SPANDAU

Por Ilse HESS

ILSE HESS

England - Nürnberg - Spandau

Ein Schicksal in Briefen

Es kommt darauf an, daß du auf etwas
sugest, nicht, daß du ankommst. Denn
man kommt nirgendwo an, außer im Tod.
Antoine de Saint-Exupéry

DRUFFEL-VERLAG

LEONI AM STARNBERGER SEE

El libro que hoy resumimos para los lectores de EL ESPAÑOL, sólo en una mínima parte está escrito por la señora Hess, que figura como autora del mismo. En realidad se trata de un pequeño resumen hecho por la esposa del que fue lugarteniente de Adolfo Hitler, de los detalles de la fuga de su marido a Inglaterra. Este punto de vista, en tan sensacional aventura, es doblemente interesante, para valorar la figura humana de Rudolf Hess no sólo como político de exaltado idealismo, sino como hombre y padre de familia.

Sigue luego un relato hecho por el mismo Hess del arriesgado vuelo, entresacado por su esposa de las cartas que recibió de él desde Inglaterra.

Por último, el libro incluye una serie de cartas de extraordinario valor humano, escritas por Hess a parientes y amigos desde diversos puntos de su cautiverio, en Inglaterra, Nuremberg y, finalmente, en la cárcel berlinesa de Spandau.

La señora Hess planea con estilo escueto y elegante uno de los problemas que para la conciencia de los pueblos civilizados han dejado como reliquia las pasiones bélicas desenfrenadas que embotaron tantas conciencias y ofuscaron inteligencias normalmente claras de ilustres estadistas: el hecho de que siga encerrado en la cárcel, como «criminal de guerra», el hombre que se jugó la vida y su posición como ministro del Gobierno alemán y lugarteniente del Führer, para cometer un acto de indisciplina que, en plena guerra, podía ser considerado por los suyos, razonablemente, como un verdadero «crimen», aunque en este caso fuese un «crimen de paz».

«ENGLAND-NUREMBERG-SPANDAU».—Por Ilse Hess.—Editorial Druffel.—Leoni am Starnberger See, 1953.—175 págs.

DEDICATORIA

CUANDO Rudolf Hess emprendió el 10 de mayo de 1941 su famoso vuelo, no sólo cabía temer que se perdiese su avión sobre el mar del Norte o que se matase al tirarse en paracaídas sobre Escocia, sino que también podía el Gobierno inglés haberle devuelto, como «parlamentario», a Alemania, donde no le habría sido fácil escapar a la condena de un Consejo de Guerra, por poner en práctica tan descabellado proyecto sin el permiso de Hitler. En aquella memorable fecha Rudolf Hess no podría imaginar que, al cabo de trece años, estaría todavía preso, lo mismo que el día que llegó a Inglaterra.

Presento estas páginas como documento a quienes tienen todavía a mi marido preso, y se las dedico, como saludo, a quienes se han interesado, por humanidad, por el destino de Rudolf Hess.

PREPARATIVOS

Nadie ha querido creer que en mayo de 1941 yo no sabía nada de los proyectos de mi marido; ni

los funcionarios de la Policía secreta alemana, ni los parientes y amigos, ni los miembros de su séquito, ni tampoco, muchos años más tarde, los oficiales, funcionarios y periodistas de las potencias de ocupación.

Desde luego sospechaba yo que tramaba algo y me resistía a creer que, en medio de las preocupaciones de la guerra, se dedicaba a pilotar un Messerschmitt sólo por entretenimiento. Al empezar la guerra mi marido solicitó un puesto de combate en la Aviación, pues durante la primera mundial había servido ya como piloto. Hitler le hizo empeñar su palabra de honor de que no volaría, pero él tuvo buen cuidado de prestar juramento exclusivamente por un año. Cuando pasó este plazo intentó seguir cursos de vuelo en Berlín, pero el jefe de aquella región aérea se negó como no presentase un permiso por escrito del Führer. Entonces se dirigió a su buen amigo el fabricante de aviones Messerschmitt, que no le puso la menor dificultad y ordenó que se pusiese a su disposición un Me-110 de combate. Con gran habilidad, en sus conversaciones con los ingenieros de la fábrica de Augsburg, fué logrando que se introdujeran modificaciones en su aparato, hasta dejarle en perfectas condiciones para el vuelo que secretamente proyectaba. Así, por ejemplo, adujo supuestas dudas sobre las condiciones de vuelo del avión si hubiese que ponerle depósitos adicionales de esencia para dotarle de mayor autonomía de vuelo. Los ingenieros respondieron, ingenuamente, instalándole dos tanques adicionales bajo las alas. Lo mismo sucedió con la instalación de un aparato receptor-transmisor de radio de mayor peso y potencia y con otros dispositivos para que pudiese manejar el aparato un hombre solo en vez de los dos que constituían la tripulación normal del Me-110.

En unas declaraciones hechas a la Prensa poco después de conocerse la llegada a Inglaterra de Hess, se cuenta la siguiente escena ocurrida entre Göring y Messerschmitt:

«Göring, apuntándose con su bastón de mariscal, me gritó indignado:

—¡Usted deja volar a cualquiera en un Me-110!

Le pregunté por qué me decía eso y contestó:

—Demasiado bien conoce usted lo de Hess.

—¡Pero Hess no es un cualquiera!—respondí.

Göring, algo menos excitado insistió:

—Pero debería haber hecho averiguaciones antes de poner un aparato a disposición de un hombre semejante...

—Si se presenta usted en mi fábrica y me pide un avión—respondí—, ¿tendré que preguntar primero al Führer si se le puedo dar?

Al oír esto, Göring volvió a irritarse y exclamó:

—¡Hay una diferencia: que yo soy el ministro del Aire!

—Y Hess el lugarteniente del Führer.

—Pero debería usted haber notado que ese hombre está loco de remate.

A esto respondí con sequedad:

—¿Cómo voy a suponer yo que un loco puede ostentar la segunda Magistratura suprema del III Reich? ¡Si usted lo sabía, señor mariscal, debería haberle obligado a dimitir!

—¡Es usted incorregible, Messerschmitt!—dijo Göring, riendo ya—. Vuelva a su fábrica y siga construyendo aviones. Le prometo que haré lo posible por ayudarle si se ve usted metido en un lío por este asunto.»

El día 10 de mayo no bajé a comer con mi marido y mi hijo porque me encontraba enferma. Teníamos invitado a Alfred Rosenberg, que se marchó en seguida. Mi marido había estado los últimos días jugando durante horas enteras con el pequeño, cosa que me extrañó, porque sabía la abrumadora tarea que pesaba sobre él. Después del almuerzo vino a verme y se acostó un rato hasta la hora del té, que había de tomar conmigo. Muy pronto se presentó transformado. Por primera vez le veía vestido con uniforme de oficial de Aviación.

Más tarde me informaron de la importancia que podía tener este último detalle para que los ingleses no le tomaran por espía y le fusilasen.

Cuando, dos días más tarde, me llegaron las primeras noticias de la desaparición de mi esposo recordé horrorizada una conversación que había sostenido con él no hacía mucho tiempo. Le había preguntado yo por qué concedían la Orden de Caballería de Max-José de Baviera y la Orden de Caballería austriaca de María Teresa. Me contestó, poniéndose muy serio: «Esas dos condecoraciones sólo las conceden al valor en una decisión propia. La Orden de María Teresa exige una condición más: que se actúe bajo la propia responsabilidad y en contra de una orden clara y terminante. Si las cosas salen bien, le conceden a uno la condecoración. Si la cosa sale mal, le fusilan».

Pensando en esto me di cuenta, de hasta qué punto mi marido había pensado en las últimas consecuencias de su acción.

EL VUELO

«Durante mis preparativos tuve buen cuidado en Alemania de aprender cuanto creía que podía hacerme falta respecto al aparato que iba a tripular. Sin embargo, ahora que me encontraba sobre Escocia, que había llegado al lugar elegido por mí, me di cuenta con disgusto de que no se me había ocurrido averiguar cómo debía uno lanzarse en paracaídas. Cometí la tontería de parar los motores por miedo a que me pudiesen herir las hélices. Aun con esas paradas, traté inútilmente de salir de la cabina sin que la presión del aire me dejase moverme y con grave riesgo de haberme hecho pedazos. Di entonces la vuelta al aparato, pero la fuerza centrífuga me dejó pegado al suelo. El descenso en picado se iba haciendo tan rápido, que enderecé de nuevo el morro del avión. La sangre se me agolpó en la cara y perdí el conocimiento. Instintivamente había hecho lo que desde el primer momento debía haber intentado. Al perder totalmente su velocidad el aparato, por ponerle con el morro hacia arriba, salió despedido sin el menor entorpecimiento. Tuve la suerte de recuperar el sentido en pocos segundos y pude abrir el paracaídas. Si hubiera tardado algo más en volver en mí, habría caído como un proyectil sobre tierra escocesa.»

LOS AÑOS DE CAUTIVERIO

Carta al doctor Karl Haushofer:

«Inglaterra, 20 mayo 1942

Estimado y querido amigo:

No tienes por qué estar preocupado por mí. Naturalmente mi situación no es muy agradable. Pero en la guerra los hombres suelen verse en situaciones desagradables. Pero eso no importa. Tú ya sabes que lo que importa son otras cosas.»

Carta a su esposa:

«Nuremberg, 31 marzo 1946

Por lo que se refiere a las clases del niño, no me preocupo. Lo que no aprenda ahora ya lo aprenderá más adelante. A su edad importa poco que pierda un año. En lo que se refiere a su formación general, los tiempos actuales le harán ser mayor demasiado pronto.

¿Cuándo empiezan los estudios de lenguas clásicas? Me gustaría que estudiase griego por lo menos un año. Si luego no le gusta puede dejarlo, pero que conozca los fundamentos.»

Carta a su hijo:

«Nuremberg, 21 julio 1946

Querido Buz:

Te agradezco tu carta, en la que me comunicas que ya no quieres ser maquinista de la locomotora del tren de Kippwagerl, sino del tren de Munich. Cuentas con mi autorización. Comprendo que te



Arriba: Rudolf Hess, junto a Von Ribbentrop, durante proceso de Nuremberg.—Abajo: Hess, cuando su estrella brilla entre las primeras, visita a un herido del Ejército de Aviación

guste mucho viajar. También viajarías si te hicieras piloto-aviador. Pero como no has volado nunca no sabes lo que es eso. Ya tendrás tiempo de pensarlo. Me gustaría mucho menos que quisieras ser conductor de tranvía. Tienen que ir frenando continuamente porque se cruzan autos y personas. Y además hacen mucho ruido los tranvías.»

Carta a su madre:

«Spandau, 23 septiembre 1951

¿Te acuerdas madre, que una vez cuando pasé las vacaciones en Godesberg vi caer un meteoro, que es cosa que rara vez alcanzan a ver los hombres.»

Carta a su familia:

«Spandau, 21 octubre 1951

Queridos míos:

Gracias a todos por la delicada manera que habéis tenido de darme la mala noticia. Ha ocurrido lo que no esperábamos. Desde luego pensaba que saldría bien, pero de todas maneras siempre creía que tendría que pasar otro par de años aquí antes de reunirme con vosotros. Lo sigo creyendo. Me alegra mucho saber que se extinguió sin dolor, sin lucha, sin más dolor que despedirse de vosotros, de los niños, del querido nietecito...

Tendrá ahora en el cielo el sitio que le corresponde por su vida serena, por su bondad, y por la paciencia y el valor con que ha soportado tantas dificultades a través de su juventud, por lo justa que era, por lo dispuesta que estaba siempre a ayudar, por su participación en las penas de todos y por su identificación con su pueblo.

Estaba tan separado desde hacía tanto tiempo de mi madre, que era para mí ya como una figura ideal, una mera influencia activa en mi vida, pero sin presencia real. Sin embargo, el saber que ya no vive me deja un gran vacío en el mundo. Creo que pasará mucho tiempo antes de que me haga a la idea de que ha desaparecido.»

Carta a su esposa:

«Spandau, 25 diciembre 1951

En Año Nuevo siempre se suele mirar hacia el futuro: ¿qué nos traerá? Por las noches, cuando el cielo está claro, veo brillar a Júpiter desde mi celda con más fuerza que nunca.

Desde la capilla me llega el grato rumor de la radio. Luego suenan discos: La III 'sinfonía de Beethoven, la Apassionata; por último, Schubert: «La muerte y la joven».

Rezo por todos los que amo, los vivos y los muertos...»

LA HERMANDAD MUSULMANA

El general Naguib barre de un plumazo a la potente organización religiosa

650 miembros de la citada Hermandad han sido detenidos



EL Presidente de la República y gobernador general militar de Egipto, Mohamed Naguib, acaba de barrer de un plumazo a la Hermandad Musulmana, potente organización religiosa con hondas raíces en la tradición del país, acusada de conspirar con Inglaterra en contra del régimen. La Policía se encargó de detener por sorpresa a cerca de un millar de dirigentes de la asociación, mientras que el Ejército, amparado por el estado de emergencia proclamado al efecto, patrullaba por las calles de las principales ciudades egipcias para evitar cualquier descompasada reacción de los hermanos proscritos.

El paso dado por el general Naguib, hombre de indudable energía, se considera como uno de los más audaces desde que, en julio de 1952, puso fin, con el destierro de Faruk, a la Monarquía más vieja del mundo. La fuerza de la Hermandad Musulmana es evidente, y ni Naguib ni su Consejo de la Revolución habrán intentado minimizarla; pero también es cierto que los millones de adeptos a la asociación no han sido obstáculo para quien, en poco más de un año, acabó con una dinastía, abolió la Constitución, proclamó la República, disolvió los partidos políticos, pidió cuentas a los dirigentes del antiguo régimen y ganó a Inglaterra, por habilidad política, una importante baza. (Porque, entre paréntesis, en la cuestión del Sudán ha conseguido, al dejar a los sudaneses que definieran sus deseos por sí mismos, mucho más de lo que hubiera obtenido de persistir en la terca exigencia de Faruk sobre la unidad del valle del Nilo por encima de todo, aunque ese todo fuera la oposición de Inglaterra y de los interesados.)

De todas maneras, la disolución de la Hermandad es asunto grave. En veinte años de existencia, la organización se ha extendido por todo el país, y en sus filas militan hombres de todas las profesiones y clases sociales. Egipto cuenta con 6.000 entidades de población; la Policía ha clausurado 1.500 centros de la Hermandad, o sea que ca-

da cuatro pueblos tenían un núcleo organizado.

«**TODOS LOS CREYENTES SON HERMANOS**»

Esto es lo que dice una sura del Corán y esto es lo que dió nombre a la asociación que, con el tiempo, habría de convertirse en «el Estado dentro del Estado», según la expresión del jefe del Gobierno, Gamal Abder Nasser. La razón de su existencia y la finalidad de su actuación ha sido, al menos oficial y continuamente declarada, la renovación de la vida egipcia por medio de la estricta observancia de los principios coránicos en todos los órdenes de la actividad pública y privada.

A los pocos días del derrocamiento del Rey Faruk, el jefe o guía supremo de la Hermandad, Hassan el Hodeiby, decía a la Prensa: «La línea de nuestro movimiento es bien conocida. Nosotros estimamos que toda la vida ha de regirse según el Corán. La doctrina, la política, las costumbres, las relaciones individuales, todo. Nuestros medios de lucha: la discusión y la persuasión. Entendemos la política de muy distinta forma que los políticos. Nosotros no queremos mentiras, ni ambiciones territoriales, ni discordias. Lo que deseamos es un Gobierno justo que aplique las reglas coránicas. Poco importa el régimen, que sólo es un medio para alcanzar esa justicia.» Y sin presentir lo que habría de sucederle año y medio después, añadía: «Sin embargo, tenemos hoy un régimen que parece capaz de responder a nuestros propósitos.»

Hoy este régimen que creía favorable ha puesto a Hassan el Hodeiby, junto a toda su plana mayor, tras las alambradas de un campo de concentración en los desiertos de Ameriya.

EL MAESTRO PURITANO

En 1933, Hassan El Banna era un simple maestro de escuela que ejercía su profesión en la ciudad de Ismailia, en la zona del Canal. No debían de ser en aquel tiempo muy generalmente obser-

vadas las prescripciones meticolosas del Corán, puesto que el maestro creyó necesario organizar una campaña para sacudir la apatía o la tibieza, de sus conciudadanos. Convencido de que la religión podía solucionar todos los problemas individuales y sociales, inició una especie de círculos de estudios religiosos, apoyado por corto número de jóvenes, que después en las mezquitas, en las casas, en las escuelas, propagaban la doctrina de la aplicación total de los principios coránicos a la vida particular.

Así se inició lo que habría de ser la organización de más fuerza en el país.

Al final de aquel año, Hassan El Banna dió forma a su idea: nació la Hermandad Musulmana y se convirtió en el primer guía supremo de los asociados. Durante seis años se dedicó a recorrer todo Egipto. La semilla encontró tierra propicia, y los núcleos de hermanos crecieron con más rapidez de lo que podía pensar. En 1939, el maestro fué trasladado a El Cairo; un año después dejaba la escuela para dedicarse de lleno al gobierno de la asociación.

LA HERMANDAD, NACIONALISTA

El Cairo acogió con más entusiasmo que el resto del país los ideales de la Hermandad. En aquella fecha, la situación política y social de Egipto no era muy floreciente, y la aparición de un movimiento puramente religioso que aspiraba a la solución de todos los problemas por medios espirituales tenía que ser necesariamente bien acogido. La Hermandad creció y, sin perder su carácter primordial, concentró en su programa las aspiraciones de renovación nacional que sentía gran número de egipcios. La lucha por el renacimiento de la vida íntegramente islámica fué unida a partir de entonces al ideal nacionalista.

«**DEBEMOS HACER ALGO CONTRA LA HERMANDAD**»

En 1944, la asociación había superado sus dos primeras eta-

pas: organización y proselitismo. Entonces empezó la tercera: la persecución.

Los Gobiernos que se sucedían en el Poder observaban que la Hermandad se convertía en una fuerza de primer orden que, por medios no políticos, mantenía un ataque sistemático contra todo aquello que se apartaba de lo que consideraban justo desde el punto de vista coránico. El poderoso partido Uafid inició los primeros choques. Nahas Bajá, su dirigente, creyó que había llegado el momento de «hacer algo contra la Hermandad», cuyos miembros iban penetrando en todos los sectores de la política y la economía. Pero en aquella ocasión poco pudo hacer, porque el Gobierno se le fué de las manos.

Uafistas, saadistas, liberales, Gobiernos palaciegos, se enfrentaron a los hermanos. En 1947, Faruk nombró primer ministro a Nokrachí Bajá, quien atacó fuertemente a la asociación, clausurando sus centros de El Cairo y Alejandría. Poco después, un miembro de la Hermandad asesinaba a Nokrachí. Los hermanos empezaban a defender su posición por medios distintos a los puramente espirituales.

LOS GRUPOS DE «ACCIÓN DIRECTA»

La guerra de Palestina sirvió para que la Hermandad, además de luchar contra los judíos, se prepara a luchar en otros terrenos. Al producirse el armisticio, numerosos depósitos de armas y municiones ocultos en todo el país daban nuevos argumentos a la asociación. Los «grupos de acción directa» iniciaron su cometido y se produjeron continuos actos de violencia. Hasta que en 1949 la represalia hizo blanco y el guía supremo, Hassan El Banna, el maestro puritano de Ismailía, cayó asesinado en la vía pública.

El asesinato del jefe de la Hermandad tuvo lugar durante el Gobierno de Abdel Hadi, a quien algunos sectores acusaron de haber ordenado el crimen. (Precisamente este político fué la primera personalidad que juzgó y condenó el Tribunal revolucionario de Naguib por delitos de traición. Condenado a muerte en horca, le fué conmutada la pena y ahora cumple quince años de trabajos forzados. Por aquellas fechas, el general Naguib aún no había conseguido el completo afianzamiento de su posición.)

LA HERMANDAD RECLAMA EL PODER

En 1950, el Uafid, otra vez en el Poder, consideró que el apoyo de la Hermandad era necesario y levantó la prohibición de su actividad. Curtida ya por la lucha, la asociación seguía siendo importante en cuanto al número de sus miembros, pero había perdido parte de la fuerza moral de sus comienzos cuando se presentaba y actuaba como movimiento puramente religioso, sin otra finalidad que cumplir y hacer cumplir, «por la discusión y la persuasión», los principios coránicos. El nuevo guía supremo, Hassan El Hodeiby, un prestigioso magistrado de El Cairo, se esforzaba por restablecer el primitivo carácter, y llegó a expulsar a di-

versos miembros que participaron en actos de terrorismo, «comportamiento que no estaba de acuerdo con los objetivos de la Hermandad».

Cuando el Gobierno uafidista de Nahas Bajá anuló el tratado angloegipcio y, como consecuencia, se produjeron sangrientos disturbios en la zona del canal de Suez, la Hermandad Musulmana demostró que, en cuanto a «antibritish», ningún partido político podía entonces igualarla. Sus guerrilleros actuaron cumplidamente y en todas las escaramuzas estuvo presente una fuerte representación de hermanos. Quizá influyera esta actuación



El general Naguib, que ha ordenado la detención de sus antiguos camaradas, los jefes de la Hermandad Musulmana

en la consideración de que había llegado el momento oportuno para reclamar al Rey el Poder, y que un Estado teocrático, puramente musulmán, basado únicamente en la doctrina del Profeta, rigiera idealmente al país del Nilo. Al poco tiempo llegaba Naguib.

NAGUIB NO ES HERMANO

Ni el general Naguib ni los miembros de su Consejo de la Revolución pertenecen, al menos oficialmente, a la Hermandad. El guía supremo declaró que nunca le había visto. «Le conocí al ir a felicitarle por el éxito de su revolución.» No obstante, la simpatía hacia los hermanos existía. Y se demostró por parte del Gobierno sin lugar a dudas.

Cuando en septiembre de 1952, a los dos meses de la revolución, el general Naguib suprimió todos los partidos políticos, la Hermandad Musulmana, «por ser una organización religiosa y no política», recibió autorización para desarrollar libremente sus actividades. El programa político y

social del nuevo régimen tuvo el apoyo de la Hermandad. Pero algunas tendencias de la República se apartan, según ella, del ideal de gobierno de los seguidores de El Hodeiby, y el plan de éstos no encaja por completo en los planes de Naguib. Y el choque se ha producido.

En política interna, la aspiración de la Hermandad desde que se fundó, como medio más apropiado de hacer realidad su programa, es el Estado religioso, coránico, con todo lo que supone de supresión de las corrientes «occidentalistas», que han entrado con fuerza en el país. En política exterior, su guía supremo se ha definido como absolutamente neutral en la pugna Este-Oeste.

Naguib, por su parte, tiene concretas opiniones sobre lo que debe de ser el futuro Egipto. Ha derribado instituciones e ideas muy viejas y no está dispuesto a dejar en manos de la Hermandad el porvenir del país. Y en el aspecto religioso, siendo él y los miembros rectores de la República fervientes musulmanes, la necesidad de una asociación defensora de la fe puede no encontrarla plenamente justificada.

ESCISION EN LA HERMANDAD

Poco antes de la disolución de la Hermandad se registró en su seno una grave escisión. Un sector de la misma, encabezado por Salah Aumai, Ahmed Aziz Galal y Mohammed Ghazali, se enfrentó a la política seguida por el guía supremo respecto a sus relaciones con el Gobierno. Los disidentes exigían un apoyo más amplio al general Naguib y la suspensión de la campaña de críticas a la actuación pública del Gabinete. Como medida disciplinaria, Hassan El Hodeiby expulsó de la Hermandad al grupo rebelde, y, como medida precautoria, el Gobierno los ha encarcelado junto con los ortodoxos.

UN OBSTACULO QUE DESAPARECE

La causa oficial de la disolución de la Hermandad ha sido la acusación de que conspiraba con Inglaterra en contra del régimen. Según el Gobierno egipcio, los dirigentes de la asociación venían manteniendo conversaciones con miembros de la Embajada británica. Concretamente, con el ministro inglés Greswell y con su secretario de Asuntos Orientales, Evans. Inglaterra consideró absurda la acusación, aunque admitió que Evans había mantenido contacto con diversos sectores egipcios, entre los cuales podían figurar adeptos a la Hermandad.

Ha sorprendido la acusación de inteligencia con Inglaterra de este grupo egipcio, tan nacionalista, como los rumores de que la Hermandad actuaba bajo la influencia comunista, cuando tan reiteradamente ha definido a lo largo de veinte años su carácter religioso.

El hecho es que Naguib parece dispuesto a demostrar que puede gobernar al país sin Hermandad Musulmana de la misma forma que lo ha gobernado sin partidos políticos. Continúa la que hasta ahora fué su norma: el medio más rápido y directo de sortear un obstáculo es quitarlo de delante.

Manuel Moreno ROMAN

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



**EL
GENERAL NAGUIB
BARRE DE UN PLUMAZO
A LA POTENTE ORGANIZACION RELIGIOSA**

650 MIEMBROS DE ESTA HERMANDAD TRAS LAS ALAMBRADAS DE UN CAMPO DE CONCENTRACION

LA HERMANDAD MUSULMANA



Sheik Hassan, «Guía Supremo» de la Hermandad en Egipto, detenido recientemente por orden de Naguib



El secretario de la Hermandad, Abdel Hakin Abdin, también detenido, junto a 650 miembros, bajo sospecha de relaciones con los ingleses para el derrocamiento del general

AMPLIA INFORMACION EN LA PAGINA 62